NACHO MERLO



QUEMARSE VIVO

Orsai



NACHO MERLO nació en Buenos Aires en 1981 y, desde que sentó cabeza, formó una familia, se graduó como periodista en ETER y dirige la Comunidad Orsai. Antes de eso, se mudó catorce veces, abandonó cinco carreras universitarias, fue bancario, dibujante técnico, fabricante de cuadros y repartidor de pizzas, se hizo seis tatuajes y tuvo el pelo de todos los colores que existen. En todos esos años, hubo algo que nunca dejó de hacer: escribir. *Quemarse vivo* es su primer libro de cuentos.



ligera



QUEMARSE VIVO

2025, Nacho Merlo
nachomerlo.com.ar

Edición: Caro Martínez
Dirección de arte: Margarita Monjardín
Corrección: Julia Taboada
Diseño de la colección: Brenda Ruseler
Diseño y maquetación de interior: Laura Angriman

2025, Editorial Orsai S.R.L.
@comunidad.orsai
Paseo La Plaza - Local 18 | Av. Corrientes 1660 | CABA

editorial.orsai.org
Primera edición: junio de 2025
ISBN: 978-84-15525-58-5
Impreso en Argentina

Esta obra se distribuye bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento 3.0 Unported. Es decir: se puede copiar, compartir, distribuir, memorizar, ejecutar y comunicar públicamente, hacer obras derivadas e incluso usos comerciales, siempre que se reconozca expresamente la autoría original.

QUEMARSE VIVO

NACHO MERLO



Orsai

Prólogo

Esto que tienen ustedes en la mano es, además de un libro, un hermoso círculo que se cierra. Me gustaría que entiendan, en las pocas palabras de un prólogo, cuánta verdad y cuánto milagro hay en la existencia de este libro de cuentos. Y para eso debo remontarme a cuando Orsai (la editorial que publica este volumen) era solamente un blog, y yo, como autor, tenía únicamente lectores virtuales. Si hoy me invitaran a ponerles un rostro (uno solo) a todos aquellos lectores prehistóricos, yo le pondría la cara de Nacho Merlo joven. Alguien que ama la cultura y que trabaja en otra cosa. Alguien que quizá se aburre en un trabajo que le resulta ajeno y abre una ventanita donde sueña con pertenecer. Nacho era de este palo desde siempre, pero la vida lo había llevado a un lugar distinto. Por eso, cuando llegó a Orsai en forma de trabajador, y no solo de lector, todo pareció cuadrar enseguida, como si estuviese predestinado.

Pero, para mí, aunque hoy Nacho sea un compañero de trabajo con el que hablo los siete días de la semana, en mi cabeza sigue siendo un lector prehistórico. Y es que él, sin darse cuenta, tiene las características exactas de un usuario promedio de Orsai: fervoroso, obsesivo, alegre y

tremendamente hinchahuevos. Por eso, con el tiempo se convirtió en quien mejor entiende a la Comunidad Orsai. Si debo decir la verdad, yo nunca supe que necesitaba un director de comunidad. Primero, porque no existe ese puesto de trabajo y, segundo, porque soy incapaz de saber lo que necesita Orsai. Pero con el diario del lunes sé que nada de lo que conseguimos en los últimos años habría sido posible sin Nacho.

Por eso este libro es, además de una obra literaria hermosa, una forma de cerrar un círculo. Quiero decir esto con la mayor sinceridad del mundo: de todas las cosas que tienen sentido en Orsai, esta que ustedes tienen en sus manos es la que más sentido tiene.

Hernán Casciari

Las casas

Una vez cada dos años, guardo mi vida entera en cajas de cartón. Algunas son enormes; otras, más chicas. Tienen marcas de galletitas o de vino en la cara de afuera, y en la parte de arriba, una leyenda escrita con letra imprenta inmensa. Durante ese tiempo, siempre apurado por alguien que tiene más plata que yo, descuelgo cuadros, me reencuentro con recuerdos y empaqueto libros mientras asumo el monopolio del cartón de todas las cuadras que rodean la casa que no es mi casa. Y me angustio.

Las cajas salen y entran camiones de mudanza. A veces, se desfondan; otras, se mojan con lluvias que no estaban pronosticadas, y siempre, en algún rincón que creo que no voy a usar por mucho tiempo, armo una montaña con todas las cajas que forman mi nueva casa. Que nunca es mi casa.

Con mis casas —con todas las casas que fueron mi casa, pero que no fueron mías— nunca nos conocemos demasiado. Vivimos romances con fecha de vencimiento, que se van terminando, uno atrás del otro, cada vez que vence el contrato de alquiler. A veces, antes.

Ser inquilino tiene el sabor metálico de la nostalgia: moverse sabiendo que no habrá lugar para grandes

cambios ni caprichos de dueño; añorar algo que no va a pasar. Y entonces me acomodo en la humedad de ese sentimiento. A veces, brindo mirando al cielo; otras, rezongo en voz alta. La mayoría, me acostumbro.

Hay algo de definitivo en la condición perpetua de nómade capitalista que se parece a la conciencia de la finitud: saberse mortal, como una luz que parpadea en el tablero del auto y no deja de avisar nunca que hay algo que está funcionando mal.

Ni la promesa de nuevas llaves, ni los barrios cómodos ni las terracitas con guirnaldas de luces primaverales me consuelan cuando me pregunto por qué —otra vez— estoy yendo a comprar un fibrón indeleble de punta biselada para escribir sobre un montón de cajas de cartón la palabra que mejor me calza: «frágil».

La ausencia del lugar propio me carcome desde que me acuerdo. No ser de ningún lado. No ser. Volverme efímero, inhallable, no tener a dónde volver si el viento sopla al revés. No dejar rastros: «No, acá no vive más». «No, se mudó hace mucho». «No sé nada de él, vivió un tiempo, pero fue hace como diez años». «No, nunca escuché su nombre». «¿Merlo? No, no me suena».

Cada una de las historias que forman parte de este libro pasaron entre mudanzas, mientras se abría o se cerraba una puerta, mientras armaba o desarmaba una caja buscando algo y encontrando otra cosa, a la luz de un nuevo contrato de alquiler con garantía prestada.

Ahora, que por primera vez puedo agujerear las paredes de la casa en la que vivo como se me antoje, llegó

el momento de desembalar los sentimientos y ponerlos a cada uno en su lugar. Definitivo.

Te felicito, hermano

◎

Carlos Gardel 928, departamento 3

Lanús

Recién acomodaron el cajón. Ya lloré a mi vieja en tandas, con propios y con desconocidos, con culpa y con alivio, pero parece que va para largo. Ya hice el ejercicio de relatar el principio, el nudo y el desenlace de su último tiempo. Ya dije que no lo podía creer y que, por suerte, no sufriría más. Ya hablé de cáncer y de tumor, de metástasis y de quimioterapia, de fe y de injusticia, de dolor y de tristeza, de tierra, de nicho y de cremación, de la ciencia y de la fatalidad, de la trascendencia. Incluso aproveché el momento de tener la luz cenital sobre mí para decir «no somos nada» por lo menos tres veces. Ya hice todo eso. Pero ahora lo único que necesito es salir corriendo del abrazo con una supuesta tía que no vi en mi vida y me tiene atrapado. Y a lo lejos veo venir al Nívor, mi gran amigo de la vida: los brazos abiertos de par en par desde hace más de media cuadra, los ojos rojos del llanto, preparadísimo para darme el pésame. Lo espero con la mirada húmeda, los labios temblorosos y la necesidad del amigo que está roto por dentro. Pero para eso falta el principio de la historia.

Mi vieja agonizaba. Un cáncer rabioso se la estaba comiendo temprano, y entonces Ro, mi compañera de vida, empezó a hacer algunos llamados para alertar del desenlace de su suegra: «La mamá de Nacho está muy mal». «No hay mucho por hacer». «Está internada en tal lugar». «Los horarios de visita son estos».

Nadie sabe del todo qué se hace cuando la muerte merodea, pero es algo como eso: dar aviso a los cercanos, preparar el terreno, pedir ayuda para el consuelo de los que se quedan. Y acompañar.

Estaba en el bar frente al sanatorio cuando me sonó el teléfono: «número desconocido», decía. Les mostré a mis hermanas la pantalla parpadeando y nos fundimos en llanto sin atender. Después pregunté quién era, solo para confirmar, y nos desarmamos.

Crucé con una urgencia sin sentido, sin saber si había pagado la cuenta del desayuno, y me desplomé de angustia en los brazos de alguien que no recuerdo. Y mientras todo esto pasaba, nacía la historia que terminaría esa misma noche en el velorio: en el abrazo con el Nívor, el cicatrizante más potente que conocí en mi vida.

Hoy morirá mi mamá. Amanecí dolorido al lado de su cama, en una banqueta de madera que me dieron en el sanatorio. Estoy viendo su final y también el reflejo de un televisor que transmite un partido del ascenso en mute.

Al mismo tiempo y en la otra punta de la ciudad, el Nívor y la China —su mujer— comienzan el día cocinando una torta enorme con marihuana. No es un bizcochuelito inofensivo: es artillería realmente pesada. Mientras crece en el horno, no pueden evitar mirarla: la desean y se prometen comerla juntos al volver de trabajar. Cuando está lista, la sacan, la tapan y la arropan como a un bebé recién dormido, y se van.

Pero ella miente.

Esa tarde, la China termina de trabajar más temprano, llega y piensa: «Ma' sí, me como un pedazo», y corta dos tajadas mientras se pone a diseñar cosas en la computadora.

Cuando el Nívor llega a su casa y ve la torta cortada en pedazos, lo primero que siente es la traición, y luego la preocupación por saber dónde está su mujer. La busca por todos lados y no la encuentra. Hasta que se topa con una nota en la barra de la cocina que dice con letra temblorosa: «SOS. Estoy en el lavadero».

El Nívor —sobrio todavía— entra en el lavadero y encuentra a la China retorcida de risa entre sábanas y toallones, sucios y limpios, no pudiendo con su vida. Lloran de la risa. Ella no puede destrabarse la mandíbula, él se contagia fácil:

—¿Qué te pasa? —pregunta él.

—Comí mucha torta —contesta ella llorando de risa.

—Quiero un pedazo —retruca él.

Ella le dice que no, que le va a hacer mal, pero se lo dice a los gritos y llorando de risa, con la boca llena de migas y carcajadas. Él se ceba y se come media torta con la

desesperación de un adolescente trasnochado que se salteó dos comidas. Come. Come y grita:

—¡No pega! ¡Esta mierda no pega! ¡No hace nada!

Corta y come más.

—¡Pará, boludo, te va a hacer mal! —advierte ella.

Pero es tarde. Él ya no está en este plano.

—¡No pega, no pega, quiero más! —grita el Nívor, y se mete porciones inmensas de a dos.

Cuando por fin toma conciencia, está completamente adobado, tapado junto a la China con una manta sucia en el lavadero. Vista de afuera, la escena se parece a cuando envuelven a dos cachorritos abandonados con un trapito, pero son dos adultos completamente drogados que no pueden parar de reírse.

Hasta que suena el teléfono.

Juegan piedra, papel o tijera para ver quién atiende.

—Si empatamos tres veces, perdés vos —dice el Nívor, inventando un reglamento que la China no protesta.

Empatan tres veces. Ella se para como puede, patea el jabón en polvo y un secador de piso. El Nívor llora de la risa. Llora como nunca había llorado en treinta y cinco años.

—Hola, ¿sí? ¿Ro? ¡No! ¡No! ¡No me digas! ¡No, no puede ser! ¡Ay, ya le aviso al Nívor! ¡Obvio que vamos! ¡Qué cagada!

Corta. Llora. Se ríe. Se ríe y llora. Vuelve a llorar. Y a reírse.

—Boludo —se ríe—, no lo puedo creer —llora—, falleció la mamá de Nacho.

El Nívor sale del personaje por dos minutos. Se pone serio. Transpira frío. Le está bajando la presión. Se ríe. Llora.

—Necesito algo dulce —dice con un hilito de voz y rompe en llanto. Se para y se corta dos porciones más de torta. Llora de la risa y de la angustia. Se ríe de la marihuana y de los nervios. Llora y se ríe. Piensa un plan—: Tenemos dos horas para sacarnos la locura.

Se miran e improvisan. Se dan una ducha fría. Dos duchas frías. Una tercera ducha caliente y, nuevamente, una ducha fría. Lloran. Se ríen. Nada los baja a la tierra.

Él tiene una idea increíble:

—Ya sé, tenemos que sacarnos la locura de adentro del cuerpo. Empecemos a gritar.

Gritan como si les tiraran lava, gritan como si entraran a los trenes de Auschwitz, gritan como los pasajeros de un avión que pierde altura. Los vecinos se asustan, llaman para ver si todo está bien.

—Sí, sí, todo bien, se murió la mamá de Nacho —explica el Nívor entre risas y llantos—, pero estamos sacándonos la locura.

Es la hora de salir para el velorio.

—Vayamos caminando, así no puedo manejar —se sincera él.

—Yo tampoco, y además no me acuerdo de cómo ir —agrega ella.

—Yo no me acuerdo de cómo manejar —confiesa él. Y asegura—: De alguna forma vamos a llegar.

Dos horas y cuarto tardan el Nívor y la China en caminar las doce cuadras que separan su casa del lugar donde voy a ver

a mi vieja por última vez. En cada esquina debaten cuál sería la mejor opción: seguir o doblar; si doblar, ¿hacia dónde?

Llegan a la zona. Frente a la casa velatoria hay una plaza inmensa. El Nívor está seguro de que necesita liberar energías. Lo vio en un video de un youtuber polaco que fuma porro todo el día y sale en calzoncillos a correr por la nieve para estabilizarse.

—Voy a correr, China. Lo vi a Litbōk en un video.

Algunos lo ven desde enfrente: los tímidos que no se atreven a entrar al velorio y se agolpan en la puerta, los que esperan que llegue más gente y los que van de compromiso.

Pasa corriendo como un velocista del conurbano profundo: una vuelta, dos, cinco. Cada vez más rápido. En la vuelta seis, empieza a gritar de nuevo para sacarse la locura. Grita. Se ríe. Llora. Diez vueltas más tarde, sabe que es el momento:

—Estoy listo. Vamos.

Agarra a la China de la mano y cruza a buscarme. Sabe que necesito su consuelo.

Entonces me entrego al abrazo de mi amigo, mi hermano, tan a contramano del mundo, tan delirante, tan querible. Me agarra la cara, como hacen los jugadores de fútbol, y levanta la voz para que lo escuchen todos, seguro de estar a punto de decir una genialidad. Con todo su amor, grita:

—¡Te felicito, hermano!

Si mi vieja hubiese estado del lado de afuera del cajón, lo habría entendido. Toda la gente de la cuadra hace

silencio para esperar mi reacción. No es un silencio normal: es un silencio espeso, de esos que podrían medirse. Un silencio grueso. Y entonces, antes de que lo muelan a palos por desubicado, lo abrazo con todo el amor que estos treinta años de amistad nos dieron y le digo al oído:

—Gracias, hermano.

Y, por primera vez, encuentro algo de consuelo.

Ya pasaron muchos años desde que vi a mi vieja por última vez, cuando, con un hilito de luz y de cordura, dándome la mano llena de cables, me preguntó si quería comer torta de manzana. «No sé cómo se hace, ¿me contás?». Saqué el teléfono. No existía WhatsApp, pero grabé una nota de voz con el paso a paso. Me fue relatando, con algunas ausencias entre cada ingrediente. Yo lloraba lento. Si hay una cosa peor que la muerte de una madre, es la confirmación de esa inminencia: no solo estás a punto de vivirlo, sino que sabés que va a pasar en breve. Entonces le di un beso en la frente, le corrí el pelo de la cara y me sequé las lágrimas con el codo para salir de la habitación y desplomarme.

La vida fue pasando, la herida se fue haciendo cáscara y yo seguí caminando. Me acuerdo de mi vieja, aunque su voz se me va borrando. Quedan solo dos o tres palabras que recuerdo con su tono, pero todas las demás, ya no. Cada tanto la traigo a la vida contándoles a mis hijas historias de aquellos años. «Pa, ¿la abuela se murió antes de que yo naciera?», me preguntó Lupe anoche mientras

cenábamos. Le dije que sí, restando importancia. «Pobre, se perdió toda mi vida», me apuñaló.

Escucho mi teléfono sonar. Es un audio del Nívor. Cambiamos un par de mensajes:

—Gaucho —por alguna razón, siempre me dice «gaucho»—, me quiero matar. Estaba a punto de arrancar a ensayar y me avisa mi prima que mi vieja se descompuso… Encima había catado unas florcitas…, me tuve que poner sobrio de prepo, che…

—Quedáte tranqui, a esta altura los viejos empiezan con algún achaque, le van a dar alguna falopita y la sacan a pista. No le des esos petardos que fumás vos, que la vas a destrozar. —Y me fui a dormir.

Cuando me desperté, al día siguiente, le mandé un sticker y le pregunté: «¿Y, bestia? ¿Cómo sigue la Mit?».

El Nívor es más que un amigo. Fue mi primer amigo cuando vine a vivir a Buenos Aires. Me acuerdo no solo de él, sino de nosotros. Yo era medio retacón; él, flaco y petiso. Caminábamos por la calle; él para un lado y yo para el otro. Cuando nos cruzamos —ya nos teníamos vistos—, me señaló la pierna y me dijo algo inentendible, un balbuceo. «¿Qué cosa?», quise saber. «Que se te está por caer la plata que tenés escondida en la media».

Cuando vine a Buenos Aires, conocí algo que para mí no existía en el interior: parece que si un nene va con

plata por la calle lo pueden robar. Entonces me había hecho el hábito de esconderme la plata en una media, algo que creo que ya no se usa, pero fue moda en los noventa. El Nívor me señalaba la pierna. El billete asomado en la pierna. «Vas a perder la plata», me dijo. Le agradecí y le dije que estaba yendo al kiosco, que si quería lo invitaba a tomar una coca. Y fuimos.

Y fuimos de viaje, salimos, compartimos el día, la noche, el hambre, las tardes, el frío, fumamos, bailamos, nos emborrachamos millones de veces, crecimos, fuimos padres, formamos familias, tuvimos hijas. Nos prestamos los miedos y los brazos varias veces: tenemos una confianza inquebrantable, esa de las personas definitivas. Conocimos tugurios, nos rateamos del colegio, llamamos putas a domicilio, robamos los autos de nuestros viejos y les sacamos guita a nuestras madres para comprar cigarros.

Cuando descubrimos la noche, tuvimos que ponernos de acuerdo para emborracharnos: si una semana uno se había puesto en pedo, no podía quebrar la semana siguiente, le tocaba al otro. Pero nos duró poco. Jugar al abstemio, si fuiste adolescente en una década neoliberal, es imposible: mi generación venía rebotando permanentemente contra las malas noticias. ¿Industrias? No existen más. ¿Futuro? Para nadie. «Lo mejor que pueden hacer cuando terminen el colegio es manejar un remís», dijo el director del industrial cuando estaba por egresar. El panorama era desolador, y lo mejor que podía pasarnos era sobrevivir.

Entonces, uno de los dos gritó eureka. «¡Boludo! —le dije—, mirá esto. Acercáte». Me puse a la par de él, hombro con hombro —ya los dos habíamos pasado el metro ochenta—, y tomé medidas: «Sí, joya. Tenemos los hombros a la misma altura. Vení».

La técnica para caminar juntos en pedo resultó ser grandiosa. Yo pegaba mi hombro derecho a su hombro izquierdo y nos dábamos una mano con el equilibrio hasta llegar a nuestras casas, totalmente heridos. A veces alguno estaba un poquito más sobrio que el otro, pero nos habíamos acostumbrado a volver así, siameses, ligados por el alcohol.

Después tuvimos la fortuna de tocar los tres o cuatro timbres correctos y enderezar el barco. Todo podría haber salido peor, pero acá estamos.

En todo esto pienso mientras me baño. Salgo y agarro el teléfono para escribirle. Entonces veo su mensaje: «Falleció mi mamá, Nachín».

Le decíamos Mitcher. Nunca me quedó del todo claro por qué, pero así la conocí y así avisamos anoche, entre el resto de los amigos: «Che, boludo, murió la Mitcher».

Y atrás de la muerte, definitiva, repentina, inabarcable, se empiezan a borronear todas las historias que viví en esa casa del siete cuatro seis, las noches sin dormir, las risas hasta acalambrarse, las competencias para ver quién fumaba más, los duelos por cualquier estupidez, los primeros acordes disonantes y totalmente fuera de tempo.

Si la adolescencia fue una película, la casa del Nívor fue uno de los escenarios principales y, sin dudas, la Mit fue protagonista.

Voy a buscarlo, acelero de más, doblo cuando hay que seguir y sigo cuando hay que doblar. Toco el timbre dos veces, como siempre. Y con ese timbrazo espero que salga el pibe al que conocí hace treinta años para decirle que lo quiero, que lo entiendo, que lo acompaño, que le presto mi vida para que arregle la suya.

Cuatro palabras escribió: «Falleció mi mamá, Nachín». Yo conozco el peso de ese dolor. Alguna vez alguien dijo que un amigo es uno mismo con otro cuero. Y ahora el cuero de mi amigo está herido, y yo sé cuánto duele esa herida.

Y cuando nos abrazamos en llanto, le susurro al oído:

—Te felicito, hermano.

Xuxo y la cuarta dimensión

◎

Olazábal 151
Lomas de Zamora

Ni la paz mundial, ni el fin de la hambruna ni la vida eterna: todos esos deseos son boludeces. El único objetivo que tenía aquel día de la primavera era llegar a mi casa sin antes haberme cagado encima. Y, de todos los escenarios posibles, el único que jamás se me cruzó por la cabeza fue que ese día conocería la cuarta dimensión.

En Argentina, el inicio de la primavera coincide con el Día del Estudiante, dos excusas combinadas para que los pendejos se pasen el día entero mezclando todo lo que pueden comer con todo lo que pueden tomar. Y hace veinticinco años yo era uno de esos pendejos.

Volvía de Palermo. Hacía muchísimo calor. Pero ahora, con la cabeza llena de canas, pienso que no fue el calor lo que rompió todo, sino lo que me había metido en las tripas: fernet, cerveza, vino, coca, papas fritas, hamburguesas, mate, leche chocolatada, frutas, helado, pebetes de jamón y queso, galletitas dulces, caramelos. Un infierno.

De todos modos, la situación estaba controlada. O casi.

Media hora antes de pegar la vuelta para casa, tuve algún indicio en el cuerpo y pensé en usar un baño químico en el Rosedal. Pero la cola de gente era infinita y, ahora que lo pienso, subestimé mis necesidades. «¡No pasa nada!», dije, y me confundí: debí cagar en ese rectángulo de fibra de plástico inmundo.

Volver hasta casa iba a ser eterno: tenía que tomar un subte, un tren, el colectivo… Dos horas de viaje en las que el inodoro parecía cada vez más lejano.

En la tercera estación de subte empecé a sentir que me estaba cagando encima: no fue un aviso sutil ni una cosquillita estomacal. Nada de eso: me cagaba. Así que decidí amigarme con lo inevitable, porque iba a salir cagado de ese vagón. Miré a todos los que me rodeaban y empecé un juego para intentar evadirme. ¿Qué hará cada una de estas personas cuando se dé cuenta de que me cagué encima? Ese grupito de varones de treinta se va a alejar tapándose la nariz y señalándome. Aquella señora petisa de allá va a llamar escandalizada a la policía cuando lleguemos a la próxima estación. Ese viejo, noble y comprensivo, me hablará al oído: «Bajáte, pibe, que está todo el subte lleno de olor a bosta y sabemos que es por tu culpa…».

Pero, milagrosamente, no pasó nada de eso y, por acción divina —o algo que no sé explicar—, la molestia cesó, y yo agradecí la suerte, mi suerte, de no haber hecho el papelón.

Cuando por fin el tren llegó a la estación de Lomas de Zamora, eran las siete de la tarde. El Día de la Primavera, la comida, los tragos y los bosques de Palermo habían

quedado atrás. Y el miedo filoso de cagarme encima parecía haberse escondido: estaba a solo ocho cuadras de mi casa y tenía todo bajo control. Hasta que empecé a caminar. Y ahí sí, porque el cuerpo tiene límites, la suerte decidió abandonarme.

Exactamente en ese momento, supe que iba a pasar: ya no había más lugar para el verso, la especulación, los milagros, las teorías falopa leídas en revistas de consultorios para mejorar el comportamiento de las tripas: nada, caso sentenciado.

El día viernes veintiuno de septiembre de 2001, el señor Merlo, Jorge Ignacio, es encontrado cagado encima en las calles de Lomas de Zamora, mientras vecinos y transeúntes lo señalan al pasar y lo convierten, para toda la eternidad, en objeto de burla colectiva.

Empecé a transpirar frío, me aumentaron los latidos y el párpado izquierdo me temblaba. Palidecí. Comenzaron las preguntas existenciales —«¿por qué a mí?», «¿por qué ahora?»—, y después recurrí a las matemáticas. Siempre tuve facilidad para los números y ese día lo ratifiqué: hacer cuentas con los seis metros de intestinos rebalsados de mierda no es una capacidad, es un don.

El resultado era claro: tenía tres minutos. Si no lograba resolverlo en menos de tres minutos, iba a estar completamente cagado encima. Todavía me faltaban seis cuadras para llegar a casa: tenía que tardar menos de treinta segundos por cuadra. No era un mal número.

Me apuré. La primera cuadra la encaré con superávit. Si la percepción del tiempo no me fallaba, había tardado

veintiún segundos en hacer esos cien metros. Entonces pensé que podía bajar mi tiempo a quince segundos, como si estuviera batiendo un récord. Empecé a caminar todavía más rápido, casi trotando: una gacela gastrointestinal. «Si las cuentas salen bien —me dije—, tengo tiempo de llegar a casa, elegir un libro de la biblioteca, prenderme un pucho y, recién entonces, sentarme en el inodoro». Qué confundido estaba.

Cuando faltaba media cuadra para llegar, el cuerpo dijo «hasta acá, macho», y se empacó como un caballo. Psiquis y corpus dejaron de formar un equipo y ya no coordinaban. El cuerpo tomó el control y empezó a correr sin que la orden viniera de la cabeza, que no tuvo más remedio que acompañarlo.

Llegué a casa corriendo, transpirado, borracho, jadeando: daba vergüenza. Temblando, metí la mano en el bolsillo del jean para sacar las llaves y pasó lo peor: en ese momento hubiese cambiado la vida eterna por tener las llaves de mi casa. Pero las llaves no estaban. Tiritando, empecé a tocar el timbre. Un timbrazo. Dos timbrazos. Ciento veinte timbrazos y cuarenta patadas a la puerta gritando para que me abrieran. Nadie contestaba. Mi estómago se había convertido en un bolillero de lotería familiar: todos los soretes giraban, y en cualquier momento uno se iba a acomodar para que el culo gritara «¡bingo!».

A esta altura, los recuerdos se vuelven un poco difusos: creo que me bajó demasiado la presión, me subió el azúcar o las dos cosas al mismo tiempo. De lo que sí me acuerdo es de haber apretado los cachetes del culo con

todas mis fuerzas, parado como Chaplin, esperando que alguien me ayudara.

Empecé a barajar la posibilidad de cagarme encima y quedarme así en el porche de mi casa hasta que algún familiar llegase, ya no como una tragedia, sino como una opción para resolver mi problema: no podía seguir luchando. Pero no tenía ni un boleto de colectivo para limpiarme el culo, y sentía que no podía ser tan injusto con mi familia: encontrarse un hijo grande todo cagado encima en el porche de la casa debe de ser tremendo.

Entonces fui más allá y pensé directamente en matarme. Con honestidad lo pensé. Miré a mi alrededor mientras temblaba y lo único que vi fue un baldosón flojo. Podía usarlo para reventarme la cabeza, pero supe que, si me agachaba a hacer fuerza, me cagaba. Y concluí que, ya que iba a matarme, era preferible cagar primero. Porque, si ya era traumática la imagen de un tipo de un metro noventa cagado encima en el porche de su casa, mucho peor era que me encontraran cagado encima y, además, muerto. Me apiadé de mi familia o del enfermero que tuviera que lavarme. Y pensé qué pasaría si salía mal: me rompía la tapa de los sesos, me cagaba encima y, en vez de morirme, entraba en un coma profundo. ¿Quién carajo iba cuidar a un tipo cagado hasta los talones que se había reventado la cabeza con un baldosón? ¿Quién querría a una persona así?

Volví a sacar cuentas: no me convenía. Una vez más, al borde del llanto, pateé la puerta de mi casa y toqué el timbre al mismo tiempo. Lloré. Por primera vez en todo

el día, lloré. Fueron lágrimas amargas de desolación y desamparo.

Entonces, a lo lejos, escuché pasos. Miré a mi derecha lleno de ilusión, y allí venía Xuxo. Mi buen vecino Xuxo.

Todo el mundo le decía Yuyo, porque había dedicado su vida entera a la jardinería y era un experto en desmalezar: en sacar yuyos. Pero, desde que lo conocí, comencé a instalar el rumor entre amigos y familiares de que el bueno de mi vecino era admirador de Xuxa y de que se apodaba así por ese motivo. Entonces, Xuxo.

Mi casa, esa casa, daba al frente. Detrás había tres casas más. Xuxo vivía en el segundo departamento, justo detrás de mi casa. Y su patio y el mío estaban uno al lado del otro.

Las patitas me temblaban. Estaba transpirado y asustado.

—¿Te quedaste afuera, pibe? —quiso saber.

—Sí… Pasa que no hay nadie en mi casa y… ¡me estoy cagando encima!

—Ja, ja… Vení que te abro por acá y saltás al patiecito de tu casa.

Contemplé la posibilidad de abrazarlo, pero tenía miedo de hacer fuerza y cagarme. Xuxo abrió la puerta del pasillo por donde entraba a su casa y me acompañó hasta su patio con pasos lentos, raspando unas alpargatas flojas. Tenía ochenta y cinco años, una gorra vieja y azul que dice «Pirelli» y una cantidad de pelo blanquísimo totalmente desproporcionada para alguien de su edad. Era un viejo de los de antes, de esos que ya tenían cara de viejo a los dieciocho y nunca usaban pantalones largos. Pero,

pese a su buena onda, tuve la sensación de que le importaba un carajo si me cagaba o no.

—Vení, pasá por acá… Pegás un saltito, te colgás de esa pared y caés en el patio de tu casa.

En ese momento amé a Xuxo: nadie había hecho tanto por mí en toda la vida. Miré la pared, que estaba ahí nomás, a unos cinco metros. Atrás de ese muro estaba el patio de mi casa. Y en esa casa estaba mi baño. Y en ese baño, mis diarios y mis revistas. Miré el suelo, miré la pared, volví a mirar el suelo. Y entonces me sentí un atleta olímpico a punto de superar su mejor marca en salto en alto. Me preparé para mi gran hazaña. Observé a Xuxo, que, en silencio, me alentaba. La pared tenía algo más de dos metros de altura. Tomé carrera y corrí todo lo rápido que podía correr.

Nunca había remontado tanta velocidad en tan pocos metros. Ni siquiera cuando me incendié el talón haciendo experimentos a los diez años. Llegué, mientras corría, a una conclusión desde el empirismo: cagarse encima es mucho peor que quemarse vivo.

Di un paso, dos, tres, cuatro. No llegaba a ver los ademanes de Xuxo ni a escuchar las advertencias. En el momento en que empecé a flexionar las rodillas para saltar con impulso, el mundo que había conocido, el curso lógico de la vida, las leyes de la física y las reglas del universo dejaron de existir. Toda mi vida había ocurrido dentro de ciertos márgenes de normalidad, con algún que otro exceso, pero bien. Sin embargo, no había ni habrá ninguna persona psicológicamente preparada para vivir algo así.

Porque, en el instante en que fui a rebotar contra el suelo, algo se partió debajo de la suela de mis zapatillas, el piso desapareció, me hundí en las profundidades de la tierra y quedé sumergido por completo en litros y litros de agua helada: todo lo que había conocido ya no existía, y pasé a formar parte del inframundo.

De repente, escuché los gritos que me traían de regreso: fuera del agua, el mismo viejo noble y cansado que me había abierto la puerta no paraba de putearme.

—¡La reputísima madre que te parió! ¡Marmota! ¡Me hiciste mierda la tapa del tanque! ¡Salí de ahí, hijo de mil putas!

Tenía razón el bueno de Xuxo. Había querido ayudarme y le destruí el tanque cisterna enterrado bajo tierras conurbanas para acumular agua potable en verano. Pero yo estaba viviendo una realidad paralela: de la cintura para arriba, estaba casi seco, transpiraba frío y tenía taquicardia. De la cintura para abajo, todo estaba mal: estaba a nada de cagarme encima, lleno de agua y sin hacer pie. Y encima Xuxo empezaba a patearme mientras se agarraba la cabeza con las dos manos.

Como pude, pidiendo perdón, agarrándome el culo con una mano y cubriéndome con la otra de los golpes, hui como una rata y trepé a medio cagarme, con los pantalones mojados. Cuando logré pasar al patio de mi casa, el volumen de los gritos de Xuxo empezó a disminuir.

El cuerpo me pedía a gritos terminar con aquello. Pensé en que, si bien había tenido un gran gesto, sus gritos me habían hinchado un poco las pelotas.

—¡Pendejo de mierda! ¡Te voy a matar! ¡Marmota! —pataleaba Xuxo.

—¿Xuxo? —pregunté.

—¡¿Qué?! —respondió agresivo.

—¿Me escuchás? —repregunté.

—¡¿Qué querés?! —pataleó.

—¡Andáte a la puta madre que te parió! —me reí y empecé a alejarme.

Xuxo se quedó puteando en el patio de su casa. Gritaba y gritaba mientras yo rompía una cerradura para llegar a tiempo al baño. Gritaba mientras el jardín hermoso se le llenaba de agua. Gritaba mientras Berta, su mujer, se acercaba como podía girando las ruedas de la silla en la que estaba postrada. Ella preguntaba qué había pasado, él no sabía explicar… Ambos gritaban y sacaban cuentas en el aire del gasto que les había ocasionado. ¿Cuándo podrían hacer la tapa nueva? ¿Dónde conseguirían pintura de color verde para pintarla y que quedara camuflada en el pastito? ¿Quién la pagaría?

Ya pasaron algunas décadas y estoy seguro de que Xuxo y Berta fueron comidos por los gusanos. Ahora que soy adulto, las veces que la vida me juega un apuro, escucho el eco de sus voces y me transporto a aquel patio como si apoyara mis oídos en un caracol para evocar el mar. Ahí estará para siempre Xuxo, puteándome por haber destruido su amado tanque de agua. Incluso, si hago un poco de fuerza, puedo volver a verme ahí, mitad seco, mitad

mojado, prestando atención a cada detalle para poder contarlo.

Ahí podés comprar un Kalashnikov

◎

Carlos Gardel 928, departamento 3

Lanús

Para mí, que nací tan cerca del culo del mundo, que vivo rodeado de malas noticias, que supe surfear todas las olas de todas las crisis económicas desde que nací, hacer un viaje por Europa de mochilero se presentaba más fácil que el nivel uno del *Arkanoid*. Nada podía salir mal en ese primer viaje que armé para recorrer el continente viejo. Nada, excepto ser asesinado en medio de una tormenta de nieve en las afueras de Ámsterdam, en manos de un narcotraficante colombiano.

Hay un recuerdo de esa noche congelada de enero que me sigue retumbando: la cara de Mikki, un taxista marroquí que, sin saberlo y por cuarenta y cinco euros, me salvó la vida. El bueno de Mikki, un africano que había escapado de un futuro mejor que todavía no llegaba, hablaba un inglés muy pobre y manejaba un Peugeot 307 negro con una lucecita roja en el techo. Esa lucecita roja con la palabra «TAXI» escrita en letras negras fue la señal para empezar a agitar los brazos y gritar pidiendo ayuda.

La historia empieza algunas horas antes en República Checa. La escala inmediata anterior a Ámsterdam había sido Praga, la ciudad más blanca y medieval que había conocido en mi vida. Con excepción del clima invernal —catorce grados bajo cero—, mientras caminábamos sus calles todo era perfecto: castillos con cúpulas salidas del trazo de un artista, catedrales que solo existen en la imaginación, colores que contrastan con puentes llenos de nieve y turistas de todo el mundo que aprovechan la oferta de la capital checa, donde el alcohol es barato, las drogas son accesibles y la prostitución es legal.

En Ruzyně, el aeropuerto de Praga, me topé con la primera mala: nuestro vuelo a Ámsterdam estaba demorado. Me acerqué a un grupo de turistas holandesas de unos cuarenta años, con signos de haber dormido poco en todo el fin de semana, y les pregunté qué sabían de la demora. Se rieron, como si mi pregunta no les interesara. Tiempo después entendí que todo era parte de su fin de semana de descontrol, y la demora no hacía más que prolongar el disfrute. Me senté en una butaca metálica y me puse a leer *Fiesta*, de Hemingway, que había comprado en una mesa de saldos en Plaza Italia y llevaba en la mochila de mano.

Cuando la demora pasó la barrera de las dos horas, sentí que debía avisarle a Didier, el anfitrión de Airbnb que nos esperaba en Ámsterdam. Yo había sido claro con él en todos los mails que habíamos cambiado antes de viajar: «Voy a llegar a Ámsterdam en la tarde del domingo. ¿Vos

podés venir a buscarme? Si no, necesito que me des indicaciones para poder llegar en bus», detallé. Odiaba usar la palabra «bus», con lo lindo y dulce que resulta decir «colectivo». Pero cada vez que intenté referirme al transporte público como «colectivo» generé una brecha comunicacional. Entonces, «bus».

Antes de llamar a Didier, busqué un correo electrónico suyo con indicaciones y lo releí pausado. Didier escribió: «Tú tomas el bus 300 en dirección a Bijlmer Arena. Te bajas en la última parada. Atraviesas la estación y giras a la derecha. Caminas recto como tres minutos hasta que llegas a una plazoleta donde hay un KFC. Cuando llegas a la plazoleta, caminas recto otros cuatro minutos. Comenzarás a ver bloques de edificios a tu lado izquierdo. El cuarto es Hogevecht. Caminas hasta el final del edificio, giras a la derecha. Y después a la izquierda hasta que encuentras el número 129 A. Perdón por la demora. Didier».

Sentí tanta ternura al ver su mail nuevamente. Imaginaba al holandesito con un diccionario Pequeño Larousse Ilustrado Holandés-Castellano / Castellano-Holandés, adivinando palabra por palabra y sin entender cosas básicas como por qué se escribe «a la» y no «ala» ni que, además, son cosas distintas.

Puse lo mejor de mí y lo interpreté. Y preferí llamarlo para alertarlo de mi demora.

Busqué un teléfono público amigable y me encontré con una caja metálica llena de consonantes con tildes y palabras indescifrablemente checas, por lo cual recurrí a la intuición. Coloqué algunas coronas en la ranura y marqué

cada número de los que me dio Didier, rogando a Dios que no apareciera la voz de una operadora hablando en holandés o en checo, porque ese sería el fin de la comunicación. Primer intento: fallido. Segundo intento: un tono de ocupado raro. Antes de desistir, probé otra vez y escuché el tono universal de llamada.

—Hola, ¿quién? —dijeron al otro lado del tubo.

Me descolocó. Era una voz en castellano con un acento que no reconocía del todo. En una fracción de segundo, pensé que era un holandés que hablaba algo de castellano y sentí un poco de alivio: sería mucho más fácil explicarle mi demora.

—Hola, ¿Didier? Soy Ignacio. Tengo una reserva en tu departamento esta noche, y el vuelo en el que viajo hacia Ámsterdam está demorado por tormentas de nieve. Estimo que voy a llegar cerca de la medianoche. —Recité todo con tono pausado, como quien habla con un sordomudo y mueve exageradamente sus labios, usando palabras formales para no caer en los modismos de su idioma.

—Es que no hay ningún problema —respondió con muchísima lentitud—. Yo te espero, tranquilo. Buen viaje. —Y colgó.

Miré a Ro con gesto de desconfianza. Ella me preguntó qué pasaba, y le dije, sin dar muchos detalles, que nada importante. Que me había causado gracia que el holandés hablara castellano, que tenía una voz rara, que parecía la del ratón amigo de Speedy Gonzales —el personaje de los dibujitos animados—, a medio camino entre mexicano y santiagueño. Y nos reímos.

Demora superada, nos invitaron a abordar. Eran casi las diez de la noche, y todo lo que se podía ver por los ventanales de Ruzyně era nieve y empleados que caminaban por las pistas de aterrizaje echando humo por la boca, frotando sus manos. Afuera hacía unos amenazantes veintisiete grados bajo cero. «El avión va a carretear sobre una capa de hielo», pensé. Me acordé de las lecciones de física en la escuela técnica. Pensé en el efecto de aquaplaning, que hace que las ruedas de un vehículo no puedan adherirse bien a la superficie y el auto salga disparado como una flecha hacia fuera del camino. Y también pensé en que, si todo eso salía bien, si por fortuna o acción divina llegábamos a despegar como corresponde, si por milagro ocurría eso, aún restaría aterrizar en una pista nevada, con el enorme riesgo que implica. Acepté que esa sería la última noche de mi vida. La miré a Ro a los ojos y le resalté cuánto la amaba y lo feliz que era de estar haciendo ese viaje juntos. Y le hice una confesión: «Qué cagada morirse en lo mejor».

Una vez que todos los pasajeros estuvimos adentro, empezamos a recibir las instrucciones por si ocurría la catástrofe. Por primera vez en mi vida, presté atención. Era necesario, así que memoricé todo. Dónde estaban las máscaras de oxígeno, qué debía hacer en caso de que naufragáramos. Busqué incluso la salida de emergencia y pensé en cuál sería el vecino de avión con el que forcejearía para salir primero. Lo identifiqué enseguida: un alemán grandote, lleno de granos, muy blanco y muy nerd. Lo imaginé lento de reflejos y pensé que yo —que no soy ni estoy

cerca de ser una luz— podía adelantarme cuando la evacuación fuera necesaria, aunque también era tentador meterle la traba desde atrás si él me sacaba ventaja, para, una vez caído, pisotear su espalda inmensa y salir antes que él.

La espera se hizo eterna. Después de recibir todas las indicaciones, unas máquinas hidrantes se pararon a cada lado del avión y comenzaron a tirarle agüita caliente o algo parecido. Las ventanas se desempañaron muy lentamente y un olor espantoso invadió los pasillos del avión. «Es normal que sientan un olor molesto. Durará unos instantes», explicaban las azafatas en inglés. Me relajé y esperé. No sabía si iba a morir al despegar o si —peor— sería al aterrizar. Si hubiera podido elegir, habría preferido morir en el despegue. Por ansioso y porque me parecía inútil sobrevivir al primer escollo para morir en el segundo. Habría sido una injusticia enorme.

Entonces el avión comenzó las maniobras de rutina y giró sobre su propio eje para quedar de trompa a la pista que le habían asignado. Y justo antes de despegar me invadió un pensamiento: el piloto de este vuelo bien podía ser uno de todos los praguenses borrachos que me había cruzado en la ciudad la noche anterior, y ahí sí estuve completamente seguro de que eso iba a salir mal. Pero me relajé. Más bien me resigné. Le di la mano a Ro —una suerte de cábala que surgió la primera vez que volamos juntos— justo cuando comenzó el carreteo. Mucha velocidad, mucho ruido, muchos turistas que charlaban en voz muy alta. Y, de repente, estábamos en el aire. Despegamos. Sorteamos el primer obstáculo. No hubo

tragedia ni nada de eso. Estábamos en los cielos bohemios con destino a la ciudad donde todo vale. Apoyé la cabeza en el respaldo y me relajé realmente, por primera vez en muchas horas. Confié en que estaría todo bien al ver a tantos turistas reírse. Decidí que si ellos, que viajan seguido, no estaban con el culo en la mano por las condiciones climáticas, era porque no pasaría nada. Ellos serían mi termómetro de ahora en adelante y por el resto del viaje.

Cuando faltaba poco menos de media hora para aterrizar, el avión empezó a hacer un movimiento asqueroso. Qué cosa horrible todos los movimientos y los ruidos del avión: son como las alarmas del cuerpo humano. No hay puntadas «buenas», no hay dolores que indiquen que estamos sanos, no hay sangrados que pronostiquen bienestar. Lo mismo sucede en el avión: estamos ahí, quietitos y muertos de miedo, y cada ruidito es una falla técnica, cada movimiento es la antesala de una caída libre, cada vez que suena la alarma de las azafatas es porque perdemos altura y vamos derecho al colapso.

El avión comenzó a moverse como la bandeja de un mozo cuando está llena de platitos calientes. Era un temblequeo leve, de lado a lado, con un ruido muy parecido al que hacen los cubiertos en esa misma bandeja de chapa. Taca, taca, taca, taca, taca. No me persigné porque no sé bien cómo funciona, pero apreté muy fuerte los labios. Para peor, los turistas hicieron silencio en simultáneo, y así comprendí que íbamos a caernos en cualquier momento. Sin embargo, el mal momento pasó y comenzamos a descender muy progresivamente.

Y, de repente, estábamos aterrizando. Sentí terror de que no pudiéramos frenar. Me acordé del avión de Lapa, me imaginé saliendo en vivo desde Ámsterdam, hablando con Enrique Piñeyro en un noticiero, haciendo paralelismos.

La salida del aeropuerto fue sencilla, incluso tuvo sabor a poco. Después del control migratorio y sin sellar el pasaporte, agarramos el equipaje y ya estábamos afuera. El primer recuerdo que tengo de Ámsterdam es la nieve. Durante todo el tiempo que pasé en la capital de los Países Bajos, hubo nieve. Cargadísimo, me acerqué hasta un hombre y le pregunté si sabía dónde podía tomar el bus 300. Era medianoche, tenía pocas opciones para preguntar.

—Es ese que viene aquí —me indicó en un inglés muy raro.

«Conozco esa voz de algún lado», pensé, y enseguida me di cuenta: la mayoría de los malos de las películas de Hollywood tienen ese acento, a mitad de camino entre árabe y persa, y casi siempre amenazan con hacer volar un edificio por los aires con una granada. Pero yo todavía no tenía prejuicios y confiaba en la gente por mera intuición, un arma de doble filo.

Cuando me quise dar cuenta, la nieve ya estaba al otro lado del vidrio, y yo estaba sentado, exhausto, en un asiento doble del bus 300. Entonces, recién entonces, me di tiempo para contemplar, para sentir que estaba de paseo por uno de los países que siempre había querido conocer, que caminaba por las calles que habían recorrido Van Gogh o Ruud Gullit, y me sentí feliz.

Eran casi las dos de la mañana. Recorriendo con la mirada, reconocí algunas señales y carteles: Philips, Heineken, Amstel. No entendía si eran fábricas o plantas comerciales, pero había edificios gigantes con los carteles de esas marcas al costado de la ruta. Nos íbamos alejando cada vez más del aeropuerto. No sabía bien hacia dónde iba —no tenía mapas y el 4G aún no existía—, por lo que me dejé llevar por las indicaciones de Didier: bajar al final del recorrido.

Cuando iban casi cuarenta minutos de viaje, se me ocurrió preguntar cuánto faltaba. Parecía que el chofer no hablaba una palabra de inglés, y estábamos solo Ro, el pequeño hombrecito con acento árabe y yo. Le pregunté nuevamente:

—Es en pocos minutos —me indicó.

Al llegar a la parada final, le di la mano a Ro y bajamos del bus. El lugar parecía una estación de esas que hay en el interior de la Argentina o en las localidades chiquitas de la costa, como Mar Azul u Ostende, donde todo cabe en unos pocos metros cuadrados. Pero no había nadie ni nada, salvo unos tubos fluorescentes encendidos y un lugar donde atar bicicletas. Y muchísimo silencio. Hacía muchas horas que no escuchaba tanto silencio junto. Desconcertado, avancé unos pasos hasta el pequeño árabe y le pregunté si podía ayudarnos. Le leí las indicaciones de Didier, pero él no lograba entender. Hasta que mencioné Hogevecht. Los ojos se le volvieron dos bolitas blancas y perfectas. Hizo una mueca y, con un ademán, nos invitó a que lo acompañáramos. Eran ya las tres de la mañana de una noche invernal, a más de una hora de

viaje del aeropuerto de Ámsterdam. No teníamos idea de dónde estábamos, pero sabíamos que necesitábamos acelerar para llegar a destino.

Yo estaba empezando a desconfiar del hombrecito.

—Hassan —se presentó y me estrechó la mano, caminando con su bici a un costado.

Hicimos dos cuadras juntos en silencio. Ro quiso saber si estaba todo bien, y yo no le soltaba ningún dato.

—¿Ves ese edificio blanco que se asoma junto a la autopista? —preguntó Hassan—. Ese es Hogevecht. Ahí van ustedes. Yo me voy por aquí —se excusó señalando una bifurcación en medio de la nieve.

Y volvió hacia mí para clavarme el puñal:

—Pide a Dios que no les pase nada allí —sentenció.

Lo dijo con convicción. Por algunos segundos, me resultó imposible decodificar su mensaje. «¿Esto me está pasando en serio?», pensé. Y apreté fuerte la mano de Ro.

—¡¡Qué carajo pasa?! —preguntó ella impaciente.

—Nada, todo bien —le mentí, y empecé a llevarla de la mano como una bandera que flamea.

Unos pasos más tarde, me frenó en seco. Quiso saber:

—La puta que te parió, ¡¿qué mierda pasa?! —retrucó con más decisión.

—Pasa que este lugar es inseguro. Y que atrás viene un tipo encapuchado más alto que yo —detallé.

Empezamos a caminar a toda velocidad, cada uno con una mochila enorme sobre los hombros, un bolso mediano en una mano y una mochila pequeña contra el pecho, todo arriba de varias capas de abrigo.

Volví la mirada atrás. Era uno de esos negros holandeses que juegan en los mundiales de fútbol y siempre son nacidos en Surinam. No quería pensar qué nos iba a pasar: el tipo era enorme, podía matarnos de un cachetazo si quería. Pero, cuando miré de nuevo, ya no estaba.

—¡Vamos! —le ordené a Ro.

Y entonces sí: ya no hubo lugar para la fe, la ilusión ni la confianza. Estábamos encomendados a nadie, teníamos que correr para que no nos mataran y nos dejaran tirados en medio de ese barrio en el que todos los edificios eran idénticos. Recordé con miedo el famoso proverbio chino: «Si un árbol cae en el bosque y no hay nadie para escucharlo, ¿hace ruido?». Sabía que, si moríamos ahí, nadie nos escucharía.

Caminamos rápido. Estábamos transpirando, aunque la temperatura fuera de varios grados bajo cero. Llegamos a un portero eléctrico gigante, lleno de números y letras, y no había ningún departamento 129 A. Puteé todo lo que sabía putear. Los nervios me visitaron otra vez. Miré hacia lo lejos y vi una torre más. Tenía que ser ahí. Corrimos. Cada uno llevaba más de treinta kilos de equipaje y varias horas sin dormir. Cuando estuvimos frente al nuevo portero eléctrico, toqué insistente el 129 A. Cuatro timbrazos cortos y punzantes. Silencio, miedo, nerviosismo. Hasta que sonó una chicharra.

El sonido anunció que el portero eléctrico había destrabado la cerradura y que, apenas empujando, estaríamos del lado de adentro, seguros y cálidos, lejos de todo peligro y con un baño caliente a nuestro alcance. Que

tomaríamos unos cuantos vasos de agua fría y que nos reiríamos de todo lo que no había sido en este día en que la catástrofe nos había estado pisando las huellas desde temprano.

Empujé la puerta y entramos. Era un milagro. Había una suerte de hall de hotel de ruta yanqui de los años setenta, con un único foco colgando del techo. De pronto, se escuchó una voz desde algún piso más arriba:

—Es por aquí, hermano.

Subimos por la escalera; no vimos ningún ascensor ni quisimos preguntar. No queríamos más sorpresas. Uno, dos, diez, cincuenta escalones y, finalmente, estábamos dentro del departamento de Didier.

Nos recibió un hombre bajito, muy orejudo, con la piel algo oscura pero no negra, como la de alguien que trabaja al sol. Llevaba un jogging gris que le quedaba largo, una remera blanca y estaba descalzo. La forma de sus dedos de los pies era más extraña que la de sus orejas. Nada me interesaba más que dormir, así que nos saludamos y comenzamos con la rutina. Dejé el equipaje arriba de una alfombra en el living.

—Está empapado por la nieve —le advertí, pero no pareció importarle.

Nos dio un juego de llaves, la contraseña de internet y un mapa con actividades para hacer durante la semana.

—En la web de Airbnb no aclaré que soy de Colombia por todos los prejuicios que hay, ¿entienden?

La verdad era que no, no entendíamos.

—Aprovechen —sugirió, y se fue a dormir sin más.

Caminé algunos pasos. Noté que el departamento no se parecía mucho a lo que había visto en las fotos al reservar. Pensé en una cita a ciegas: habíamos sido engañados por la mejor foto y ahora estábamos enfrentando la realidad. Al desconcierto lo acompañó un olor picante indescriptible que no conocía ni podía explicar, pero que podría reconocer hasta el último de mis días.

Una vez en la habitación, nos miramos a los ojos y nos abrazamos. No era un abrazo presexual, ni de amor idílico ni de festejo. Era un abrazo de dos personas que sobrevivieron, que no podían hacer más que desvestirse y dormir algunas horas hasta que todo lo que habían vivido hubiera quedado en la memoria.

Empecé a sacarme la ropa. Cuando me saqué la segunda zapatilla, ya eran las cuatro y diez de la madrugada. Conectamos los teléfonos a la red de wifi y Ro avisó que habíamos llegado bien. Yo iba a hacer lo mismo, pero antes se me dio por guglear el barrio en el que estábamos parando para poder decir, en voz alta y aliviado, «árabe hijo de mil putas» o algo por el estilo. Pero antes de escribir «Hogevecht», se me ocurrió guglear el nombre de mi anfitrión. Leí algunos resultados y miré a los ojos a Ro:

—Tenemos que irnos. Ya.

El tercer sitio en la lista de los diez primeros resultados correspondía a una noticia de un diario de Colombia titulada «La lentitud desdibuja el proceso de justicia y paz». Era del ocho de enero de 2013, no habían pasado ni quince días, y decía que mi anfitrión —apodado

«MacGiver»— estaba acusado de haber cometido asesinato en noviembre. Se me desdibujó la cara. La guarida se convirtió en calvario. Teníamos que estar afuera. Quería atravesar el sendero desbordado de nieve y sentir el miedo exterior, porque este era peor.

Abrí la ventana. Daba a una autopista que parecía una General Paz del futuro, por la que no pasaba ningún auto. Ninguno. No había nadie despierto en toda Ámsterdam, intuí. Estábamos en un segundo piso. Le expliqué a mi mujer en cuarenta y cinco segundos las nociones básicas para escaparse de un lugar. Las había aprendido viendo cine.

—Hay que rajar de acá. Bajá por la escalerita de incendio y atrás tuyo salgo yo.

Entramos en pánico. Ella me miró; quería llorar, gritar y morirse, quizás en otro orden, pero me hizo caso. Volvió a vestirse, la ropa empapada sobre la húmeda, el efecto inverso al desnudo. Por suerte el ventanal era amplio. Deslicé suavemente una hoja de la ventana —doble vidrio, obligatorio por estas zonas—. Ella asomó su cuerpo y salió. Le pasé mi mochila, la suya, mi bolso de mano, el suyo; las mochilas pequeñas. Teníamos todo el equipaje afuera. Estábamos temblando de frío, de terror y de ira. Pasé mi metro ochenta y siete para el otro lado de la ventana y comenzamos a bajar en puntitas de pie. La necesidad de correr cuando no había que hacer ruido se incrementaba con cada paso. Era imposible no desear correr, pero lo evitamos. Nos miramos y cruzamos algunas ideas: «¿Por qué mierda nos pasa esto?», «¡Estamos a

diecisiete mil kilómetros de casa! Si nos matan acá, no se entera nadie». Cosas que uno se dice con la mirada.

Hasta que, finalmente, llegamos al suelo. Caminamos por la nieve, todo el cuerpo helado. Ella me miraba sin fuerzas. Retrocedí, le di la mano y la ayudé a salir de un escalón de hielo. Me hubiese gustado sonreírle —pienso ahora—, pero estaba ocupado intentando que ninguno muriera.

Íbamos por la autopista. A lo lejos, vimos luces. Podía ser una gomería, una panchería, un cabaret… Necesitábamos que hubiera gente viva a la cual gritarle: «¡Sacáme de acá, estoy parando en la casa de un asesino!». Pero no había un alma, solo una estación de servicio de esas en las que uno se sirve solo: vas, te llevás la cantidad de nafta que quieras y pagás con tarjeta a una máquina. No hay playeros dormitando, tapados con gorritas de Shell manchadas con aceite, ni nada parecido.

De pronto, paró un coche. Parecía un Peugeot. Se abrió una puerta de atrás y bajó una mujer corpulenta semidesnuda, una puta holandesa que empezó a caminar rapidito por los pasillitos angostos de Hogevecht. El auto, totalmente negro —pintura negra, vidrios negros—, empezó a encarar hacia nuestro lado. Tenía una luz rojiza en el techo con un letrero en idioma universal: «TAXI». Lo llamé. Le grité, le chiflé, le hice gestos. Estaba desbordado. El auto, que se movía despacio, me hizo una señal inequívoca de salvación: las luces de stop se encendieron fuerte en la penumbra nevada de Hogevecht y las balizas empezaron a parpadear. Corrimos hasta él. Le pregunté si

nos podía llevar al centro de la ciudad. No sabía cuánto iba a salir el viaje ni cuán lejos estábamos. Nada importaba. Me dijo que sí, que por cuarenta y cinco euros nos llevaría a un hotel en el centro. Empujé —literalmente— a Ro dentro del taxi, asiento trasero, mochila gigantesca a sus espaldas, jadeos y mucha nieve, y me subí adelante. Cuando la cerradura electrónica bloqueó las cuatro puertas del Peugeot 307, sentí que Dios, Alá o ambos me desataban el nudo del cordón umbilical, me daban la inyección a tiempo, cambiaban a rojo la luz del auto que iba a matarme en la esquina siguiente. Entonces tenía la oportunidad de hacer una vida nueva. Le pregunté al chofer cómo se llamaba.

—Mikki —dijo mostrando una sonrisa blanquísima. Y agregó—: ¿Te sigue alguien? ¿Te quieren matar? —Lo dijo en un inglés rústico y comprensible, con una naturaleza que me hizo pensar que podía ser cómplice. Pero elegí confiar.

—Algo así, algo así —le respondí mientras empezaba a recuperar el aliento.

—Porque ahí podrías comprar un Kalashnikov si quisieras.

Y entonces, recién entonces, entendí todo.

Los putos

◎

Paso 1015
Lomas de Zamora

Los conocí cuando vine a vivir a Buenos Aires. Yo era un nenito de doce que había llegado desde un pueblito del interior y había descubierto de golpe que su papá no era muy hábil con la pedagogía.

—La semana que viene empezás en la escuela técnica. No te van a dejar entrar con el pelo así —me advirtió con cara de vergüenza y asco mientras me miraba—. Buscá una peluquería y cortáte el pelo, que parecés un maricón.

Desde que lo conozco —incluso en fotos anteriores a mi nacimiento—, mi viejo siempre tuvo bigote policial, el pelo del mismo largo y una disciplina samurái para cualquier cosa que requiera habitualidad y metodología. Y la flexibilidad emocional de un grisín. Las rutinas familiares eran innegociables: los sábados a la noche, cenábamos siempre pizza; los domingos, íbamos al supermercado; el tercer miércoles de cada mes, lavábamos el auto; domingo de por medio, íbamos a pescar —antes de ir al supermercado—; un viernes al mes, tomábamos helado, y cada vez que cobraba el aguinaldo, cenábamos afuera.

Siempre fue metódico mi viejo. Pero en sus propias rutinas, las que no requerían congeniar con el resto de la familia, era peor. En cada cambio de estación, hacía los arreglos del auto: cambio de bujías cuando llegaba el invierno, cambio de aceite en primavera, alineación y balanceo en verano y prueba hidráulica del tanque de gas en otoño. En su cumpleaños, un chequeo general. «Sangre y pis, como todos los años», repetía los once de julio. «Las rutinas son para respetarlas», decía y aún dice, prisionero de sus propias normas. Sin ir más lejos, hace unos días llegué de improviso a su casa para compartir una comida y me dijo que pensaba cocinar fideos, pero estaba enculado porque no podía permitirse abrir un paquete de tallarines: todavía tenía abierto otro de fideos guiseros.

En aquel momento, Buenos Aires se presentaba difícil para mí. Hacía un mes y pico que había llegado y tenía dos semanas para acostumbrarme a tomar colectivos con distintos números y letras. Los primeros días quisieron robarme varias veces, vi a nenes de mi edad fumando o agarrándose a trompadas en la calle, escuché gritos que en mis doce años de inocencia pueblerina jamás había escuchado.

Un día vi un cartel gigante que decía en letras de molde «HADAD - SALÓN MASCULINO». Nunca supe —y tampoco lo sé ahora— por qué les dicen «salón masculino» a las peluquerías. Me acerqué a leer la pizarra. Junto a unas tijeras cruzadas, decía: «CORTE CABALLERO 2 PESOS». Y yo no era un caballero, pero no había corte para nenes, o

adolescentes, o lo que fuera que fuese yo en ese momento. Como tenía los dos pesos en el bolsillo, entré.

—Hola, ¿me podés cortar el pelo? —dije con acento de pueblo.

Me atendió Alberto. No sabía su nombre, pero lo supe casi enseguida. Me saludó con un beso, me dijo que me pusiera cómodo y empezó a recorrer el final de mi cabellera con una de sus manos mientras me preguntaba cómo quería cortarme.

—¿Qué? Yo no soy peluquero —contesté.

Antes de conocer a los putos, me cortaba con Dorita, una señora sencilla que había montado una peluquería espantosa en la que había sido la habitación de su hijo mayor, que había dejado el pueblo para estudiar en la ciudad. Todos pasábamos por lo de Dorita. Incluso, hubo una época en la que el pueblo entero tenía los mismos rasgos. Viejos, doñas, nenes chiquitos… y hasta alguna mascota, todos con el mismo corte de pelo.

La última vez que me corté con Dorita fue la más humillante. Promediaba quinto grado, y Milka —la señorita con el nombre más dulce y el peor humor que conocí en mi vida— entró al aula a los gritos y nos ordenó, tragándose las eses: «Lo' varone' hacen una fila acá; la' nena', otra fila allá». Empezó a pasar por cada banco buscando piojos con precisión fascista. Yo estaba convencido de que Milka disfrutaba cada vez que enganchaba a alguno poseído por una colonia de liendres. Y cuando me tocó a mí, puso el

grito en el cielo: «Piojos, liendres, caspa, seborrea… Y encima es hincha de Boca», dijo, y todos se rieron a carcajadas. Me dijo que fuera a la Dirección para firmar el libro de mala conducta y que llamaran a mi mamá para que me viniese a buscar.

En esa época, cualquier situación se contaba con vergüenza: ¿Viste fulano? Va a tener otro hijo, no digas nada; ¿Te enteraste? Los padres de mengano se separaron, una tragedia; ¿Vos sabés guardar un secreto? Nacho tiene piojos, pobrecito.

Llegué a casa y me encerré en la pieza. No quería hablar con nadie, necesitaba procesar mi enfermedad. Hacía poco había muerto Jeremías, uno de mis mejores amigos de la infancia. Se lo había comido de un bocado una leucemia fulminante a los ocho años. Y ahora yo tenía pediculosis, según decía la caja del Nopucid. Estaba cagado en las patas. Tomé impulso al rato y, con los ojos bordó de llorar, salí a encarar la situación: «Me voy de Dorita para que me corte el pelo», avisé y, casi sin saludar, salí a buscar la cura para mi desgracia.

En esa época, en ese punto geográfico y en ese momento histórico, cualquier nene de diez años caminaba solo por cualquier calle. Llegué a lo de Dorita como tantas veces y me saludó con un beso. Yo no podía mirarla a los ojos. «¿Qué pasa, Remolino?», me dijo. Me había bautizado así porque decía que tenía un remolino izquierdo, una cosa que ahora, que tengo más de cuarenta, tampoco sé qué es, pero parece que implica que no te puedas peinar bien para un lado, pero para el otro sí. «Nada. Estoy

enfermo. Tengo pediculosis». Dorita se empezó a cagar de la risa y volvió con la máquina para pelarme. Salí como un kiwi. Apenas unos pelitos, me dejó. Tenía la suavidad de un cachorrito.

Llegué a mi casa casi al mismo momento que mi viejo, que vendría de jugar al paddle, como todos los martes. «¿Te gusta cómo me queda?». «Parecés una Renault fuego con las puertas abiertas», dijo tocándose las orejas y señalándome con la nariz.

Ahora estaba en manos de Alberto, que insistía.

—Claro, nene, ¿cómo te corto? ¡Ay, Tony, me pregunta a mí cómo le corto a él! —dijo, y movió la mano con ese gesto universal que representó el estereotipo del hombre homosexual desde los años noventa y hasta principios de dos mil, cuando empezamos a evolucionar.

—Cortáme corto —le pedí.

Yo nunca había visto un puto de cerca, con la honrosa excepción de la Boris, un personaje marginal que creció en el mismo pueblo que yo y que pululaba por las casas pidiendo ropa vieja, a quien algunos vecinos le daban prendas definitivamente masculinas con tal de joderle la vida.

Pero la Boris iba al frente: se agarraba a piñas, puteaba, pateaba puertas y escupía caras cada vez que alguien intentaba pasarla por encima. Se paseaba por las calles y por los bares de mi pueblo con un novio pelado y bajito de voz finita. Se abrían paso, se construían, entiendo ahora.

Alberto era un puto diferente a todo lo que yo conocía del tema. Era hombre, se movía como hombre, tenía fisonomía de hombre, pero hablaba exageradamente, como una mujer. Era una caricatura de las caricaturas que la sociedad hacía y aún hace —seamos sensatos— puertas adentro o en cualquier asado. Me miró dos segundos, se llevó la mano al mentón, hizo pucherito y me interrumpió:

—¿Querés que te lave?

Yo nunca me había lavado el pelo en una peluquería. Dije que sí casi sin dudarlo, con la inocencia que se forma cuando en un mismo cuerpo hay curiosidad e infancia.

—¡Tony! ¡Ton! ¡¿Ton?! ¡Ay, puta madre, siempre con la music, este! ¡¡¡Tony!!!

Del fondo apareció Tony, secándose las manos en el delantal. Se dedicaba a teñir a señoras muy gordas y muy viejas que estaban al final del salón, fumando y leyendo adentro de esos tambores gigantes para secarse el pelo.

—Lavále el pelo al cachorrito este —ordenó mirándolo por el espejo.

Yo no sabía ni sospechaba nada: era una excentricidad, como estar en una casa donde se habla otro idioma, se profesa otra religión o se escucha otra música. Nada más.

Después volví a Alberto, que empezó a cortarme. Caían a borbotones las matas de pelo negro sobre el suelo color té con leche de la peluquería. Cuando terminó, saqué los dos pesos del bolsillo para pagarle y me dijo que no, que yo no era un caballero. Era un pequeño «gentleman». Eso dijo. Yo no lo entendí, y no pude contar esta historia hasta bastante entrado en años, porque en ese

momento pensé que me había querido decir algo referido a mi tonada campechana.

Los putos y yo fuimos creciendo. Desde Dorita que no tenía peluquero fijo, ahora había entablado un vínculo. En mi casa no entendían del todo por qué me cortaba ahí, y yo siento que tampoco lo supe bien, pero me sentía cómodo sin tener que explicar cómo cortarme. Entraba y «qué hacés, Alber», «cómo va, Tony». Me sentaba, pagaba y me iba. Para peor, el pelo me crecía muchísimo, por lo que frecuentaba Hadad una vez por mes.

Después vinieron los años imposibles, el no future, el mundo entero yéndose a la mierda, la oscuridad. Esa época que quedó justo en el medio entre la caída de diversión del Sega y la llegada de la PlayStation. Y con mis amigos sentimos curiosidad por pintarnos el pelo de colores. En mi casa, donde siempre había sido amo y señor, empezaron a mirarme mal. Ya no alcanzaba con tener el boletín perfecto. Había llegado el momento de los tatuajes, los aros y, ahora, los pelos de color azul, verde, rojo… Mi adolescencia transcurrió durante el neoliberalismo de los años noventa, desafiando todos los límites. Me peleaba día por medio.

—¿A dónde vas ahora? —protestó mi vieja cuando me vio salir de nuevo, diez minutos después de haber llegado del colegio.

—A los putos, me voy a teñir de verde. —Y me fui de un portazo.

Desde afuera, la escuché decir no sé qué cosa, que el sida, que no sé qué, pero yo ya estaba en otra. Pasé a buscar a Diego, mi mejor amigo y cómplice de peluquería de ese entonces, y le hice una invitación:

—¿Vamos a los putos a teñirnos?

Sin terminar la palabra «colores», Diego ya estaba en la vereda de su casa. Y allá nos fuimos.

Mientras Alberto me sacaba los pelos hacia afuera de una gorra de látex, Tony preparaba la mezcla para pintarme de colores. Primero yo, después Diego. Iba a ser una tarde larga: hacer color lleva horas.

—¿Sabés quién se casa? —le dijo Alberto a Tony por el espejo.

Tony lo miró con cierto desgano; estaba exageradamente flaco y todos sospechábamos que tenía sida.

—No sé, Alber. ¿Quién?

—¡Ay, no! ¡No! ¡Te morís! ¡Se casa la Gorda!

Tony revivió como una flor que recibe las gotas de riego justo antes de la sequía fatal. Le brillaban los ojitos. Fue hasta el fondo y volvió con una botella de champagne para brindar. Mi cabellera pasó a cuarto plano, pero me estaba divirtiendo. Era una especie de café concert por el precio de un corte de pelo.

—¡Pero pará! ¡Hay que organizarle una fiesta a la Gorda!

Cuando el pelo volvió a crecer, volví a que Alberto me cortara. Sería la última vez, pero todavía no lo sabía. ¿Por qué nunca sabemos cuándo es la última vez de algo?

Me cortó, me masajeó el cuero cabelludo, me retó por haber tardado más de tres meses en ir. Mientras, Diego esperaba su turno sentado a mis espaldas. La joda de ir a los putos se había vuelto hábito. Nos gustaba cómo nos cortaban y nos parecía totalmente desprejuiciado ir, no teníamos ningún rollo.

Mientras Alberto peinaba y sacaba pelo, la puerta se abrió.

—¡Aló! ¿Hay alguien que atienda acá?

—¡¿Gorda?! ¡¿Gordita?! ¡Gorda! ¡Tony, vino la Gorda!

La Gorda era un señor de unos cincuenta y ocho años, pelado, lógicamente gordo, vestido con un jardinero y una remera violeta importada, que —me enteré en los primeros tres minutos de charla— vivía en Fort Lauderdale, era agente de real estate y había llegado a la Argentina de sorpresa para casarse.

—Termino de cortarle al pequeño gentleman —me había quedado el mote— y estoy con vos, gordita.

Alberto estaba radiante. Nunca lo había visto así en todos los años en que fue mi peluquero. Mientras me cortaba, sin prestar atención, miraba a Tony y a la Gorda por el espejo y les hablaba, les contaba de una galería de arte que había descubierto, de tal o cual boliche nuevo… En un momento, como quien recuerda una boleta a punto de vencerse, abrió grande los ojos.

—¡La fiesta! ¡Tenemos que organizar la despedida, Tony!

Tony asintió con la cabeza y siguió conversando con la Gorda, pero Alberto ya no podía pensar en otra cosa. Me miró y, sin dudarlo, me preguntó:

—¿Vos no conocés a nadie que quiera animar una fiestita para la Gorda? —dijo, y señaló con los ojos a Diego, el más lindo de mi grupo de amigos, el que siempre tuvo la conquista resuelta: sano, deportista, hegemónico, simétrico—. Tengo cinco mil pesos.

Yo no había visto nunca cinco mil pesos. Nadie había visto nunca cinco mil pesos en mi entorno. Con cinco mil pesos, una familia podía vivir un año.

Con Diego nos empezamos a reír de la broma de Alberto, y él se ofuscó. Dijo que era en serio. Que hacía mucho que quería proponernos hacer algo. Que no todo era peluquería y colores en el pelo. Que ya éramos grandes, que no podía ser que no habláramos nunca en serio. Que quería hacerlo ahora porque Tony ya no estaba bien. Que pensó que éramos sus amigos. Que los amigos no tienen edad, que yo no era ningún pequeño gentleman, sino un pelotudo que se había reído de sus sentimientos. Que había pensado que, por primera vez, tenía amigos que, aunque no eran «como él», no lo juzgaban.

Se largó a llorar con melodrama de novela y se encerró en el baño con Tony.

Yo me quedé sentado en el sillón impávido, con la mitad del pelo cortada y la otra mitad abandonada a la suerte.

Pasaron los minutos, pero ni Tony ni Alberto volvieron a aparecer. La Gorda les daba ánimos desde el otro lado de la puerta. Supe que los días en los putos habían terminado, así que saqué —esta vez sí— dos pesos del bolsillo de mi jean y los dejé sobre el mostrador. Y nos fuimos.

Al poco tiempo, vi el cartel de alquiler. Hadad había cerrado; de Alberto y de Tony no supe nada por muchos años. Algunos rumores me hicieron llegar la información más tarde: se habían mudado a Miami y se prometieron amor eterno en el casamiento de la Gorda. «Hasta que la muerte nos separe», dijo Alberto, y Tony asintió, consciente de que la suya estaba a la vuelta de la esquina.

Desde aquella vez en la que ya no volví, ando por la vida sin peluquero. Me corto en cualquier lugar con un asiento libre, en cualquier momento, en cualquier pueblo. Pasé por maestros peluqueros y, también, por barberos modernos a los que todavía nunca les había crecido la barba. Me cortaron bien, mal y peor. De vez en cuando, abro alguna puerta al azar en algún lugar cualquiera que tenga el cartelito de «SALÓN MASCULINO». Y nunca, pero nunca, están ni Alberto, ni Tony ni su música. Entonces me siento, me preguntan cómo quiero cortarme, y respondo siempre igual: «Como quieras, yo no soy peluquero».

Una Fender gratis

◎

José Mármol 53

Lanús

Claro que la cagada me la mandé yo cuando revisé el SPAM, no se discute. Y me cabe el peso de la ley con eso de que el que busca encuentra. Porque, a decir verdad, ¿qué hacía yo hurgando el último basural de internet a las dos de la mañana? Ahí estaba, perdido entre algún resumen de Visa y una notificación de Google Calendar: un correo que había pasado desapercibido y que me advertía que estas horas, las que estaba viviendo, iban a ser las últimas para aprovechar veinticuatro cuotas sin interés en instrumentos musicales.

Tengo veintiséis guitarras. Cuando empecé a escribir este cuento, tenía dos menos. Tengo muy claro que, de todas las cosas que existen, la única que no necesito es una guitarra nueva. Pero soy débil, así que cerré los ojos con fuerza, como cuando aparece el monstruo en las películas de terror. Pero fue inevitable.

Me fuerzo a dormir. Repaso historias viejas para intentar conciliar el sueño, pero no hay caso. Me desvelo. Vuelvo a enfocar en la pantalla del teléfono —y por eso me declaro culpable—, le subo el brillo y me acomodo en la cama. Ro balbucea entredormida algo que no llego a entender. Después, sin despegar los párpados, mira hacia mí y quiere saber si estoy bien. Le digo que sí sin mirarla.

—Sí, sí, tranqui, no me puedo dormir —miento.

Entonces, hago clic.

Soy nieto de un pescador: me corren mentiras por el ADN. Mi abuelo Adolfo era capaz de morirse de pie esperando un pique, o de hacer dos mil seiscientos kilómetros en un Citroën 3CV persiguiendo la promesa de algún cardumen. En alguna de nuestras charlas —antes de la última, en la que me regaló la caña y el reel—, quise saber dónde estaba el encanto: «¿Para qué pescás…?», le pregunté con el desparpajo de la infancia. Y subí la apuesta: «Si podés conseguir pescado en la pescadería…». Él me fulminó con la mirada, pero tuvo la paciencia de darme una lección: «Cuando uno va a pescar, se vuelve primitivo, ¿sabías? Estamos ahí, esperando que pase algo que deseamos mucho. ¿El abuelo *puede* ir a comprar a la pescadería? Sí, puede, pero no tendría emoción. Saber que algo quizás no pase tiene su encanto. Ese es el encanto de ir a pescar: disfrutar el momento previo hasta que pasa. Ya lo vas a descubrir». Y después, se murió.

En los años que siguieron a su muerte, nunca le encontré sentido a pararme frente a un río con los dedos

rotos de frío para clavar un gusano en un anzuelo y lanzarme al letargo de la espera. Pero ahora estoy frente a mi propio río: «Se encontraron 1.037 resultados que coinciden con la palabra Fender», devuelve la búsqueda. Y hay un banner espantoso que parpadea y me derrite de ansiedad: «ÚLTIMAS HORAS: 24 CUOTAS SIN INTERÉS EN TODA LA TIENDA».

Afuera de mi cama hace un frío que te deja sin ganas de vivir. Son las noches más heladas de un invierno horrible que hace unos días aterrizó en Buenos Aires y amenaza con quedarse. Empiezo mi pesca deportiva. Son casi las tres de la mañana. Voy pensando cuál será mi presa. Empiezo a descartar: ¿acústica o eléctrica? Acústica. ¿Cuerdas de nylon o de acero? Acero. ¿Con corte o sin corte? Con. ¿Electroacústica? Totalmente. «Se encontraron 17 resultados que coinciden con tu criterio». Si tuviese criterio, pienso, estaría cerrando los ojos para dormir algunas horas antes de que suene la alarma para llevar a mis hijas a la escuela.

Afino la puntería: empiezo a ver círculos concéntricos en mi propio río de cuerdas y ofertas. Hay pique: «Se encontraron 2 resultados que coinciden con tu criterio». Es ahora. Tengo que ir a buscar la tarjeta de crédito —el arpón de esta pesca— y concretar, sacarla del agua, cortarle la cabeza, tirarla a la sartén con aceite hirviendo, convertirla en anécdota.

Pero entonces empiezo a poner algunas excusas con la parte racional de mi cerebro: que mi billetera está en el auto, que el auto está en la cochera y que la cochera está

fuera de casa. Que no quiero ir a esta hora a buscar la tarjeta de crédito para hacer un desastre. Pero hago cuentas rápidas: a plata de hoy, cada cuota serían dos kilos de milanesas. «Te la están regalando», dice la otra parte de mi cabeza.

Busco la calma. Agarro *Días y noches de amor y de guerra*, un libro de Galeano que vengo leyendo en diagonal. Leo una página y media y me desarmo de sueño.

Entonces aparece en medio del sueño, en blanco y negro. Me mira y me habla. Es una Fender hermosa, como tantas otras Fender hermosas que tengo. Me mira y me dice: «Compráme, cagón». Yo le esquivo la mirada. Soy consciente de que sonará distinto a todas las demás, de que habrá algo que la destaque, de que un acorde en particular tendrá una presencia increíble. ¿Un mi mayor con bajo en sol sostenido? Es el sueño húmedo de los músicos de fogón. Recorro cada cuerda, hago arpegios y toco jazz. Y tengo una revelación entre sueños: «¡Qué mierda! Ahora me despierto y la compro», me digo.

Cinco y cincuenta y cuatro de la mañana. Suena la alarma. Durante los últimos meses me vengo despertando con una canción de Alan Parsons que, si no cambio en los próximos días, pasará a la lista de melodías que odio con todas mis ganas. Pero todavía no. Camino algunos pasos hasta la cocina, pongo el agua para el mate y recién entonces me acuerdo: «¡La guitarra, la puta madre!». Vuelvo a la pieza. Agarro las llaves y el teléfono con sigilo, como si me estuviera escapando. Sé que tengo menos de

diez minutos antes de que se despierten mis hijas y todo se vuelva imposible.

Bajo las escaleras mientras desbloqueo el teléfono y abro la página de la tienda. Escribo el modelo. Elijo el color. Agrego al carrito. Falta pagar y estoy. Completo todos mis datos. Salgo en jogging y remera a la calle. Hace dos grados bajo cero y tengo el auto en una cochera frente a mi casa, pero no me importa. Abro la cochera, corro hasta el auto y vuelvo con la billetera a casa justo cuando el agua empieza a hervir.

—Concha de mi madre, se hirvió. Voy a tener que empezar de nuevo —me quejo.

Lupe me escucha:

—Hola, pa, buen día.

—Dame un segundo, Lu. Tengo una situación.

Lupe tiene ocho años y está en la frontera entre saber y no saber qué significa «tengo una situación», así que por ahora me aprovecho de eso. Hace silencio. Me ve transpirar de ansiedad, de frío y de ilusión.

—¿Estás bien, papi? —quiere saber.

Le digo que sí, pero de forma totalmente automática.

Número de tarjeta. Fecha de vencimiento. Código de seguridad. Pagar. Y la web se queda colgada. Va y viene por ese submundo de bits y bytes que todos usamos sin conocer bien del todo. Una especie de ruedita gira en sentido horario durante algunos segundos largos. «El pago no ha podido procesarse».

Se despierta Agus.

—Hola, papi.

—Hola, Gugui, ¿todo bien?

—Sí. Me estoy haciendo caca. Caca y pis. Quiero agua. Agua y galletitas —me dice la menor.

A la mierda la Fender. Postergo la compra para cuando pase el desayuno y vuelva a encontrarme con mi tiempo.

Llevo a las nenas al colegio totalmente desconcentrado. No puedo dejar de pensar en mi guitarra nueva, en las veinticuatro cuotas, en la escala de do menor, en las maderas de álamo o de fresno. Tardo diecisiete minutos en dar la vuelta completa. Chau, Lupe, chau, Gugui, chau, papi. Acelero todo lo que puedo, avanzo media cuadra en contramano y no dejo pasar a ningún peatón. Me bajo del auto en movimiento y hago doble clic en las llaves para que se cierren los vidrios. Me doy cuenta de que no apagué las balizas, pero no me importa.

Corro al escritorio. Abro la compu y escribo la dirección. Busco de nuevo «Fender».

«No se han encontrado resultados para Fender. ¿Quisiste decir ténder?», me pregunta con soberbia. Insisto. Escribo cada una de las seis letras. F-E-N-D-E-R. Resultado: ténder. Tengo palpitaciones. Cierro los ojos y vuelve a aparecer, hermosa como anoche, pero con muchísimo más deseo. «Dale, compráme, cagón». Escribo de nuevo: FENDER. «No se han encontrado resultados para Fender. ¿Quisiste decir ténder?».

—¡Qué ténder ni ténder, la puta madre que te parió!

Me doy por vencido. Apoyo los codos sobre el escritorio y dejo caer la frente en el huequito que se hace entre las palmas de mis manos. Miro a mi alrededor. Ninguna

de todas estas guitarras es como sería ella. Ninguna. Sí, allá hay una parecida, pero no. No, aquella tampoco.

—Váyanse todas a cagar, quiero estar solo.

«No se han encontrado resultados para Fender». Odio a quien fui anoche; si tuve las bolas de navegar entre el SPAM, ¿por qué no salí de la cama a buscar la tarjeta de crédito, cometer el crimen, recibir la compra, abrazarnos entre cuerdas y madera y cantar canciones desafinadas para siempre, al menos hasta que el deseo de una nueva guitarra vuelva a latir…?

Me desespero. Intento trucos que encuentro en internet para comprar productos que no tienen stock, escribo códigos, le pregunto a ChatGPT, pero nada. No hay forma.

Me queda una sola bala en la recámara: busco entre mis contactos. «Juan Manuel Dealer de Instrumentos». Todas las personas que tengo en mi agenda están ordenadas por nombre y apellido. Cuando no sé el apellido, lo reemplazo por el vínculo que nos une. Ricardo Milanesas, José Plomero, Juan Manuel Dealer de Instrumentos. Las últimas diez guitarras las compré en la misma casa de música, y a veces hago pesca deportiva. Le escribo. Le pregunto si tiene tal o cual cosa, camino por la fantasía de reventar ahorros y empiezo a escribir un mensaje que dice: «Juan, buenas tardes, mirá esta guitarra que te paso. ¿Tenés en stock?». Pero, automáticamente, me vuelvo un adulto responsable que sabe que no es ni será músico, y lo borro.

Sin embargo, cada tanto tengo recaídas, y hoy es cada tanto. «Juan, buenas. ¿Tenés esta guitarra en stock?». Enviar.

Los diez minutos que tarda Juan en contestar son eternos. Deambulo sobre mis pasos buscando respuestas a una pregunta que yo mismo hice y, de repente, el teléfono vibra. Es un audio de él: «Qué hacés, loco. Sí, tengo una igualita. Ahora te paso el precio».

El segundo mensaje no llego a leerlo. Estoy parado frente a Juan y mi nueva guitarra, a punto de derretir mi tarjeta de crédito una vez más. Cierro los ojos y la veo de nuevo; la miro fijo, todo vuelve a ser blanco y negro, como en un sueño. Las cuerdas le tiemblan, las clavijas se le aflojan solas. Le clavo la mirada y le susurro:

—Dale, vení ahora, cagona.

Y nos vamos juntos para siempre, hasta que vuelva a desvelarme para hurgar en el SPAM.

Muerto mi amigo, muertos todos

◎

Almafuerte 656
Lomas de Zamora

Una de todas las tardes en que llegué al club y me senté en la mesa de Pupi a charlar con él de la vida, jugar al truco de a dos o humedecerme los labios con alcohol, lo encontré errático, con la mirada perdida: el único ojo bueno que tenía se iba por ahí, a algún rincón en el techo del salón, o se cerraba un rato detrás de los «ahumados», como le gustaba llamar a los lentes oscuros que usaba los días de sol. Habían pasado cinco años de ir cada tarde a ver viejos jugando a las cartas y peleándose por dos mangos. Teníamos un vínculo. Le robé un Le Mans suave corto y nos pusimos a fumar en silencio. Yo tenía dieciséis, y él, cincuenta. Siempre me contaba alguno de sus pesares, aunque maquillado, y yo le contaba alguno de los míos, que por entonces serían una mala nota en el colegio o alguna chica que no me daba bola.

—El año que viene me muero —me dijo. Después sopló humo por la nariz y se le escondió el bigote.

Fue el mejor verano de mi adolescencia. El siguiente ya tendría que haber resuelto qué iba hacer con mi vida y darle sentido al ser humano que crecía adentro de esa criatura desproporcionada que era. Y fue el último verano de verdadera juventud: nunca más tendría tres meses enteros de vacaciones ni tiempo para ver todos los partidos de un campeonato de fútbol o para prenderme en todas las fiestas de todos los amigos que me cruzara en el camino. Pero mientras viví ese verano, el último de verdadera y absoluta libertad, lloré por primera vez la muerte de un amigo.

Yo había vuelto a Buenos Aires atado a la soga que colgaba del cuello de mi viejo. Los noventa nos habían pasado por encima. Todos aquellos que habían llegado jóvenes y profesionales al pueblo del interior en el que vivía empezaban a irse a ritmo de vals, en autos cargados de muebles y de derrota, otra vez a sus lugares de origen. Así la vida me devolvió —telegrama de despido mediante— al corazón del conurbano bonaerense. Tenía doce años y dejaba Río Tercero siendo un nene para instalarme en Lomas de Zamora sin amigos, sin recuerdos y sin sentido.

Los primeros meses fueron de apatía y suspenso. Caminaba las mismas cuarenta cuadras todos los días para ir y venir del colegio. Cuando llegaba, me encerraba en mi habitación —compartida, alquilada y llena de cajas apiladas— a leer alguna revista, jugar al Sega o hacer la tarea. Me iba muy bien en el industrial, y era aburridísimo. A mitad de año conocía todas las fatalities del *Mortal Kombat* y estaba harto de escuchar a mis viejos quejarse, a mis hermanas pelear entre sí y a mi conciencia decirme

«tenés que hacer amigos nuevos». Entonces, salía a la calle a hacer contacto visual con algún vecino de edad parecida a la mía. Hasta que un día apareció el Nívor. Nunca supe si fue una salvación o un castigo, pero ese hermoso y delirante ser fue la puerta de entrada a un mundo distinto a todo lo que había conocido en mi manso y lejano pueblo cordobés. Me presentó una docena de pibes de mi edad, cada uno con sus complejos, sus virtudes y sus egos. Nos hicimos amigos esa misma tarde. Alguno de ellos tuvo la idea de jugar al fútbol: «Vayamos al club a patear un rato», propuso el Tola.

La diferencia entre el fútbol amateur e infantil de Río Tercero y el de Lomas era colosal. Allá teníamos un polideportivo inmenso con canchas de once, pasto y arcos de verdad, en medio de un predio rodeado por eucaliptus interminables. Acá los pibes pagaban diez pesos por hora para jugar en un cuadrado de cemento espantoso con techo de chapa y paredes despintadas. En ambas canchas, yo era pésimo. De haberme cruzado entonces con el genio de la lámpara, mi primer deseo habría sido que me concediera la habilidad de saber patear más de dos veces una pelota sin que pique el suelo. Poder devolver de primera. Pegarle de tres dedos. Pisarla con la suela. Amagar para un lado y salir para el otro. Algo. Cualquier habilidad futbolística. Pero no. Dios o quien fuera me dio destrezas para escribir sin errores, tocar instrumentos y ganar sorteos, pero ni por casualidad tuve la fortuna que todo varón argentino desea desde que nace: ser elegido primero en un pan y queso. Y si hubiera podido pedirle un deseo

más, habría sido eliminar el recuerdo de lo mal que jugué siempre a la pelota, y, en su lugar, implantarme un par de buenos recuerdos falsos: algún gol olímpico, una chilena, una parada de pecho, un pase de primera.

Acompañé a mi nuevo grupo de amigos a jugar fútbol cinco a la única cancha del Río del Sud, un club de barrio con olor a humo de cigarro permanente, donde casi nada de lo que veía se parecía a un deporte o a una actividad relacionada con el bienestar. Las tardes en el 9 de Julio —mi club cordobés—, en cambio, estaban repletas de tipos atléticos y señoras que jugaban tenis; de nenes que practicaban tres o cuatro deportes por semana; de nenas que hacían piruetas sobre un caballete. Pero acá no. Desde que volví a vivir en Buenos Aires, en mi mente el concepto de «club» se asocia a un montón de viejos gordos o escuálidos —sin términos medios— jugando al truco y al tute, chupando desde las cinco de la tarde, doblados de resaca a las nueve de la noche, durante todos esos años que ocurren entre la jubilación y la muerte. Si un extraterrestre hubiese bajado a la Tierra cualquier día en el instante en el que el Río del Sud abría sus puertas, jamás habría sospechado que ahí adentro se hacía algún tipo de práctica deportiva. Sin embargo, cruzando ese patíbulo con cuatro mesas redondas rodeadas de viejos al borde del óxido y del olvido definitivo, había una cancha de fútbol, quizás la más triste que había visto en mi vida. Sin pasto, sin redes, sin banderín de córner. La pelota ni siquiera picaba bien. De los miles de partidos que jugué ahí adentro, jamás podré decir que hubo un día en que la cancha estuvo vestida a la altura del compromiso.

Durante los primeros partidos que jugué con mis nuevos amigos, nobleza obliga, se comportaron como verdaderos caballeros, muy lejos de lo que realmente son. No tuvieron el coraje de dejarme último en ningún pan y queso, lo cual habla de que, cuando eran niños, eran cabales y respetuosos. Es muy feo dejar último en la elección de jugadores al más nuevo del barrio. Hoy se llama «bullying», pero siempre fue «forrear». Al primer o segundo mes, noté una merma en la efusividad con la que era elegido. Había dejado de ser una excentricidad, un pibe con ideas, acento y costumbres nuevas, para ser uno más y, probablemente, el peor de todos los que pisaban la cancha. Y me fui aburriendo. Así, opté por un lugar más cómodo y busqué algún pretexto para poder quedarme en la antesala, viendo cómo un grupo de viejos con el alma pobrísima se sacaban la guita unos a otros jugando a las cartas. Me parecía fascinante. En Río Tercero, los tipos de esa edad —a partir de los sesenta— eran hombres de campo, independientemente de su riqueza. Hacendados o peones, pero exhalaban paz y parsimonia. En cambio, acá era dantesco y preocupantemente seductor verlos desgranarse de angustia, pobreza y desazón.

Pasaron poco más de dos semanas para que perdiese por completo el entusiasmo por jugar fútbol cinco y la ilusión de hacerlo bien. Así, me fui volcando poco a poco a las cartas y, en menos de un mes, ya conocía todo el paño, las nuevas señas, quiénes eran de Banfield y quiénes de Los Andes; cuál era capaz de matar porque no le habían pagado un Gancia y cuál otro era capaz de matarte por tomárselo.

De las cuatro mesas que tenía el club, dos de ellas —la uno y la tres— eran para habitués; otra —la cuatro— era para cuestiones menores (como partidos de dominó, cata de escabeches y chimichurris o reuniones de comisión directiva), y en la restante —la mesa dos—, todas las tardes estaba sentado el mismo viejo solitario. En la mesa uno se jugaba al tute, y en la mesa tres, al truco. La mesa tres se llevaba casi toda la atención. Lo importante no eran los que estaban sentados ni qué cartas jugaban o cuán bien mezclaban la baraja. El verdadero espectáculo estaba en las tribunas. Cada tarde, seis viejos se sentaban a jugar y un número similar los rodeaba de pie. Era placentero ver a esos, los periféricos, haciendo señas para batir las cartas que tenía uno u otro. Entre los más tramposos, recuerdo a los turcos, dos mellizos relativamente jóvenes y pelados. Eran enormes y, además, eran los mellizos de mayor edad que había visto en mi vida. Hasta entonces, todos los mellizos que había conocido eran como yo o menores, quizás producto de que antiguamente se jugaba menos con las fertilizaciones in vitro y la genética. Lo cierto es que siempre estaban haciendo gestos de besitos o mordiéndose los labios para anunciar un dos o un tres, guiñando los ojos, levantando la frente. Y, cada tanto, alguno se enojaba.

Recuerdo con detalle la tarde en que lo cagaron a Atilio, un viejo de ojos achinados que usaba bombacha de gaucho, gordo y con pinta de milico retirado de la Bonaerense. Uno de los mellizos hizo mal la seña a propósito, y Atilio, receptor del dato de contrabando, cantó confiado: «¡Truco a esa mierda!». Cuando le dijeron que

sí, que querían, y que retrucaban, y que le iban a querer cualquier otra mierda que cantase, Atilio se puso de pie, tiró sobre la mesa cuatro billetes marrones con la cara de Belgrano junto a un tres de espadas y empezó a cagarse de risa: «¡¿Qué mierda tenés?! ¡¿Qué mierda tenés?!», prepoteaba a Vicente, un viejito impecablemente vestido, siempre de trajecito y sombrero, al cual habíamos bautizado «Humphrey Bogart». Vicente, como un caballero, se acomodó primero el bigote y después el sombrero. Le clavó los ojos a Atilio y se supo el centro de todas las miradas del club, por lo cual demoró el suspenso y llevó a su pecho la única carta que le quedaba. «¿Sabés qué tengo, Atilio?», preguntó sereno. «Tengo un vermú gratis que vas a pagar vos y que voy a tomar ahora mismo con ellos, mis compañeros de equipo». Y revoleó con suavidad un siete bravo sobre la mesa. Atilio se puso bordó. Todos pensábamos en un infarto, algo posible a su edad y acorde a su peso. Pero no; era todo ira. Llevó los ojitos achinados a la cara de uno de los dos mellizos y lo empezó a putear como se puteaba antes, con altura y con violencia: «¡Pero mirá que tenés que ser hijo de puta para hacerme entrar así, y la reputísima madre que los parió, a vos y al forro ese igual a vos!», pataleaba, y se fue caminando sin sus cuatro marrones, que ya pagaban otra ronda en la barra del viejo Esteban, el bufetero de turno.

Rechinando las alpargatas y algo torcido por la hora y por los vinos, Vicente interrumpió a Esteban y pidió dos copas más, una para cada mellizo. «El triunfo es de todos», dijo, y empezaron a reírse a espaldas de Atilio. Nos

reímos. Por lejos, yo era el menor del grupo, pero había aprendido a pasar desapercibido, y ahí estaba, rodeado de viejos con costumbres y manejos muy distintos a los que yo conocía.

Mientras todos se reían, Pupi jugaba a hundir un hielito en su vaso de ginebra Bols. El gesto era magnético. Cuando el bullicio del festejo empezó a volverse difuso, me acerqué por primera vez hasta la mesa dos del salón. Quería saber por qué Pupi no festejaba, por qué siempre estaba solo, por qué no se reía como los demás. «¿Puedo sentarme acá?», pregunté con inocencia. «No», me contestó mientras apagaba un pucho de filtro blanco en un cenicero plástico de Coca-Cola al que se le veían apenas algunas letras. Me quedé inmóvil, pero lo respeté. «Tendrá sus razones», pensé y me fui a mi casa.

Desde entonces, cada tarde que fui al club —es decir, todas las tardes de todos los días desde que volví a Buenos Aires y hasta que tenía diecisiete años— la dediqué a entender a ese hombre viejo, solitario y distante que me cautivaba y a quien sentía cercano. Cada día, a fuerza de «buenas tardes» y «hasta luego», comencé a construir un vínculo que se fue estrechando muy de a poco. «Buenas tardes, Pupi», decía con respeto. Él parecía no enterarse, pero yo insistía. Fui repitiendo mi «buenas tardes» todos los días hasta que me sentí reconocido.

«Hola, barón», me saludó un día sin mirarme. Me acerqué. «Barón. Barón con be de "buen pibe"», dijo, e hizo un gesto para que me sentara en su mesa. Entonces empezamos a conocernos. Parecía una de esas relaciones

que se dan de forma repentina entre la vieja del barrio y el perro que un día aparece en su cuadra. Los primeros días, la vieja lo saca a escobazos porque le meó el malvón o le mordió la ruda. Pero los días pasan y el perro sigue ahí, firme, solo, sucio, tiritando, y la vieja —que es vieja pero no de piedra— decide que es hora de darle las sobras. Y entonces, el mismo final. Que lo hubieses visto, que pobrecito, que debe de estar perdido. Y de buenas a primeras, sin entender bien cuándo empezó todo, un día el perro duerme a sus pies mientras ella hace un ovillo con la lana y mira la novela a la hora de la siesta. Algo así ocurrió con Pupi, un viejo hermoso que, sin saberlo, se convirtió en mi primer amigo viejo. Y también, en mi primer amigo muerto.

Empezamos a enseñarnos cosas. Un día caí en el club con una filmadora, y él la examinó con una atención que nunca volví a ver en nadie. Otro día me puse a explicarle derivadas, trigonometría y cuadráticas. «Las matemáticas son una mierda, barón». Yo me reía. Me gustaban las matemáticas, pero también me gustaba ese espacio de confianza que había encontrado en un viejo con historias que en mi casa no pasaban. «¿Te conté del día que me cogí a una renga?», me preguntaba con curiosidad docente. Yo siempre le decía que no: quería escuchar las historias que salían de atrás de sus bigotes en las pocas ocasiones en las que no estaba callado o fumando.

Con el tiempo, me fue enseñando trucos: para jugar al pool, para hacer carambolas en el billar, para cantar las cuarenta en el tute. Todos saberes que todavía tengo y que

no se aprenden en ningún aula. A nuestro alrededor, los personajes jugaban truco y se puteaban, festejaban goles que se veían borrosos en un televisor de catorce pulgadas sobre la barra, y se iban yendo, de a poco, siempre antes que Pupi, que era el primero en llegar y el último en irse.

En esos encuentros, nos fue creciendo la amistad. Yo le contaba alguna pena, y él me inventaba alguna historia donde siempre estaba a punto de tocar la cima, pero se escapaba por la puerta de atrás. Que lo habían elegido presidente del Rotary Club, pero que eso era para los hijos de puta, así que no aceptó. Que lo habían postulado para gerente de un banco, pero él prefirió seguir con lo suyo.

«Lo suyo» siempre fue una incógnita: nunca le conocí una ocupación ni supe cómo pagaba los vicios. Pero ahí estaba, con la garganta siempre húmeda y los pulmones explotados de humo, cada tarde, cada noche.

Era diciembre. Llegué a la mesa dos con un diario *Olé* para repasar los partidos con Pupi y lo vi apagadísimo. Gris.

—El año que viene me muero —soltó.

Lo miré extrañado y solo atiné a preguntarle de dónde mierda había sacado esa información. Me enojé y le dije que no era vidente, que no tenía idea de lo que estaba diciendo y que, probablemente, tenía que dejar de tomar un poco. Protestó con un chistido y levantó los dos primeros dedos de la mano derecha, como hacía siempre, para llamar a Ponte, el nuevo bufetero del club.

—Una ginebrita, Ponte —pidió, y sacó un billete de cinco pesos del bolsillo de la camisa para pagar—. Quedáte con el cambio —ordenó.

Los dos días siguientes, Pupi faltó al club, y yo no lo perseguí ni quise saber de él. Di por sentado que tendría alguna gripe o un cumpleaños familiar; algo impostergable.

Después del fin de semana, nos encontramos nuevamente en la mesa dos del club. Pupi traía las advertencias en un sobre de plástico lleno de siglas y de porcentajes contundentes: su hígado era una esponja desvencijada, incapaz de absorber nada y a punto de pudrirse. «Estás al borde de una cirrosis», le había advertido el médico unas horas antes, sin reparo, mientras revisaba sus estudios.

—Subí al colectivo, saqué boleto y me vine para acá. No puedo ir a mi casa a contar que me voy a morir, porque se pondrían mal —me dijo con nostalgia, aunque sereno. Pupi tenía una familia a la que veía solo cuando el club cerraba, en ese tiempo entre la cena y la cama.

Mientras me contaba, yo lo miraba preocupado.

Levantó los dedos en ve corta y llamó a Ponte con un chiflido.

—¡Ponte, por favor, vení!

Ponte se acercó. Pupi dio una vuelta lenta al celofán del Le Mans para estirar el momento. Los fumaba hacía cuarenta años. Después sacó un cigarrillo, lo pasó dos veces por sobre el bigote, inhalando por la nariz. Dudó en encenderlo, pero finalmente cedió. Pitó profundo un par de veces sin soltar el humo, hasta que habló:

—Me queda poca cuerda, barones —nos dijo a mí y a Ponte, y empezó a echar humo hacia el techo, sin mirarnos. Una bocanada larga y finita. Manejaba muy bien el suspenso y lo sabía.

Yo, que estaba al tanto de su sospecha y conocía los resultados de los estudios, me quedé mudo. Ponte se quedó petrificado. Entonces, Pupi dio las órdenes.

—Por favor, traéme un Terma —mandó.

Ponte abrió los ojos como nunca. En sus años de bufetero, jamás le habían pedido algo sin alcohol, salvo los chicos que iban a jugar a la pelota, que cuando tenían sed solían comprar alguna Coca-Cola en envase de vidrio. En cambio, los viejos —permanentes y discontinuos, ocasionales o fijos— funcionaban solo con alcohol. Un poco sonrió, Ponte, y le repreguntó:

—¿Terma? ¿No será ginebra? —y le guiñó un ojo buscando complicidad.

Pupi no se rio.

—Hagamos esto, mejor: de ahora en adelante —comenzó a explicar—, te voy a pedir una ginebrita, como siempre. Para no perder el hábito. Pero vos vas a ir al otro lado del mostrador, vas a abrir la heladera marrón y me vas a preparar un Terma con agua fría y dos cubitos. Va a ser nuestro código. No puedo tomar nunca más porque me muero, Ponte. Tengo el hígado arruinado, igual que todos esos viejos hijos de puta de allá —dijo señalando al rebaño de timberos que jugaban en la misma mesa de siempre, por la misma guita de siempre y con los mismos artilugios tramposos de siempre. Pupi los odiaba. Odiaba

ser parte de ese antro, ser una pieza fundamental, aunque diferente a todas; compartir su tiempo, su aire viciado; sentirse tan de otro costal. Pidió confidencialidad, y Ponte y yo juramos cumplirle.

Pasaron los días, las tardes y los meses de aquel verano extrañamente corto en mi recuerdo. A las cinco de la tarde —puntual—, Ponte daba dos vueltas de llave para abrir el club y, algunos minutos más tarde, como las palomas que se acercan a comer migas de pan en la Plaza de Mayo o los cirujas que salen a cartonear después de que pasan los basureros, un puñado de viejos iba apareciendo y gritaba alguna consigna repetida. Alguna arenga. «¡A ver los del tute!», convocaba Valdo, siempre bronceado y sonriente. «¡Boca y Banfield!», pregonaba Miño. Pupi entraba solo e iba directo a su silla, la única que nadie tocaba jamás. Se sentaba, jugaba una vez más con el celofán del Le Mans y, un rato más tarde, asomaba un billete de San Martín para llamar a Ponte: «¡Una ginebrita, Néstor!». Ponte respondía: en el mismo vaso de cada tarde, servía un Terma con agua helada y dos piedritas de hielo. Pupi repetía el juego del dedo que le pegaba al hielo y, de vez en cuando, se humedecía los bigotes. Tomaba un traguito. A veces fondeaba. A decir verdad, creo que odiaba tomar Terma tanto como amaba tomar ginebra, pero quería seguir viviendo, aunque no supiera por qué ni para qué, como me había confesado varias de las veces que lo acompañé borracho hasta su casa después de que el club cerrara. «La vida es una mierda, barón. Pero me encanta», se contradecía.

El ritual del Terma y la ginebra se repitió cada tarde, entre diciembre del noventa y ocho y abril del noventa y nueve. Aunque había dejado de tomar alcohol y fumaba cada vez menos, Pupi se fue convirtiendo en algo cada vez peor: engordó varios kilos, olía mal y el humor se le fue secando.

La tarde de mi cumpleaños, me dio un abrazo y después se fue al baño a vomitar.

—Voy a morirme al baño y vuelvo, barón —me dijo con risa de payaso triste. Se apagaba.

Después volvió a su mesa, pálido como un papel, y estiró la mano con otro San Martín flameando.

—¡Ponte, una ginebrita!

Los resultados de los estudios habían llegado a las manos de Ponte: índices desacomodados, enzimas fuera de control, muestras por arriba de todos los valores normales. «Es cáncer», había dicho el médico. Ponte miraba la nada desde la barra del club, perdido en el eco de la palabra más grave de todas. «Cáncer», repetía mientras se palpaba la garganta, arrepintiéndose de los años fumados y pensando en su mujer.

De pronto escuchó el grito de Pupi, que lo despabiló un poco.

—¡Ponte, una ginebrita!

Con la cabeza en otro lado, sin la seguridad de un futuro, Ponte abrió las puertas de la heladera que estaba a sus espaldas, sacó el sifón de soda y destapó una botella

de color marrón: ginebra Bols. Puso dos hielos y llenó el vaso.

No lo supe en ese momento, pero estaba sentado en la platea preferencial a punto de ver la previa del funeral de mi amigo. Una especie de funeral en vida. Ponte caminó los pasos que separaban la barra de tragos y la mesa dos del club con la misma velocidad de siempre: lento. Sacó un posavasos de Cynar, lo apoyó delante de Pupi, dejó el vaso transparente y se fue con la mirada perdida. Una vez más, Pupi jugó con el vaso. Matizaba la espera punteando los hielos con el dedo hacia el fondo para ver cómo se deshacían. Mientras, contaba historias larguísimas e inverosímiles, como esa del día que se cogió a una mina a la que le faltaba una pierna: «Era renga, pero cogía como la puta madre», detallaba sabiendo que me encantaba. O la de la tarde que mató a un custodio en un galpón en Florencio Varela: «Había quilombo, ruidos. Yo era sereno. Me paré y dije: "Quieto o disparo". Y se movió: tuve que hacerlo cagar». Aunque nunca creí en sus historias, me causaban el mismo efecto que el fútbol o la magia: sé que lo que veo es mentira, sin embargo, creo, me emociono, me enojo, puteo, me asombro.

En medio de algún silencio, Pupi se llevó el vaso a la boca. Cuando humedeció los bigotes con alcohol, las agujas de todos los relojes del mundo se frenaron de golpe y cambiaron su curso. Los ojos se le volvieron chiquitos. La cara se empezó a preocupar y la comisura del labio dibujó una media sonrisa.

—¡La concha de mi puta madre! —protestó de placer—. ¡La reconcha de mi puta madre! —repitió.

Jamás en todos los años que había vivido hasta entonces y jamás en los que llevo vividos, vi a un adulto con una mueca de felicidad y amor tan grande como la que esa tarde reflejó Pupi Soldi al reencontrarse con la ginebra: su debilidad, su musa y su amante. Primero, fue un traguito tímido y culposo, lleno de terror; después, otro un poco más grande. Finalmente, dirigió la pera al cielo y chocó el cubito contra sus paletas. Pidió dos más. Pidió una tercera y otra más después. Unas horas más tarde, pidió ayuda.

—Lleváme a casa, por favor —suplicó con felicidad de borracho y de inocente.

Caminamos aquellos pasos hasta su casa por última vez. Lo dejé en la puerta, le di un abrazo, toqué el timbre y me fui antes de tener que explicarle a nadie esa amistad entre un viejo arruinado y un pendejo que no sabía patear una pelota.

El siguiente recuerdo que tengo es de unos días después, en la terapia intensiva. Pupi cayó internado, su situación era irreversible, pero al menos me daba la oportunidad de despedirlo:

—¿Por qué? —le pregunté como si fuera su culpa; como si hubiera sido posible que su destino fuera otro.

Desesperado pero en paz, lleno de cables en una cama de hospital público, me agarró de las manos y me dijo:

—Barón, esa ginebra fue como besar a la mujer más hermosa del infierno —y cerró los ojos.

Después de eso vinieron la tos, la sangre, la emergencia, el desconsuelo. La manta blanca, los familiares llorando. El silencio.

En el club, un cartel decía: «Los restos de Juan Carlos Soldi serán velados esta noche en Bonafin». Los viejos hicieron silencio un rato y apenas se lamentaron. Enseguida volvieron a cantar truco y falta envido. Pero ya no había nadie en aquella silla de la mesa dos mirándolos luchar contra sus miserias.

Timbre

◎

José Mármol 53

Lanús

Es la primera vez que me quedo solo con mis dos hijas: a Ro le llegó el turno para vacunarse contra el COVID y camina por una ciudad extrañamente desierta en busca del vacunatorio.

Acá, en esta casa, suena el timbre a las ocho y veinte de la mañana de un sábado. La mayor de mis hijas llora, la menor duerme y una gotita rebota contra la bañadera desde hace dos semanas. Plic, plic, rebota la gota en las curvas de la bañadera, y aunque ya empezamos a naturalizarla, ahora, mientras suena el timbre y la mayor de mis hijas llora y la menor duerme, la escucho más fuerte. Tiene la persistencia de un vencimiento: «Estoy goteando. Sigo goteando. Voy a seguir goteando». Corro para evitar que Agus se despierte: es una bebé y todavía se asusta por los ruidos fuera de libreto. Le hago upa a Lupe, descuelgo el tubo del portero eléctrico como puedo, lo trabo entre el hombro izquierdo y la oreja y susurro:

—¿Sí? ¿Quién es?

Nadie me contesta.

Mientras insisto con la voz un poco más alta, Lupe trepa alto y aumenta el volumen del llanto. Está agotada. Acabamos de cruzar el ecuador del año y todo lo que queda es cuesta arriba. Todas las mañanas la levanto antes de las siete, y cada tarde, cuando vuelve del colegio, tiene alguna actividad. Hoy, que es sábado y podría dormir un poco más, su sueño se interrumpió de un timbrazo a las ocho y veinte de la mañana.

Hace algunos años me pareció que era una buena idea que pasara las tardes haciendo piruetas, danza, acrobacias y natación, pero ¿a quién quiero engañar? Si está armada con mis genes, la única habilidad que tendrá será la de mover los dedos. No es poco, pero no hace falta ir a un club cinco veces por semana ni pagar una cuota todos los meses para eso.

—¿Quién es? —insisto—. ¿Quién es? ¡¿Quién es?!

Vivo en una casa extraña. Cuenta la leyenda —en realidad lo vi en un plano, pero queda lindo decirlo así— que supo ser una vivienda enorme y que, cuando los propietarios murieron, fue dividida en tres partes desiguales para dar lugar a un frankenstein conurbano. En la planta baja hay un garaje que convertí en oficina, sala de ensayo y faro de la nostalgia, lleno de estupideces que me compré de grande para calmar los caprichos del nene que vive dentro de mí. Ahí paso muchísimas horas encorvado, juntando millas para la artrosis frente a la compu y acariciando las cuerdas de alguna guitarra o las teclas de un piano, rodeado de libros, discos y una pila de cosas que me cuentan mejor que yo. Pero la casa, esta casa, empieza

realmente en el primer piso, y desde ahí estoy preguntando quién está tocando el timbre a las ocho y veinte de la mañana un sábado de agosto mientras una de mis hijas llora y la otra duerme. Quizás levanté mucho la voz, porque ahora sí me contestan.

—¡¡¡Mercado Libre!!! —responde a los gritos una voz espesa.

—Esperáme, ahora vengo, Lupe. Voy a abrir —le explico en susurros.

—No, no quiero que te vayas, papi —protesta Lupe al borde del llanto.

—Esperáme acá, cuidá a tu hermana, que no se caiga de la cama —le propongo.

Aprendí eso de Ro, que es docente y psicopedagoga y tiene una valija llena de trucos que usa con las criaturas. Pero no alcanza con tener el material para hacer los trucos: me falta la destreza del mago pedagógico.

Diluvio de lágrimas. Yo también quiero llorar cuando estoy cansado.

—Esperáme acá, por favor. Cuidá a Agus —le insisto.

—Papi —me dice Lupe.

Le digo que no, que están tocando el timbre.

—¡Papi! —me insiste.

La miro serio mientras busco un barbijo y me pongo las zapatillas; no me gusta abrir en ojotas.

—¡Papá! ¡Agustina está toda cagada!

Yo venía sintiendo un olor ácido desde hacía unos minutos, pero internamente rogaba que el olor viniera de la casa de algún vecino.

—Tata —dice toda manchada de mierda.

Timbre otra vez.

—¡Ya va! —me enfurezco.

—¡Mercado Libre! —repite.

Charo llora. Vivimos con esta perra, cruza extraña de bóxer y setter, desde hace más de diez años. Es un llanto particular, no parece decir ni «tengo hambre», ni «tengo frío» ni «se fueron todo el fin de semana y me dejaron a cuidado de alguien que no es ustedes». Su llanto inconfundible quiere decir que se está meando desde hace un rato largo. Le clavo la mirada. No hablo con animales, pero sabe bien lo que quiero decirle: «Te mato», pienso. «Me mata», piensa.

Pero arremete: me vuelve a mirar, como diciendo «yo lo siento mucho, hermano, pero yo me estoy meando, y acá el que sabe abrir la puerta sos vos». Sé que no va a parar de llorar hasta que le abra la puerta que da al patio de esta casa.

Entonces me hago cargo y acepto que soy el adulto responsable de la situación, por más que patalee: levanto a la nena cagada, consuelo a la nena que llora, le abro a la perra a punto de mearse y empiezo a bajar las escaleras.

Vuelven a golpear la puerta.

—¡¡¡Mercado Libre!!!

—¡¡¡Pará un segundo, ya voy!!!

Bajo corriendo, me tropiezo en el descanso, pero no me lastimo. La nena cagada se ríe; yo tengo mierda en toda la remera y en dos dedos de la mano izquierda. La nena cansada me mira, llora, se ríe y le sale un moco-burbuja por la

nariz. Se ríe mucho, pero, cuando se le explota la burbuja, rompe en llanto.

Llego abajo y me doy cuenta de que me olvidé las llaves arriba. Abro la mirilla y grito que ya voy, pero veo al repartidor de Mercado Libre yendo para su camioneta con el bolsón de pañales XG que compré en tres cuotas sin interés con envío gratis en el día.

Subo corriendo y vuelvo a tropezar, pero esta vez me golpeo el codo. Agus se ríe, Lupe se ríe. Ahora me gustaría llorar a mí. Llorar, enojarme, cagarme encima y que otro se haga cargo de esto.

La perra llora: quiere entrar.

—Pa, Charito llora. Quiere entrar —repasa Lupe.

Tocan el timbre.

—¡Ya voy, ya voy!

—Mercado Libre.

Bajo corriendo, llego a la puerta, giro la llave y, finalmente, abro. Estoy bordó, agitado. Un ojo me late y se nota. Me siento estropeado. Todavía no son las nueve de la mañana y yo ya gasté toda la energía del día.

—Flaco, me estaba por ir a la mierda —me reta el pibe de la entrega sin compadecerse.

Le quiero explicar, pero no tengo ganas de abrumarlo. No tiene ni veinte años, y quizás su mayor problema sea cargar la batería del joystick de la Play. Le envidio la incertidumbre.

Yo, que al lado de él tengo la vida resuelta, quiero comerme una granada y explotar en lágrimas. Preferiría pasar doscientas horas por día sentado en un asiento de

mierda de una Fiorino alquilada, quedarme sin nafta, que me agarre un piquete, perder la señal del GPS y terminar en la otra punta de la ciudad, tener que pedir que me empujen porque la batería me abandonó, pinchar una rueda y que el de la gomería me recontracague con el arreglo: «Hacé lo que quieras, pero pensá que tenés que cambiar las dos cubiertas porque te matás en la otra cuadra».

Recibo los pañales. Me pregunta mi nombre. Me pide que firme. Firmo. Me pide el DNI. Le digo el número.

—Necesito el documento —me dice, y hace un gesto con el índice y el pulgar limitando un rectángulo invisible.

—Lo dejé arriba —le digo, y con la mirada señalo a las nenas.

Me mira a los ojos. Sabe que puede hacer la vista gorda y darme un poco de aire. Yo también lo sé.

—Lo necesito, papá —me dice y me descoloca: ya no tengo resto para ser papá de nadie.

—Teneme un segundo. Lupe, quedáte con Agus y con el señor —le digo a mi hija.

Y el repartidor, que viene a mi casa más veces que mis amigos, sostiene a una bebé explotada de mierda como tomando distancia en la escuela y mira a una nena de seis que llora lágrimas y mocos.

Estoy a una vuelta de cerradura de escaparme para siempre, lanzarme a la aventura de correr la carrera interminable por la pradera de la libertad, sentirme infinito, eterno: suelto. Pienso en cuánto cuesta la vida desde que tengo descendencia, desde que empecé a ser yo quien firma en donde dice «padre, tutor o encargado».

Vuelvo con el documento y, antes de dárselo al repartidor, pienso también que no hay nada que me guste más que ser parte de este circo ambulante con cuatro personas y cuatro animales que habitan esta casa, a veces a contramano del sentido común, haciendo malabares constantes para ser el mejor hogar de todos.

La boyita

◎

Casa 23, Barrio Petroquímica
Río Tercero

En mi infancia estaba de moda la pesca. Cada vez que podían, los hombres de la familia se escapaban a pescar con sus amigos, hartísimos de la rutina familiar. Para eso, mi viejo tenía una técnica que manejaba a su antojo. Como en los ochenta todo el mundo fumaba, se valía de un Parliament para encarar a mi vieja en busca de aprobación. «Este fin de semana…», decía con un pucho por la mitad colgando del bigote, y justo ahí, en la palabra «semana», daba una pitada. «Este fin de semana…», repetía y volvía a pitar, «vamos a…», otra pitada, «vamos a ir a pescar con Nando y el Cabezón».

Cuando terminaba la oración, apretaba la colilla en el cenicero metálico que estaba en la mesita ratona del living y empezaba a exhalar con lentitud exagerada todo el humo que había acumulado. Primero, por la nariz; después, el humo asomaba entre los bigotes. Esto ocurría, por lo general, un martes. Mi viejo plantaba la semilla de la duda y la dejaba germinar. Durante ese día y los dos siguientes, mis viejos se pasaban poca pelota. Aunque era

un nene, yo me daba cuenta de qué forma mi vieja le alcanzaba el salero a mi viejo o cuánto comentaban acerca de lo que veíamos en la tele durante la sobremesa.

Si, luego de cenar, mis viejos se iban a su cuarto y se escuchaban risas, estaban viendo *Benny Hill* o *No toca botón*. O habían culeado. En cambio, si mi vieja se llevaba el televisor al living para ver *Tiempo nuevo* y mi viejo se iba a leer el diario a la habitación, las cosas no andaban bien. Muchos años más tarde, pude entender por qué mi viejo odia a Piazzolla —en general— y a su «Fuga y misterio» —en particular—.

Lo cierto es que, cuando mi viejo decía que se acercaba un fin de semana de pesca, mi vieja se enculaba, el clima se volvía espeso y las sobremesas no tenían postre.

Un día de otoño, a fines de los ochenta, mi vieja escuchó —otra vez— el argumento de él.

—Este fin de semana nos vamos a ir con Nando y el Cabezón a pescar —iniciaba el relato con timidez fingida, siempre después del primer plato de comida— porque arrancó la temporada de pejerreyes y están sacando unos bichos de más de treinta centímetros.

Pero esa vez, en lugar de encularse, le retrucó con maldad:

—¿Y por qué no lo llevás a Nacho?

Mi viejo se congeló.

Siempre fue de hablar poco mi viejo. Sin embargo, tenía —tiene— un don: cuando hablaba todavía menos, se

notaba más. Nadie transmite el silencio mejor que él. Se distingue fácilmente: el bigote se le pausa, las fosas nasales se vuelven dos círculos perfectos por los que cabría un pulgar, la frente se le pone lisa. Sin decir una palabra, acercó el plato para que mi vieja le sirviera más fideos. Y de a poco, como quien deja macerar un rato la idea dentro del cráneo, empezó a decir que sí con la cabeza. Lento pero decidido.

—Nacho, el sábado nos vamos a pescar —me ordenó.

Yo había esperado esas palabras de la boca de mi viejo durante toda mi vida. Ir de pesca era jugar en las grandes ligas, salir del anonimato, empezar a tener sombra de bigote, fumar, probar whisky del pico, manejar en cuero escuchando Creedence. En mi imaginación, ir a pescar era todo eso. Era la libertad. No tengo recuerdos de haber terminado la cena. Fui a mi cuarto y empecé a preparar mi ropa: una camisa leñadora que usé hasta la adolescencia, cuando pegué el estirón; una remera de Boca que ahora usa mi hija menor, las zapatillas Topper celestes que tengo en todas las fotos de cumpleaños entre 1986 y 1991.

La semana transcurrió lento. Cuando por fin llegó el viernes a la noche, me acosté con tanta ilusión que, por primera vez, hice fuerza para dormir. Giré un par de veces sobre mi cuerpo, le di cuerda al reloj con alarma que tenía en la mesita de luz y, finalmente, lo logré.

Cerca de las seis de la mañana, mi viejo me despertó con una técnica que aprendió en la colimba o en algún libro de torturas: consiste en apoyar las yemas de los dedos índice y mayor justo sobre la nuez de adán y presionar

muy levemente hasta que la víctima —su hijo de menos de diez años, en este caso— comience a tragar saliva con dificultad, como si se hubiese comido un chicle. Si el proceso dura más de veinte segundos, la víctima se despertará con los ojos abiertos de par en par. Si dura más de cuarenta segundos, es porque se murió. Garantizado.

Me desperté exaltado y ahí estaba mi viejo, con un dedo índice sobre el bigote indicándome que hiciera silencio.

—Vení —me dijo exagerando las muecas, como si hablara con un sordomudo.

Caminé en silencio hasta la cocina. Nos paramos los dos al borde de la mesada y estuvimos un buen rato viendo el amanecer por la ventana. Él hacía y yo imitaba. Me mostró cómo se asomaba el sol y aseguró que no habría lluvia. Preparó mate para él y me hizo una chocolatada a la que no le puse azúcar: necesitaba demostrar hombría de algún modo.

Terminamos de desayunar y empezamos a cargar las cosas en el baúl de la rural amarilla. Cuando estábamos por salir, mi viejo volvió unos pasos sobre sí y fue hasta el teléfono. Metió el índice en el disco y comenzó a girar.

—Nando, ¿cómo estás? —susurró—. Sí, bien. En realidad, no, más o menos. Posterguemos la pesca, no me siento bien.

Cortó e hizo silencio. Yo empecé a desinflarme como un globo que pasa una tarde al sol en la luneta de un auto. Cruzamos las miradas y se quedó callado. Siempre supo manejar muy bien el suspenso. Me miró y, antes de que

le preguntara por qué no íbamos a ir a pescar, me dijo cómplice:

—Hoy te sentás adelante. Nos vamos solos.

Cuando llegamos, no había nadie. Dejamos el auto a media cuadra del río y empezamos a caminar entre los yuyos al costado de la ruta, bajando hacia la orilla. El olor de esa mañana lo llevo conmigo: mezcla de humedad, bosta de caballo y nostalgia. Nos sentamos cada uno en una piedra, separados por dos metros, y empezamos a hablar mirando el agua. Supongo que los dos lo aprendimos del cine: en mis recuerdos, estamos de perfil, nunca mirando a cámara, con la vista perdida en un punto del horizonte. Un padre y un hijo que hablan en serio, mirando al frente.

Después me enseñó a encarnar.

—Agarrás la lombriz y la ensartás en el anzuelo. Que cubra todo el gancho. Cuando terminás, pasás la caña hacia atrás del hombro y tirás al agua la boya y el anzuelo. Elegí un lugar y apuntá. Tratá de tirar a donde creas que pueda haber pique. Y esperá. Esperá todo lo que sea necesario hasta que la boya se hunda. Cuando pasa eso, significa que picó algo.

Respiré profundo y tiré la boya al río. Cuando cayó y empezó a hacer círculos concéntricos, dejé de hablar y abrí la boca bien grande. Pasamos así varias horas y yo nunca saqué la mirada de la pelotita de telgopor amarilla. Había soñado tanto ese momento que, mientras ocurría, usé todos los sentidos para retenerlo.

Cuando por fin la boya se hundió, tiré por reflejo de la cañita de madera y enganché un pececito feo, marrón y sin gracia. Y entonces supe —y jamás olvidé— que de eso se trata: de soñar, de tirar la boya lo más lejos posible para después ir a buscarla. Lo único importante de la vida es la boyita.

La puñalada

◎

Olazábal 151
Lomas de Zamora

Fue en febrero. Me acuerdo porque hacía un calor espantoso. Por eso y porque fue la primera vez que Gamero, el profesor de dibujo técnico, se me acercó por atrás y me amenazó: «Te voy a matar, Merlo», susurró. Y no fue una forma de decir: realmente quería matarme.

Yo llevaba años desaprobando dibujo técnico. Y aunque paseaba con un tablero inmenso para dibujar planos y conocía de memoria cómo hacerlos, me había dado cuenta muy temprano de que había dos materias en las que convenía no hacer absolutamente nada. Si no iba a ninguna clase de educación física, en diciembre nos hacían correr un par de vueltas y nos tomaban algún reglamento de memoria. Y si en lugar de dibujar dos láminas por semana para dibujo técnico me presentaba a rendir en diciembre, resolvía todo en una mañana. Pragmatismo. Y aunque era muy bueno dibujando, hacer las láminas llevaba muchísimo tiempo, y yo prefería perderlo aprendiendo acordes o escribiendo pavadas.

Pero no era tan sencillo. «El alumno que desaprobare la materia Dibujo Técnico deberá presentarse a rendir el

examen de diciembre y/o marzo con la carpeta de trabajos completa y firmada por el profesor titular del curso», decía el reglamento de clase.

Sí, en mi época había reglamentos de clase. La única diferencia entre mi escuela técnica y el servicio militar es que este último suele durar un año, en cambio yo pasé seis años a doble turno ahí dentro. Mañanas y tardes enteras, con un overol manchado de grasa, leyendo a Poe a escondidas o escuchando a Bowie con auriculares.

Y, a decir verdad, nadie se llevaba dibujo técnico: la mayoría prefería ir entregando un par de láminas nuevas por semana, porque cumplir con eso aseguraba aprobar la materia. Y a fin de año, la carpeta completa de dibujo contenía unos cuarenta trabajos que había que exponer. Pero yo iba contra la corriente.

Cada martes y cada jueves, cuando Gamero me pedía que entregara la lámina, yo pasaba vergüenza: tenía que pararme frente a él y el rector para decirles alguna mentira, cada vez más triste y menos cómica: «Mi perro se comió la carpeta»; «Me la olvidé en el 318»; «En el tren venía la hinchada de Temperley y me afanaron el tablero». Año tras año y clase tras clase, el mismo paso de comedia. Gamero preguntaba, yo ensayaba una mentira, el resto se reía, Gamero me desaprobaba. Y ahí estaba yo otra vez, a punto de terminar quinto año.

—Merlo, ¿tu carpeta…? —preguntó Gamero: un formalismo. Sabía que yo no entregaba la carpeta completa ni aunque la paz del mundo dependiera de eso.

—Estem…

—Dejá —me dijo. Esta vez no me dio lugar a mentir—. Nos vemos en febrero —agregó.

Nunca me había llevado materias a febrero sin escalas. Siempre hacía una parada técnica por el agua suave de diciembre, donde generalmente resolvía la burocracia educativa y conseguía que algún profesor dejara de fumar y me pusiera una nota mayor a cuatro para seguir con mi vida.

«Febrero», pensé. Volví a casa cavilando. Mi vieja lo adivinó enseguida. «Dibujo técnico, ¿no? Es un hijo de puta ese Gamero», decía. Siempre fue igual mi vieja, saludos al cielo o donde esté. Si un día yo hubiera hecho enojar a Gandhi, ella habría dicho que el Mahatma ese era un hijo de mil putas.

Me puse a sacar cuentas: tenía sesenta días para dibujar las treinta y ocho láminas que no había hecho en el año. ¿En qué usé ese tiempo libre? ¿Por qué había comprado este martirio veraniego?

Busqué el atajo, el camino despejado, la ruta corta. Entonces lo llamé a Dani Orellana, mi compañero de banco y el mejor alumno de dibujo, y le imploré que me prestara la carpeta completa para poder hacer todas las láminas en tiempo y forma. Hizo un silencio: yo sabía que le estaba pidiendo un tesoro.

—Me prestás la carpeta dos semanas, hago todas las láminas y te las devuelvo impecables —le dije y lo convencí.

Ahora que lo pienso, yo sabía que le estaba mintiendo, pero todavía no me hacía cargo: si no había podido dibujar treinta y ocho láminas en un año entero, ¿cómo podría hacerlo en dos semanas?

Con la carpeta de Dani en casa, la urgencia por llegar a febrero con las láminas terminadas se volvió gelatinosa. Necesitaba treinta y ocho planos inmaculados, rotulados con mi nombre, para presentarlos en el momento del examen y así tener derecho a rendir.

Cada tanto miraba el calendario: diciembre se escurría. Después empezaron a pasar los días de enero, y yo no había agarrado el lápiz ni una vez. «Mañana arranco, tengo tiempo», me mentía. «Ese Gamero es un hijo de puta», repetía mi vieja cuando yo decía que extrañaba estar con mis amigos.

Así llegó el doce de febrero. Faltaban tres días para el examen, y yo seguía haciendo cuentas: «Si hoy hago quince, mañana otras quince y pasado hago ocho, llego perfecto». A la distancia, mientras escribo, me leo como el adicto que promete dejar de tomar mientras está en la góndola de los vinos, llenando el carrito. «Sí, no tomo más, son por si viene gente a casa».

Doce horas antes del examen, mi vieja me trajo un sánguche a la habitación donde yo fingía dibujar —cuando en realidad leía o escuchaba música— y me dijo:

—Mañana a las ocho, ¿no? —Sabía de memoria cuándo rendía, pero quería corroborar.

—Mañana a las ocho, sí —le contesté dejando la guitarra en un rincón. Y me excusé—: Me puse a tocar un ratito para distenderme de tantas láminas que hice.

Cuando ya estaban todos dormidos, fui hasta la cocina, me preparé un termo de café, robé un paquete de Derby suaves que fumaba mi vieja de vez en cuando y saqué la

caja de gomas Staedtler que tenía en el cajón de dibujo de mi habitación. Así preparamos el crimen un paquete lleno de gomas blancas, treinta y ocho planos de Dani Orellana y un adolescente caprichoso en contra del mandato escolar.

Fumaba y tomaba café. Pasé toda la noche borrando uno por uno los rastros de Rolando Daniel Orellana. En cada lugar donde estuviera su nombre completo, mi goma pasaba y mi lápiz escribía mi nombre. Para cuando empezó a salir el sol, ya estaba a dos láminas del éxito.

Me presenté a rendir. Era el único alumno de la mesa, y lo primero que hizo Gamero fue pedirme la carpeta. Qué pasión por los reglamentos, ni sentarme me dejó.

—Documento de identidad y carpeta completa, Merlo —ordenó Gamero.

Y yo, exagerando los buenos modales, le entregué la libretita verde con mi foto en blanco y negro y el carpetón lleno de planos.

—Vamos a empezar por esto —dijo y me dio un árbol de levas para dibujar—. ¿Te animás?

Gamero usaba el pelo un poco largo en la nuca y tenía un ojo más chiquito que el otro. Un mito decía que había perdido un ojo en una pelea y que por eso tenía una bolita de vidrio. Pero, más allá de eso, era implacable: nunca me dejó pasar una. Y sabíamos jugar muy bien el juego del alumno que no hace nada y el profesor que lo desaprueba. Habíamos generado un vínculo.

—Claro que me animo —le respondí y empecé a relevar y a tomar medidas con el calibre. Aunque yo sabía cómo hacerlo, no me interesaba en lo más mínimo.

Promediaba el examen. A mis espaldas, además de Gamero, estaban Hanuch y Marangoni, dos viejos fumadores que completaban la mesa. Entonces empecé a escuchar el cuchicheo. Gamero no veía un carajo, pero Hanuch y Marangoni tenían alma de filatelistas y podían pasarse horas buscando trampas.

—Apa, pero mirá qué bien dibuja Merlo —dijo Hanuch.

«Cagué», pensé. Pero no, era un elogio real.

—Es muy bueno. ¿Cómo puede ser que este pibe se lleve la materia?

Ahí me puse a pensar en que debí pedirle la carpeta a Bertolini o al Negro Cáceres… Pero no a Orellana. ¡¿En qué momento fue una buena idea intentar que sus láminas pasaran por láminas mías?!

Entonces Gamero se transformó. Lo vi al mirar sobre mi hombro izquierdo, buscando adivinar qué estaba pasando. Me devolvió su doble mirada filosa: la del ojo bueno y la de la bolita de vidrio. Los dos ojos decían lo mismo: «Me estás tomando por pelotudo». Se paró de un salto y vino caminando rápido, raspando la suela de los mocasines sobre el contrapiso.

—Escucháme una cosa, hijo de puta, ¿vos te creés que yo me voy a comer el verso de que esto lo hiciste vos? ¿Te pensás que soy pelotudo?

En lugar de levantar el guante, me escapé como una rata:

—Usted no me puede decir «hijo de puta».

Era cierto. Aunque él tenía todo el derecho del mundo a odiarme, se había pasado dos estaciones, y yo lo iba a usar a mi favor.

—Quise decir… —empezó a recular.

Entonces yo sí que fui rápido para dibujar.

—Usted no me puede decir «hijo de puta». ¿O no, Marangoni? ¿O no, Hanuch? Voy a tener que hablar con D'Ambrosio —dije, y empecé a guardar todo para ir a denunciarlo ante el director.

Yo, que hasta hacía un momento caminaba por la cornisa del reprobado, había aprovechado un descuido para tomar las riendas: la piña en el momento exacto, el cambio de vías antes del accidente, el movimiento preciso en el momento correcto. Y entonces me agarró del hombro, me hizo el gesto universal de que me calmara y me susurró:

—Te voy a matar, Merlo. —Y me firmó la libreta con un ocho.

Desde entonces, nos cruzamos varias veces. Me acuerdo de la cara que puso el día en que lo crucé en la estación de Constitución al volver de mi primer trabajo y le conté que estaba haciendo planos para una empresa grande. La jeta se le desdibujó, y yo pude notar cómo hervía por dentro.

Pero hay algo que él no sabe: desde aquel día del examen, muchas veces escucho voces hablando de mí y de lo que hago. Y, siempre, absolutamente siempre, siento que el filo de la puñalada de Gamero está por llegar.

Trueque de fe

◎

Wagner 883, piso 1
Lomas de Zamora

Hoy no es un domingo más: es veinticuatro de marzo de 2002 y falta una semana para festejar las Pascuas. Afuera, la mayoría de los negocios están cerrados: pero no porque sea domingo; están cerrados de hambre, de tristeza, de desilusión. Cerrados de angustia. En cambio, nosotros estamos en la cresta de la estupidez, no hay un fin de semana mejor que el otro: si el Nívor no termina doblado vomitando, es porque me toca a mí; si el Tola no balbucea en ruso, es porque directamente no puede hablar. Y hoy, cuando el sol empezó a colarse por las ventanas del bar al que vamos siempre, quisimos ir a más:

—¿Y si tomamos la catedral de Lomas?

La catedral de Lomas es —hablando con propiedad— una basílica menor, un título otorgado por el papa de turno para distinguirla de otros lugares sagrados. Yo no tengo idea de nada de esto: mi único contacto con la religión es eso que yo llamo «el álbum de figuritas», una carpeta llena de fotos de santos y vírgenes a los que mi vieja les reza siempre: cuando las cosas van mal, cuando no hay

consuelo o cuando hay desesperación. Y seguramente les rezaría cuando las cosas fueran bien, pero eso no pasa hace rato.

El Tola dice que no, el Nívor dice que sí, yo desempato:

—Vamos.

Salimos heridos de Dubh Linn, un barcito con estilo irlandés en el centro de Lomas, y empezamos a recorrer el camino con una determinación que yo no sabía que tenía hasta esa madrugada. El Tola intenta frenarnos con argumentos incomprensibles para cualquier adolescente crecido en los noventa:

—No seamos boludos, nos puede pasar algo, se puede armar quilombo.

Creo que no entiende que la idea de que pueda armarse quilombo funciona como combustible para nosotros.

—Pero por supuesto que se va armar quilombo, Tola —retruca el Nívor mientras hace fondo blanco a un vaso con Tía María que sacó del bar a escondidas.

Y durante todo el viaje quiere convencernos de que no es una buena idea, de que se pueden enojar, de que con la Iglesia no se jode, de que respetemos a los demás.

—Qué mierda, vamos que ya llegamos —digo mientras me desabrocho la camisa.

En los noventa, mi cuerpo era incapaz de producir sombra: pesaba cincuenta y ocho kilos y medía un metro ochenta y siete. Era imposible juntar esas dos variables en un mismo ser humano. Una cosa sin sentido, como un albino negro o un diputado honesto. Y, como si fuera poco, me compraba siempre la ropa más cachivache del

perchero. Ese día tenía puesta una camisa blanca con palmeras marrones que me habían regalado para un cumpleaños. Cuando me la desabroché, daba más lástima que cuando la tenía cerrada.

Entonces, llegamos a la iglesia.

—No sean pelotudos… —intenta una vez más el Tola. Pero su advertencia es totalmente al pedo.

En diciembre de 2001, la Argentina se prendió fuego. Y después del fuego, ni las cenizas quedaron. En ese mundo crecí y tuve que rearmarme. Pasamos de ser pobres a ser muy pobres, lo cual fue una ventaja: no perdimos ahorros porque no teníamos nada.

Al calor del fuego de diciembre, lógicamente, un nuevo contrato de alquiler nos cortó la respiración y volvimos a jugar al tetris: la vida en cajas, cientos de recuerdos apilados entre sí moviéndose en camionetas prestadas para ahorrarnos el flete. Y, en medio de ese caldo, afloraron las iglesias evangélicas: cadenas televisivas nocturnas de pastores brasileros hablando portuñol y vendiendo la cruz con el aceite consagrado en Israel. Todo formaba un relato que engranaba perfecto en la trasnoche de cualquier casa conurbana de principios de siglo.

Estoy decidido, con la camisa desabrochada, supongo que tapado de olor a cigarrillo y con los ojos colorados por tomar de más. Afuera, en las puertas de la casa de Dios, hay

mesitas improvisadas de gente haciendo trueque, pidiendo limosnas, llorando en voz alta: se van volviendo invisibles. Adentro, camino con determinación por la pasarela de las novias. Entre las puertas de la catedral —dos hojas de madera lustrada gigantes— y el altar, hay unos cuarenta metros: si todo sale como quiero, dentro de veinte segundos voy a estar detrás del altar. Pero todavía no sé qué voy a decir. Escucho al Tola balbucear; está incómodo pero atravesado por la intriga:

—No podés ser tan hijo de puta…

—Eu posso —respondo.

Nos miramos a los ojos: él sabe perfectamente todo lo que está por pasar. En paralelo, el Nívor empieza a hacer el moonwalk de Michael Jackson. Y entonces, recién entonces, empiezo a escuchar los murmullos.

—Es una falta de respeto —dice una viejita a mi lado.

Cuando hacemos contacto visual, le tiro un beso.

—¿Quiénes son estos? —pregunta un pelado a mitad de camino.

—¡Son hijos del señor! —grita otro desde atrás.

En las noches de fines de 2001, me costaba dormir. Dejaba el tele prendido y siempre me despertaba algún pastor hablando en portuñol. A veces, sus voces aparecían en mis sueños: las fui sintiendo cercanas. La voz de uno de ellos me cautivó: la del pastor Adelmar. Y, un poco en joda, empecé a imitarlo en las sobremesas. Dos meses más tarde, eu falava portuñol perfeitamente.

En menos de tres segundos, llego al altar: si fuese una novia que se casa, estoy en el punto exacto en el que mi papá me suelta el brazo, totalmente a desgano, para que me vaya a vivir mi vida nueva con un sátrapa. Miro a la izquierda y veo al Tola taparse la cara con las dos manos; creo que empieza a llorar. Miro a la derecha y veo al Nívor con una caja llena de hostias que acaba de agarrar del «kiosquito», como le decimos cariñosamente a esa especie de cabina telefónica de madera donde se confiesan los cristianos. Entonces me doy vuelta y doy la cara a la iglesia. Se produce un silencio, pero no es un silencio normal; es un silencio grueso, espeso: ocupa lugar entre las paredes de la catedral. Y, entonces, no puedo evitarlo más:

—Irmãos… Irmãs… Hoje é um dia especial. Você se sente triste? Vocês estão se sentindo sem esperança? Você acha que não há futuro? Estou com os pastores Tola e Nívor para nos livrar do demônio que invade seus corpos.

Y, como si no alcanzara, saco un cigarrillo del bolsillo de la camisa, lo prendo y me pongo a hacer aritos de humo perfectos bajo la luz cenital del sol que se cuela por el vitró.

Tres segundos cuento hasta que escucho las primeras puteadas:

—Hereje hijo de mil putas.

—¿No tenés madre vos?

—¡Está endemoniado!

Podría seguir un rato largo, pero alguien pronuncia las palabras mágicas:

—Es un hijo de Dios como todos nosotros.

Y, de golpe, la quietud total. Como esos entrenadores de animales asesinos, el encantador de fieles con túnica y ribetes dorados se para delante de mí, dice esas palabras una atrás de la otra y calma a las fieras.

—¿Qué les pasa? —pregunta el padre Ricardo.

El padre Ricardo tiene la misma cara de fiesta que nosotros tres, pero es más grande y más hábil. Con la excusa del prójimo, el amor y los mandamientos, nos abraza como puede y nos va llevando, como el flautista de Hamelín, hasta una trastienda, una suerte de camarín: ahí están la ropa de civil del cura, un paquete con medialunas, un atado de Le Mans —que fuma a escondidas— y una radio Spika en donde, nos cuenta, escucha los partidos de fútbol de la fecha entre misa y misa.

—¿Quieren comer algo?

No llego a contestar.

—Hostias —dice el Nívor.

El último tramo del intento por tomar la catedral de Lomas lo veo desde la parte de atrás de un Fiat Siena de la Policía Bonaerense. Ahí vamos los tres, acusados de desacato al clero y deshonra a los símbolos sagrados de la fe cristiana, llorando de risa, de miedo y de sueño. Cada tanto nos reímos de la nada.

—Você acha que pode ser um bom pastor, irmão Tola? Você não gostaria que expulsássemos o demônio, irmão Nívor? —pregunto esposado.

El Fiat acelera y las risas quedan pegadas para siempre al aire que sobrevuela los recuerdos de aquellos años, los más grises hasta entonces. Cada tanto, en asados que hacemos ahora que tenemos canas, alguno pregunta algo en portugués y yo amago a desabrocharme la camisa.

Retroceder en chancletas

◎

José Mármol 53

Lanús

Al lado de mi casa hay una distribuidora de aceite. Todos los días y a toda hora, llegan camioneros en sus monstruos de metal a buscar litros y litros de aceite. Diez mil litros, veinte mil litros. Cien mil litros. Con depósitos gigantes en sus espaldas, ocupan media cuadra o más. A esta altura, ya puedo reconocerlos por el chiflido de los frenos neumáticos y el temblequeo de los motores diésel pegados contra mi cuarto en la planta alta de mi casa. Y ahora que tengo tanta información, es el momento de que me muelan a trompadas por levantar la voz.

—Llegó un Scania —le digo a Ro—. Debe de ser el de la vez pasada. Me tiene las pelotas por el piso. Voy a salir a decirle que apague la música.

Entonces hago algo que no acostumbro hacer y que, sobre todo, no suelo animarme a hacer: me armo de valor y salgo a defender la paz de mi familia a cualquier precio. Pero las cosas no ocurren como las planeo.

—Dejálo, no seas boludo. ¿Qué le vas a decir? —me dice Ro.

Y no me lo dice solamente porque me quiere, sino porque tiene terror de que me muelan a trompadas. Debajo de este cuerpo raro de casi un metro noventa, hay un eterno pacifista que jamás le pegó a nadie, pero los demás no lo saben. Entonces, cada tanto me hago el gallo pensando que puedo intimidarlos con mi tamaño. Suele darme resultado con peatones, viejas de barrio o cuñados, pero no mucho más. Y no quiero abusar del don, no sea cosa que se den cuenta.

—Que baje la música le voy a decir. Hace cuarenta minutos que estoy escuchando cumbia del litoral… Tengo la cabeza como si me estuvieran zapateando encima.

Lo digo sin levantar la voz, pero con ímpetu. Si algo me quedó de mis clases de teatro es que la composición de un personaje es un camino largo, que a veces lleva mucho tiempo, y que se hace sumando cosas mínimas: detalles. Ahora estoy componiendo ese personaje, así que no puedo simplemente abrir la puerta y pegar tres gritos si antes no me doy coraje, si no me pongo la ropa del personaje, si no lo compongo.

Mientras bajo las escaleras haciendo rebotar unas ojotas que compré en Brasil, siento el balbuceo de Ro a mis espaldas. No llego a escuchar ninguna palabra, pero supongo que piensa cosas como «¡Qué boludo! Lo van a terminar cagando a piñas» o algo por el estilo.

Taca, taca, taca, taca. Bajo rápido y en cada escalón las ojotas van golpeando con la violencia de un matamoscas. Taca, taca, taca, taca. Llego a la puerta, giro la llave y salgo con la vista desencajada. Creo que me paso de rosca

a la hora de componer mi salida de casa, pero pedirle a una persona que no tiene incorporada la noción de convivencia pacífica que cambie algún hábito no es sencillo. Y me tiro al vacío: abro la puerta y ya no hay vuelta atrás. Entonces, sin hacer contacto visual con nadie, apunto directo al camión.

—Che, loco, ¿vos no te das cuenta de que estás inflándole las pelotas a todo el barrio con la musiquita? Tengo una bebé durmiendo.

Uso palabras que no son de mi jerga: «loco», «musiquita». Pero las necesito: es la caja de herramientas que tengo para darme coraje y salir a pelear. Además, me gusta decir «musiquita». Aprendí de chico que llamar con diminutivo a las cosas sirve para bajarles el precio. «Falta un ratito»; «Un rasponcito»; «Era viejito»; «Un tumorcito». Entonces enfatizo:

—¡La musiquita…! —digo a los gritos.

Yo sé que estoy haciendo una jugada típica de un cagón de manual: abrir la puerta, carajear y volver sobre sus pasos con un ademán, el de las manos como los jugadores de fútbol después de que les sacan la tarjeta amarilla. Es un movimiento universal que invita al interlocutor a irse, lentamente, a la reputísima madre que lo parió.

Camino hacia mi puerta. Taca, taca, taca, taca. Estoy en short sin bolsillos y tengo puestos los anteojos porque estoy trabajando. Me empiezo a dar cuenta de que no hay ninguna chance de provocarle miedo a un camionero acostumbrado a pasar semanas enteras durmiendo en un acoplado y comiendo frituras bajo el rayo del sol del litoral.

—¿Qué te pasa, pelotudo? —me pregunta con fuerza.

Me congelo. Por lo general, me sale bien, pero esta vez canté falta envido sin cartas y me están desafiando.

—A vos, pelotudo, te hablo —me señala—. ¿Me querés bajar la música? ¡Bajáme la bragueta, salame!

A la mitad de la palabra «bragueta», hay un coro de camioneros riéndose de mí: si la pelea terminara ahora, no solo perdería por puntos, sino que sería el puntaje más humillante de la historia de cualquier combate.

Tengo una única opción: estoy condenado a cagarme a trompadas —y que me destrocen cuando lo intente—; ya no puedo salir del personaje.

—Andá a cagar, sos insoportable —le digo caminando rapidito. Y clac. La puerta de casa se cierra y me quedo del lado de afuera, a merced de que me maten a piñas entre todos los camioneros que llegaron con sed de aceite.

Lo veo acercarse. Es casi tan alto como yo, pero parece haberse agarrado a trompadas en todas las rutas nacionales, provinciales y municipales del país. Se acerca despacito, limpia el reverso de sus manos contra el culo del jean.

—¿Te quedaste afuera, boludo?

No me lo pregunta con fines estadísticos: me está asustando antes de pegarme. Yo ya toqué el timbre para pedir que me abran, pero nadie me contesta. Intuyo que arriba están disfrutando de que esta vez me hayan curado lo cabrón. Lo tengo a menos de dos metros, la piña es inminente.

—No te cagué', cabezón, que no te via pegá'… —se compadece el camionero y le grita a su compañero—:

¡Apagále la música al chango este, que tiene una bebita!

Y entonces lo veo reírse, con varias teclas negras. Una carcajada deforme y noble; cómplice. Yo también me río, solo para no llevarle la contra. Pone una mano en mi hombro y me dice al oído:

—Y que sea l'última ve' que te hacé' el gaio, ¿ta?

Alguien abre desde adentro. Sin hacer contacto visual con nadie, voy directo a mi escritorio para seguir trabajando. Respiro fuerte por la nariz, mantengo, exhalo suave por la boca. Inhalar, exhalar. Busco en Google «chamamé litoraleño» y lo pongo a sonar mientras reviso mails. El clac de las ojotas contra el suelo ahora marca el tempo de la música.

Aún hoy, cada tanto, escucho chamamé. Y cuando mis hijas me preguntan por qué pongo eso, yo les miento: les digo que es la radio. Ellas no saben que es la música que escucha el hombre que me salvó de que me molieran a palos.

Manual para arruinar la Navidad

◎

2 de Mayo 2646, departamento 2

Lanús

En ese momento sentí que sacaba la pieza que hacía explotar todo. La tablita de madera que precipita el jenga al suelo y produce el colapso definitivo e inevitable. El final del juego. Supe que esa bolsa de ilusiones que es la infancia empezaba a desinflarse mientras todos los chicos del barrio se enteraban —al mismo tiempo y por mi culpa— de que Papá Noel no existía.

Pero hay que volver el reloj atrás para entender. Yo venía de un año gris oscuro. Después de sepultar a mi vieja, parecía que todo iría en picada. Sin embargo, con esa ventisca de los milagros o de las cosas que ocurren solo en cine, empezó a brotar vida alrededor. Un montón de vida. Aquel primer brote fue la llegada de Pedro, mi sobrino. Después de un derrotero insoportable de trámites y sellos, reuniones y audiencias, juzgados e historias clínicas, le dieron un DNI con el mismo apellido que mis amigos, y así se convirtió en uno de los nuestros, en alguien a quien sentaría en mi mesa para siempre: un miembro de mi equipo.

Con el calor del verano encima, empezamos a pensar cómo sería su primera Navidad con nosotros. Ninguno de mis amigos es demasiado religioso, pero sabíamos que la Navidad, para Pedro, sería importante: iba a ser la primera gran fiesta con papá, mamá y todos sus tíos. Yo tenía los números puestos: canoso, caradura, barbudo y con treinta kilos de más después de haber dejado de fumar. Ahora la balanza acusaba noventa y siete kilos.

—¿No te animás a disfrazarte? —me preguntaron.

En realidad, fue un formalismo. A todo me animo. Parece una virtud, pero es una condición. No lo hago por intrépido, sino porque no sé cómo se hace para decir que no. Son dos letras que nunca pronuncio juntas. «Che, ¿podés ir a hacer un trámite de ARBA por mí?». Voy a la fila. «¿Te acordás de mi tía abuela Irma, la madre de los mellizos? Sí, la que era fanática de Ferro. Bueno, necesita dadores de sangre porque se opera de las várices, ¿te copás?». Ahí estoy. «¿No conocés a nadie que pueda ir a hacerle puente a la batería del auto de mi jefa, que se quedó tirada en La Plata?». Salgo para allá. Entonces no iba a ser la excepción.

—Sí, obvio. Cuenten conmigo —dije. Pero me arrepentí apenas escuché mis palabras.

Llega el día. La mesa larga, llena de cachivaches verdes, blancos y rojos, pelotas de chocolate, botellas con corchos de plástico, adornos chinos, cañitas voladoras, copas de vidrio, servilletas de tela y un montón de otras cosas

inútiles pero poco cotidianas que sirven solo para confirmar que no es un día más. Mal que me pese, aunque me haga el reacio, el recuerdo religioso de mi infancia me ancla a festejar. «Seh, me importa tres carajos la Navidad», digo siempre, pero me paso todo diciembre envolviendo regalos a escondidas.

Aquella es la Navidad bisagra: la primera sin madre, la última sin hijas. Salgo lentamente del letargo sin clasificar, de ese limbo extraño que transcurre en el tiempo en que no sos hijo ni padre.

Es temprano. El termómetro del auto dice que hace cuarenta y un grados; la pantalla de Crónica indica cuarenta y tres: «NAVIDAD INFERNAL» en letras blancas sobre fondo rojo. Apenas entro, paso frente a un espejo enorme, muy de casa de abuela, con marco grueso color nogal. Me miro: estoy gordísimo.

—Apuráte, que no te vea Pedro —me dice Dani, su mamá, y me da una bolsa de consorcio con el disfraz adentro.

Lo escondo en la pieza chiquita. Me quedo un rato mirando la camita donde este nene hermoso está empezando su nueva vida. Hago una media sonrisa y me doy cuenta de que estoy por llorar. Vengo con la lágrima fácil.

Salgo al jardín: están todos embobados, girando alrededor de esa sonrisa brillante que recién conocemos. Pedro mira el cielo: las luces, los colores. Su primera Navidad con una familia. Nuestra familia. Yo también miro el cielo. No sé por qué, pero lo aprendí de las tías viejas en las fiestas de fin de año: miraban al cielo y levantaban la copa

pensando en sus muertos. Así que miro hacia arriba. Y transpiro. Transpiro muchísimo.

Comemos largo y pausado. Yo vengo de una catarata de meses frágiles, con la angustia palpable. Tengo el estanque de lágrimas muy a punto de desbordar, y parece que el calor y la idea inventada de que el año se va con sus problemas me está poniendo de mejor humor. Descorchamos algunas botellas de sidra. Es el último año antes de que se ponga de moda, todavía la gente se pavonea tomando champagne. Son otros tiempos, nadie sube selfies brindando, no existe el concepto efímero de «historia digital», que dura veinticuatro horas y desaparece. (¿Cómo puede llamarse «historia» algo que no perdura?). Nos reímos. Somos jóvenes.

Cerca de las once, empezamos a levantar la mesa. Comemos toneladas de vitel toné y ensalada rusa, asado, piononos, torre de panqueques y un sinfín de cosas que, vistas desde afuera, parecen un suicidio gastrointestinal más que un festejo. En una de esas idas y vueltas a la cocina, me acuerdo de que tengo que desaparecer para cumplir con mi misión.

—El tío ahora viene —digo y me levanto.

Pedro no me registra.

Me meto corriendo en el baño con la ansiedad del mentiroso. (Siento taquicardia mientras escribo estas líneas porque recuerdo el golpeteo en el pecho que sentía aquella Navidad). Me miro en el espejo. Si sigo subiendo de peso, la próxima me van a proponer disfrazarme de luchador de sumo. Y voy a decir que sí. Respiro profundo

y empiezo a desvestirme. Como un stripper, pero sin gracia ni sensualidad. Y lento, porque no puedo hacer ningún ruido que despierte sospechas. Me quedo en calzones, parado frente al espejo, y me veo reflejado otra vez, ahora semidesnudo. Antes de sentir vergüenza, me doy ánimos: «¡Qué hermoso gesto!», digo para tapar el disgusto que siento. Y entonces empiezan los problemas.

Meterse adentro de un traje de nylon comprado en oferta en las calles de Once no es el mejor plan en una noche de verano. Para ser franco, se me ocurre una lista interminable de planes que causen menos sufrimiento: sacarse una muela sin anestesia, cortarse un dedo con una sierra, pisar un clavo oxidado, circuncidarse con un Tramontina. Pero no, ahí estoy yo, eligiendo la peor opción de la lista: zambullirme en un mamotreto rojo y blanco para salir a escena.

Empiezo por los pantalones y el saco. Me doy cuenta de que, aunque mi panza es prominente, voy a necesitar el almohadón de relleno que viene con el disfraz, una pelota de guata que me llevará al borde de la deshidratación y el colapso. La apoyo contra la panza, la envuelvo con el saco y empiezo a sentir picazón.

—¡Van a ser las doce! —escucho.

El grito es exagerado. Imagino a alguien gritando deliberadamente hacia el baño, como diciéndome «no te cuelgues que se hace la hora».

Acelero el proceso: me pongo la barba blanca, el gorro, y me miro por última vez en el espejo. Estoy mucho más gordo que antes. Tengo tanto calor como la vez que viajé

de punta a punta en el subte A con un gamulán en pleno enero para pagar una apuesta. Me odio. ¿Por qué digo siempre que sí? Estoy a punto de desmayarme. Pienso en Pedro: no tiene ni dos años, es su primera Navidad con nosotros y estoy por arruinarla.

Ahora no es una sensación: sé que voy a desmayarme. Quiero arrancarme el disfraz, caminar en calzoncillos hasta el jardín, quizás con el gorro y la barba puestos, mirar a todos a los ojos y decir: «Todo muy lindo, pero el tío la está pasando como la mierda». Y darle a Pedro un billete grande: «Papá Noel no existe, Pedro. Es hora de que lo sepas». Pero no puedo.

Voy caminando directo al árbol navideño mientras toda la familia lo distrae mirando los fuegos artificiales en el cielo.

—¡Mirá, mirá, ahí viene! —dice alguien.

Pedro, que hasta hace algunos días compartía cuarto con muchos nenes en un hogar, que jamás tuvo una Navidad en familia y que no vio los fuegos artificiales ni en televisión, no sabe qué es lo que tendría que ver. Pero igual sonríe. Siempre sonríe.

De a poco empieza la pantomima. Alguien dice haber escuchado ruidos en el living y cambia el foco de la atención. Si esta fuese una película, la cámara empezaría a dirigirse hacia donde estoy yo, a punto de morir por un shock térmico.

Veo venir a Pedro. Las instrucciones eran claras: cuando estés a dos pasos, sacás un regalo de la bolsa, se lo das, decís el clásico «jo, jo, jo» de las publicidades, te vas por

la puerta principal, entrás al auto, te cambiás de nuevo y volvés a entrar por el garaje.

Pero no puedo. Lo veo venir: todavía faltan como diez metros para el momento pactado, y yo no resisto más. Saco un paquete de adentro de la bolsa, lo revoleo más o menos cerca de él y empiezo a correr hacia la puerta principal, gritando rápido «jojojó» y dándome a la fuga. Ni en un documental sobre el desierto del Sahara hay personas que transpiren tanto como yo, y me atrevo a decir que ningún libro de medicina tiene registros de cuerpos expuestos a tanta temperatura.

Ahora la historia se bifurca: puertas adentro, Pedro llora desconsolado por el terror que le causó la llegada de una persona disfrazada a la que no conocía ni por fotos. Intentan contenerlo, pero es imposible. Pasará días enteros diciendo «Panuel no, Panuel no» y rompiendo en llanto a cualquier hora. La Navidad será, por años, un momento dramático.

Puertas afuera, todos los chicos de esta calle oscura de Valentín Alsina salen de sus casas a ver los fuegos artificiales y a presumir sus regalos ante el resto de los vecinos. Se miran unos a otros, comparan, festejan, intercambian saludos.

Y de entre todas las puertas, hay una por la que sale un gordo vestido de rojo y blanco arrancándose la barba postiza, respirando por la boca como un wing izquierdo que corrió toda la cancha y llegó a tirar el centro en el minuto ochenta y siete. Un gordo que está sacándose el gorro rojo y blanco y abriendo el saco como si fuese un

fisicoculturista que ya no ejerce, un preso de la pereza, un rehén de la promesa de empezar la dieta el lunes, un hazmerreír de las nutricionistas, una copia pirata del tío bueno de las comedias de Hollywood.

Encaro directo a mi auto, estacionado en la puerta, abro el baúl y tiro toda la ropa de Papá Noel adentro mientras me cambio en medio de la calle. Agarro un bidón de agua que tengo por si el auto levanta temperatura. Tomo y me tiro en el pecho. Es la versión sin gracia de una publicidad de Gatorade. Sufro, me paso la mano por el pelo, me empiezo a tirar agua en los ojos. Voy recuperando el aliento muy de a poco. El volumen del entorno empieza a subir lentamente. Comienzo a percibir que pronuncian mi nombre y, a medio vestir y aún sin escuchar con nitidez, hago gestos de agradecimiento y grito algún «jo, jo, jo». Pero cuando el ruido se calma y oigo mejor, me doy cuenta de que no son halagos. Me están gritando «pelotudo», «forro», «hijo de mil putas», y me preguntan —sin querer saber la respuesta— si soy tarado o si me estoy haciendo el tarado.

Recién entonces, en medio de los estruendos y de la magia navideña que se desvanece, me doy cuenta de que hay un Papá Noel en calzoncillos caminando por las calles de Valentín Alsina, rompiendo a su paso los corazones y la ilusión de todos los niños que, muertos de tristeza, corren hacia adentro de sus casas para empezar con la ronda de preguntas a sus padres.

Y dar respuestas —entiendo ahora— es algo que a los grandes no les gusta demasiado.

Me chocó un pelotudo

◎

2 de Mayo 2646, departamento 2

Lanús

Esas cuatro palabras, «me chocó un pelotudo», se las dije a la chica que me atendió cuando llamé al seguro. Y se rio tanto cuando le conté los detalles que me pedía perdón por tentarse y que, por favor, parara de repetirlo.

—A ver si lo entiendo —risas—: ¿usted me está diciendo —carcajadas— que chocó su propio auto? —euforia.

Nunca conocí a una persona que haya tenido un accidente de tránsito y diga «la culpa fue mía». Hay algo enquistado que no nos permite hacernos cargo del error: yo no fui, yo no empecé, yo no lo voté. Y cuando estamos manejando, eso se potencia. «Me chocó un boludo que…», empiezan todos los relatos de accidentes de tránsito en Argentina. Hay ahí algo intangible que funciona como mandato: no podés equivocarte al manejar.

Aprendí a manejar de grande, más cerca de los treinta que de los veinte, y desde entonces hice miles y miles de kilómetros y tuve varios autos. Disfruto de manejar. Pero saber manejar no me parece un valor agregado en absoluto. Decir «sé manejar» me resulta muchísimo menos

atractivo que decir «sé la regla de tres simple». Es demasiado pretencioso destacarlo como una virtud. Hubo una época —felizmente superada— en la que me ganaba la vida en la oficina de Recursos Humanos de un banco. En esa oficina escondida en el Microcentro recibía toneladas de currículums en sobres a mi nombre. «Dominio del Paquete Office y herramientas contables». «Sistema Tango». «Cursando el tercer año de la Licenciatura en Administración de Empresas». «Licencia de conducir profesional». Siempre me llamaron la atención aquellos postulantes que destacaban entre sus habilidades la de saber manejar. No buscábamos choferes, y sin embargo ese dato aparecía muchas veces en el papel y varias más en las entrevistas. «Te cuento, ya que estoy, que tengo licencia de conducir y estoy habilitado para manejar camiones con acoplado», me dijo un postulante a cajero de una sucursal en 2006. Lo miré un poco más del tiempo normal. «Bueno, todo suma», se excusó.

Yo con mis autos nunca tuve una relación clásica. Y cuando digo «clásica» me refiero al deber ser de cualquier hombre nacido en el siglo pasado: que el auto deba ocupar un rol central en su vida. ¿No sabés manejar? Sos puto. ¿No te gustan los autos? Sos puto. ¿No sabés cambiar una cubierta? Además de puto, sos inútil. Pero yo nunca sentí nada por un auto. Tengo muy frescas las caras de asombro que causaba —y causo— cuando digo que para mí el auto es un pedazo de chapa, o que pocas cosas me resultaron más fáciles que aprender a manejar. Y lo digo en serio: no es una pose. En los circuitos de gente de mi edad —y,

para peor, estoy formado en un colegio técnico y durante varios años trabajé en industria—, yo era un trotskista del volante. «¡¿Cómo vas a decir eso?!», me cuestionaban cuando repetía que, entre el auto y mis guitarras, elegía a mis guitarras. Es más: una vez vendí un auto solo porque no tenía ganas de usarlo. En las reuniones sentía un cuchicheo a mis espaldas: «Ese es el flaco que vendió el auto. Vino en colectivo». Había cometido el crimen de desprenderme de un auto y me había patinado la plata de la venta en un viaje. Entre viajar un par de meses por Europa y tener auto, preferí conocer Europa.

Pero los tiempos cambiaron. Paternidad mediante, se fue haciendo cada vez más cuesta arriba —aunque lo hice durante algunos años— moverme en transporte público con la manada. Cuando tuve la posibilidad de comprar un auto, no hacerlo me parecía más un capricho que una decisión. Entonces empecé a buscar un auto mediano, relativamente nuevo y sin mayores pretensiones. Gugleé dos días y al tercero fui y lo reservé.

—¿Ya lo señaste? —me preguntó descolocado mi viejo cuando le conté.

Había cometido el pecado capital —me enteré más tarde— de no haber ido a ver muchos autos. «Me acuerdo de cuando compré el Duna… Me había ido a ver uno a Tandil. Trece mil kilómetros tenía, pero pedía una boludez de guita, así que me fui. Lo terminé comprando en una agencia chiquita en Dolores», repetía como una hazaña un profesor de termodinámica que tuve en el año noventa y siete. Le dije que quizás lo que se había ahorrado

en la compra del auto lo había gastado en nafta, y él me miró con tanta bronca que supe que tenía razón al señalarlo. También me enteré —cuando lo comenté con mis compañeros de trabajo de entonces— que hay un placer en el ir y ver muchísimos autos, de una a punta a otra del mapa, y yo había cometido la herejía de comprarlo en una agencia, a la vuelta de mi casa. Al parecer, la compra de un auto debía implicar dificultades.

El día en que compré aquel auto, llegué a la agencia a las once de la mañana con palpitaciones. El precio mejoraba mucho si pagaba en efectivo. «Pesos o dólares es lo mismo, pero en efectivo», me había dicho el vendedor, así que antes fui al banco a hacer una extracción. Llevaba una mochila vacía donde guardar el paquetito de dólares para hacer ese ritual del siglo pasado de pagar algo en efectivo, pero la diferencia de precio era mucha y me servía: con lo que ahorraba, cubría los gastos de la transferencia. Cuando fue mi turno, le dije a la cajera que necesitaba esa cantidad, y ella me explicó que no tenían dólares para entregarme, pero que podía hacer una conversión a dólar MEP para luego retirar pesos a ese valor. Salí a la calle, hice un llamado y confirmé que era más o menos lo mismo.

Caminé treinta cuadras con cuatro kilos y medio de billetes de cien pesos en la mochila. Era el Warren Buffett del conurbano, cruzando el paso bajo nivel de la estación de Lanús en una aventura muchísimo más riesgosa que entretenida.

Tardamos tanto en contar la plata a mano en la agencia que, en ese tiempo, tomé dos cafés y el vendedor fumó

cuatro cigarrillos. Cuando nos pusimos de acuerdo en que no faltaba ni un billete, me dio las dos copias de las llaves y un par de papeles firmados. Me subí al auto y me fui. Aunque era un auto bastante nuevo —había sido patentado algunos meses antes de la compra—, tenía un olor espantoso, como si hubiesen hervido brócolis ahí adentro. Así que tuve que llevarlo al lavadero. Mientras lo lavaban, aproveché el tiempo y me puse a garabatear en un cuaderno juntando dos mundos: la costumbre analógica de escribir cosas en libretas y la modernidad de no releerlas nunca.

Volví a buscarlo una hora más tarde, pagué y me fui.

—Está ahí: enfrente —me dijo la empleada del lavadero señalando con el dedo índice y con el celular colgando de la oreja mientras atendía un llamado.

Empecé a caminar hacia el auto. Cuando faltaban dos o tres metros para llegar, saqué la llave del bolsillo y la puse en posición de abrir la cerradura; algo anacrónico e innecesario, teniendo en cuenta que un botoncito abre todas las puertas. Pero ahí iba yo, caminando como si empuñara una navaja cortita. Un paso, dos pasos, tres pasos. Al cuarto, tropecé con una baldosa partida, una puntita de cemento traicionera que me dejó el equilibrio sin saldo a favor.

Sentí el picor en la nariz. No sé explicarlo bien, pero cada vez que estoy por caerme —en el exacto momento en que pierdo el equilibrio y mi centro de gravedad empieza a acercarse al suelo—, siento un cosquilleo extraño en una zona gris entre la nariz y el labio superior. Lo sentí cuando mi pie se torció, así que pensé que la caída era

inevitable. Pero, para mi sorpresa, el paso en falso no terminó en caída; en cambio, arranqué una especie de carrerita vertiginosa, apuntando con la cabeza hacia adelante, como los corredores de atletismo cuando están a punto de llegar a la meta. Parecía estar bailando el carnavalito, en esa parte en que hay que pasar por debajo del puentecito humano agachado para no chocar la cabeza. Ahí iba yo, un misil de canas, de lleno contra el guardabarros izquierdo de mi auto nuevo. Tan fuerte fue el golpe que me costó reaccionar al mareo y estuve algunos segundos sin saber qué había pasado.

Caí en la cuenta de que había chocado contra mi propio auto y no podía parar de reírme. Hacía muchos años que no me reía con tanta fuerza. Estaba tirado en el suelo de una tarde de verano, con la llave del auto en la mano derecha, que había servido para hacer un rayón en la puerta del conductor. Sobre el ojo derecho, un hilo grueso de sangre me empezaba a manchar el pómulo. Un vecino se acercó. Al rato eran tres. Alguien dijo que llamaran a una ambulancia, y yo, en medio del ahogo de la risa, quise explicarles que estaba bien.

—El dueño del auto te va a matar —me dijo un pelado de barba al que, entre un pedazo de chapa abollada y un hombre con un borbotón de sangre sobre el párpado, le pareció más dramático lo que le había pasado al auto.

Le expliqué que el auto era mío, que lo había comprado ese mismo día y que justamente por eso me reía. Me miró con un desprecio que solo vi en las películas sobre el Holocausto.

Me paré como pude. Tenía un agujero en el jean —«queda canchero», pensé—. Me dolía absolutamente todo el cuerpo, incluso algunos rincones que no me habían dolido nunca. No es gratis sufrir un golpe así a mi edad. Me subí al auto y acomodé los espejos. Miré por el retrovisor y reconocí en mi carcajada a ese nenito de siete años que se reía de sus propias torpezas. Entonces me sentí en paz.

Más tarde cumplí con toda la burocracia: llamar al seguro para decirle que había chocado mi propio auto, llevarlo al chapista, y contarles a todos los amantes de los fierros lo que me había pasado para que me miraran con esa indignación que tan bien me hace sentir.

Banderines y dibujitos

◎

Casa 50, Barrio Petroquímica, Río Tercero
José Mármol 53, Lanús

En Argentina todos tenemos un recuerdo de 1986, incluso los que nacieron después. Maradona, el mundial, los goles a los ingleses… Pero mi recuerdo no es exactamente ese: son los banderines. Tenía cinco años, y el único detalle que conservo con nitidez de ese momento, el primer recuerdo nítido de toda mi vida, es una torta hecha por mi vieja para morigerar la ansiedad previa a la final contra los alemanes: una docena de escarbadientes con pequeños banderines argentinos improvisados, clavados como mástiles sin criterio en la superficie de un bizcochuelo barato. Desde entonces, el sabor de esa torta, de esa tarde y de aquel recuerdo fueron los lugares a los cuales volví cada vez que quise pensar en la felicidad de los años infantiles.

Sin embargo, los recuerdos se desdibujan, se tapan con noticias de las otras, preocupaciones adultas sin sentido, miedos mundanos del paso del tiempo. El sabor —de esa torta, de esa tarde y de ese recuerdo— empezó a deshacerse hasta desaparecer. Viví un montón de años pegado a la

nostalgia de saber que hubo una vez en que supe cuál era el gusto de la alegría colectiva, completa, definitiva: la felicidad de los pueblos. Pero ya no me acordaba.

Es 2022. Tengo la cabeza completamente blanca, me acostumbré a las derrotas dignas y guardé aquel recuerdo en el cajón de las utopías. Este mundial catarí que nació sin expectativas fue sumando cábalas con el paso de los días. Ahora soy yo quien pone las reglas: el escenario es mi familia y somos nosotros cuatro los que vamos dando forma a rituales absurdos, costumbres extrañas y ritos que no tienen sentido.

Pero veo varias señales de alerta antes de entregarme al disfrute. La primera es energética: ¿un mundial durante un verano sofocante? ¿Cuántas chances de quedarnos sin luz tenemos? No menos de dos por partido.

Entonces la locura empieza a sacarle un par de cuerpos a la cordura y consigo un grupo electrógeno. Y cuando el miedo a los cortes de luz se disipa, aparece —como pasa siempre en el mundo de los adultos— un miedo nuevo: el fantasma del delay en la transmisión.

Extraño las épocas analógicas de la televisión y la radio, la sintonía fina, mover la antena en el techo de tejas a riesgo de muerte, pidiéndole a gritos a algún familiar que confirme, varios metros abajo, si mejoró algo la nitidez, generalmente para ver Canal 2.

A menos de doce horas del debut de Argentina, atravieso todos los ambientes de mi casa con treinta y cinco

metros de cable coaxil para armar una antena de TDA casera con un tutorial que encontré en YoReparo.com.

La pruebo y, lógicamente, se ve espantoso. Entrecortado. Como si le faltara un hervor. Cambio la antena de lugar; me muevo nervioso mirando el noticiero de la TV Pública, que sirve para probar la señal. Nada mejora. Hasta que pruebo un rincón mágico y, ¡eureka!, se ve perfecto. Dejo todo así, como si fuese la escena de un crimen, y me voy dando pasos lentos hacia atrás, como alejándome de un bebé al que acabo de lograr dormir.

Cuando me despierto, todo está igual, se ve perfecto. Así que caminamos esquivando el cable como si fuera bosta. Pero, apenas empieza el partido, la imagen se congela.

Me rindo. Miro el partido con una clave de Flow prestada y escucho las puteadas de mis vecinos trece segundos antes de verlas en la pantalla. Y lloro.

Empiezo a buscar la mejor antena de Mercado Libre sabiendo que ninguna llegará antes del partido contra México. Salgo de casa con las llaves y plata —como un adulto macho que resuelve— para comprar una antena y cumplirle un capricho al niño en el envoltorio de un señor que soy. Algo de eso hay en el sentir fervoroso de gritar un gol frente a ocho millones de píxeles.

—Voy a tener que poner la antena afuera; cortar la reja, sacar la antena hacia el techo y después soldar la reja —relato sin buscar consenso ni cordura, mientras Ro finge que me escucha.

Cuando lo que acabo de decir aterriza en su cabeza, cierra la computadora, se saca los lentes y me mira. Solo

me mira. No sé si siente lástima por mí, vergüenza por ella o pena por nuestras hijas. O las tres cosas al mismo tiempo. Pero dice las palabras mágicas que usa siempre que no quiere contradecirme:

—Lo que a vos te haga feliz, Gor.

Vuelvo a casa con una antena, seis packs de cerveza, la amoladora y la soldadora.

—Es una pavada —me miento. Y empiezo a cortar.

Ro me mira. Creo que incluso me pregunta si estoy seguro, mientras me da un mate amargo y me apoya la palma derecha en la espalda, más como resignación que como consuelo.

Dos horas más tarde, con la reja cortada y vuelta a soldar, pruebo de nuevo.

—Funciona todo bien —digo con aire triunfal y me desplomo en el sillón con una mueca de satisfacción: «Miren bien a un padre que ha logrado algo importante». Y de pronto tengo una ensoñación hermosa: escucho la voz de mi vieja que me relata la receta de la torta y me explica cómo hacer los banderines. Me sobresalto como si hubiese atravesado un paso bajo nivel entre la infancia y el presente.

—¿Estás bien? —pregunta Ro.

No le contesto.

Pienso en Bilardo. En Maradona. En ese nenito que fui. En esas calles del culo del mundo en las que crecí, que —incluso tan lejanas al epicentro porteño que todo lo acapara— se habían llenado de bocinas para festejar.

Empiezo a reunir los tres elementos básicos para ganar cualquier discusión: pruebas, evidencia y empirismo.

—Yo me bañé *después* del partido contra Arabia, ¿no? Contra México me voy a bañar *antes*, entonces.

Algo de mi escepticismo alrededor de la posibilidad de ser campeones comienza a desvanecerse, y una voz interna, muy tenue, me pregunta si me acuerdo de los banderines. Es una pregunta que aparece cada tanto, invasiva como una notificación en el teléfono.

Contra México todo es diferente. La antena ya está afuera, y los cortes de la reja quedarán como una cicatriz para la eternidad. Estamos listos para cruzar el Rubicón. Y vaya si lo cruzamos.

Después de la euforia y el desahogo, llegan las preguntas pensando en el próximo partido, que podría ser el último.

—Lupe, ¿qué estabas comiendo cuando hizo el gol Enzo Fernández?

Y empiezo a anotar.

Salgo a recorrer todos los chinos del barrio antes de cada partido para comprar unas galletitas de arroz con gusto a angustia y un queso crema Ilolay con tapa roja. El de tapa verde no.

Antes del partido contra Polonia, sueño de nuevo con los banderines: las manos de mi vieja —el abrazo que más extraño— cortan un pedazo de torta y ella me pregunta si quiero más. Y yo digo que sí, desesperado. Pero cuando como, siento un gusto a hostia: la nada misma. Y me despierto pasado de decepción.

Después del penal atajado, Lupe quiere dibujar. Me habla.

—¿Es así, papi?

—El martes —le contesto yo automáticamente, sin saber de qué me habla.

En el entretiempo me pregunta si puede hablarme. Me sacude saberme ausente para ella y le digo que sí. Que por supuesto.

—Mirá, papi: te hice un dibujo. Un gol de Argentina.

Me da ternura, pero, a decir verdad, no puedo conectar con otra cosa que no sea el miedo a revivir la tristeza de 2002, cuando nos quedamos afuera con Bielsa. Le agradezco sin mirarla y me cebo el mate número doce mil del día. Pero en cuanto Alexis pone el 1 a 0, busco su mirada con desesperación.

—¡Lupe! ¡Lupe! ¡Mirá! ¡El gol! ¡El gol que dibujaste!

Me mira sonriente desde la altura de su inocencia. No sabe que yo ahora miro sus manos con la fascinación del dueño de un taller clandestino, decidido a ponerla a fabricar dibujos de goles en serie: un sistema fordista de producción de felicidad.

—¡Hacé otro! ¡Otro gol!

Y lo hace. Y viene el gol de Julián y mi casa explota de alegría, gritos y coqueteo con el esoterismo infantil ilustrado.

Para el partido contra Australia, tomo decisiones mucho más arriesgadas: compro un bloc de hojas nuevo y la siento a Lupe en su mesita de dibujo, en el centro del living, como si fuese un pernil en el medio de una fiesta.

—Dibujá si querés —le digo con falso desinterés.

Y ella empieza a dibujar. Una casita, un pajarito… Le pregunto si no quiere dibujar a Messi, y me dice que bueno.

—Para vos, papi.

Y me da mi amuleto. Aunque me encantaría que funcione, ¿cuántas coincidencias puede haber antes de que se caiga una teoría? Entonces va el rosarino y pone en valor los trazos infantiles de mi pequeña hija mayor. Y cuando hace el gol, alzo a Lupe en mis brazos, sabiéndome dueño de la gallina de los goles de oro, padre tutor o encargado de una deidad del deporte y de la profecía. La beso, la abrazo, le agradezco y, solapadamente, la mando de nuevo a su puesto de trabajo. «Un dibujo más». Y Lupe dibuja.

—Otro gol, papi.

Y entonces, Julián. Y todo es fiesta. Nos reímos. Agus, mi hija menor, no entiende del todo qué pasa; se ríe, llora, pide teta, se hace caca, todo junto en lo que dura la repetición del gol.

—¿Dibujás otro, Lu? —pregunto cebado.

Y así llega la confirmación: acá no hay ni superpoder, ni magia, ni nada; esto era ciencia pura. La nena sabe algo.

—Tomá. El último gol que dibujo —me advierte con el cansancio del obrero sobre el fin de la jornada laboral.

Pero cuando miro el dibujo, noto que usó el lápiz amarillo. Un gol amarillo… Y entonces descuenta Australia, el equipo de camiseta amarilla…

Terror. Siento que va a intervenir la DEA y me van a arrancar a mi hija de los brazos porque sus trazos tienen el poder de hacer que pasen cosas a 13.279 kilómetros de distancia de donde se está jugando el mundial.

Intento tranquilizarme. Acaban de terminar los octavos de final. Mi mujer me mira con fascinación antropológica: sabe que está ante alguna clase de ser vivo capaz de conmoverse por cosas inexplicables, y al mismo tiempo ve cómo se forja un vínculo padre-hija en medio de un mundial.

Catar 2022 es, en los papeles, el primer mundial que Lupe recordará. El de Agus será el próximo, todavía no tiene dos años. Pero la de Lupe, casi siete años, es una edad maravillosa para ver a la selección pasar de ronda.

Después hay partidos extraños, en los que Lupe no quiere dibujar. Su actitud infantil hace que estemos peleados en cuartos y en semifinales. De la guerra contra los holandeses recuerdo solo el corte de luz —y mi generador eléctrico tapando las voces de los relatores—, el asado pospartido bajo el diluvio, las cervezas que tomo para calmar la garganta, y no mucho más. Y contra los croatas es casi una decepción: nos hemos preparado a reglamento, solo con los colores de Argentina para evitar sorpresas como la de Australia, sentado cada uno en su lugar con su camiseta, bañado en el momento exacto… Y nada de eso hace falta.

Pero ahora estoy muerto de miedo: en tres horas se define todo. No estoy mentalmente preparado para vivir en un país que les grite «fracasados» a un grupo de pibes que nos puso a pensar, casi por un mes, en que es posible ser felices de forma colectiva. Tan simple como eso: que, de repente, podamos estar hablando todos de lo mismo al menos por un rato. Las calles están tapizadas de buenas

intenciones; «pase usted», «no, pase usted». La gente no se enoja en la cola del supermercado, ni en los semáforos en rojo ni en los trámites ante el fisco. Por un tiempo —lo que dura esta burbuja entre el gol de Messi a Arabia Saudita y esta mañana previa a la final contra Francia—, el curso de la historia del país en el que vivo es distinto: todos queremos ser mejores personas. Y me asusta perderlo todo. El all-in, como en el poker, puede salir mal.

Me aferro a mis caprichos, mis sostenes emocionales, mis cables a tierra y mis creencias. Dos horas antes, miento: digo que tengo que ir a cargar nafta y me voy a Tierra Santa.

Tierra Santa es, para mí, el Hospital Evita: ahí nació Maradona hace más de sesenta años. Quiero ir a contarle lo que está pasando. Ahí también nació mi vieja: hoy estaría preparando otra torta con banderines. Me quedo un largo rato en silencio. «Nació acá», dice una pintada con la cara del Diego. Miro un poco al cielo… Se me hace tan esquivo darles un lugar físico a los muertos. ¿Dónde andan? ¿Cómo se explica que no estén? ¿Hacia dónde miro cuando extraño? Por lo general, hacia adentro.

Saco unas fotos, me pierdo en un mural hecho con venecitas: es la cara del Diego en la época de Cebollitas. Recuerdo haber leído sobre aquel equipo en alguno de todos los libros de Diego que tengo en la biblioteca. Me acuerdo, también, del campeonato que ganaron por primera vez en Río Tercero. Me acuerdo, entonces, de Río Tercero, mi patio de infancia, la ciudad donde escribí mis primeras historias, y conecto enseguida con los banderines

de la torta que cocinó mi vieja aquella tarde de campeones en esa ciudad del interior.

Ahora es otra historia. Minutos antes de que empiece la final, tengo que amigarme con Lupe y hablarle de igual a igual.

—Lupe, es importante que hagas esto que te pido —empiezo.

Ella me abraza y me dice que sí. Y yo corro a montar su base de operaciones en el centro del living. Desde ese momento, le ruego a Lupe para que me haga un dibujo de gol.

Lupe dibuja un gol. Hace otro dibujo, otro gol. Y después no quiere dibujar más. La entiendo: vamos ganando dos a cero, no quiere desperdiciar su magia en cosas innecesarias. Pero en el alargue vuelvo a rogarle, y ella dibuja otro más. Y cuando nos vuelven a empatar, la miro a los ojos y le hablo, ya no como un niño atrapado en el cuerpo de un adulto con ilusión de ser campeón, sino como garante de la felicidad de un pueblo entero. Me arrodillo y suplico:

—Guadalupe, miráme a los ojos: necesito que hagas otro dibujo.

Baja la vista, se corre de mi radar y se pone a dibujar.

—Tomá, el último de todo el mundial. Ya no dibujo más goles.

La odio. Por primera vez, experimento un sentimiento de bronca hacia mi hija. No puedo creer el nivel de desilusión al que estoy enfrentándome. Mi hija, mi primogénita, la luz de mis ojos, no es capaz de hacer algo que yo necesito.

—¿Qué es esto, Lupe? —le pregunto indignadísimo.

—Una atajada —me contesta con cara de hartazgo. Y se va.

Después viene Kolo Muani, el Dibu se vuelve leyenda, llegan los penales, Montiel, cinco millones de personas festejando en el Obelisco y un pueblo entero sintiendo propia y unánime la felicidad como nunca antes.

Desde entonces ya sé hacia dónde mirar cuando quiero hablar con los que me faltan: están ahí, dando vueltas entre nosotros. Y a veces nos hacen felices.

Inadaptado silvestre

◎

Carlos Gardel 928, departamento 3

Lanús

Es 2008 y estoy en San Pedro cebando el primero de una serie entrecortada de mates amargos. Recostado en el pasto, la cabeza apoyada en la panza de Ro y el Paraná haciéndole cosquillas a la playita artificial. Abro un libro y empiezo a leer en voz alta, aprovechando que todavía no nos merodean criaturas. Aún no sé que la parca ha decidido pasar el fin de semana conmigo. Pensándolo bien, no tenía ganas de descubrir en ese momento cómo se siente asfixiarse, pero a veces no hay opción: la muerte está ahí, zácate. Te la da cuando estás distraído, con la guardia baja.

Las pausas entre capítulos son la excusa perfecta para mejorar la tarde. Acomodar la yerba, calentar el agua, mordisquear un bizcocho, robar un beso; mirar a Ro a los ojos. Todo muy lindo, hasta que siento la quemazón de una picadura en la axila de la pierna, ese hueco sin nombre popular ubicado atrás de la rodilla. Al principio, le resto importancia. Hago un ademán y me rasco. Noto un pequeño sarpullido rojizo y algo de picazón, pero sigo leyendo, concentrado y en voz alta, como si nada.

Cuando la historia que estoy leyendo se pone realmente interesante, llega el ataque definitivo. Al unísono, cuatro picaduras ardientes y punzantes se cuelan rápidamente dentro del torrente de sangre del dedito más chico de mi pie izquierdo.

—¡Ay, la reputísima madre que me parió! —protesto.

Y ahí las veo: cuatro hormigas rojas endiabladas mordiendo mi dedo con el mismo fervor que un perro callejero revienta una bolsa de basura con restos de asado.

Ro me mira sorprendida. Quiere saber qué me está pasando. Y cuando quiero explicarle, me invade una ola de calor picante. En silencio, cierro el libro como quien da un portazo a un taxi en el que fue maltratado y empiezo a transpirar.

La verdadera picazón llega después: primero un hombro, luego las rodillas, más tarde el cuello. Me pica todo el cuerpo, pero no quiero dar señales de debilidad ni confirmar que estoy a punto de arruinarnos el fin de semana. Me aguanto, como esos personajes que quieren disimular un tic nervioso y lo empeoran.

Entonces me paro y siento un mareo débil. Miro a Ro a los ojos y le digo que mejor me voy a dar una ducha. Que de tanto sol, ya tenía demasiado calor.

Lo que pasa después solo puedo explicarlo uniendo retazos de recuerdos, comentarios y fotos.

Camino algo más de media cuadra hasta llegar al pedacito de sombra donde está estacionado el Clio. Ahí tengo todo

lo necesario para bañarme. Cuando llego, Ro pega un grito suave:

—¿Estás bien, Gor?

Me doy vuelta para contestarle que sí, que está todo bien, pero no puedo hablar. Mi voz suena como un cassette con la cinta enganchada; como un disco de vinilo a menos revoluciones. Cuando en una película alguien está a punto de desvanecerse, se utiliza ese recurso: la voz sale lánguida y lenta, y eso es exactamente lo que me está pasando, pero no estamos en ningún set de grabación.

Me miro en el espejo del auto: tengo toda la cara roja, tanto como los dedos martillados de un carpintero principiante. Manchas rojas en toda la cara, la voz que se apaga y un andar tembloroso. Es evidente que la muerte está a punto de picarme el boleto. Corro hasta el baño del camping y empiezo a arrancarme la ropa para meterme en la ducha, creyendo que eso mejorará algo. Sin embargo, la situación se agrava.

Dos minutos más tarde estoy desnudo, con la cabeza llena de shampoo. Un guardavidas se acerca a intentar salvarme, está dispuesto a cualquier cosa.

—Hola. ¿Cómo estás? Me llamo Martín. Primero que nada, quedáte tranquilo. Estás por entrar en shock. Yo sé reanimación cardiopulmonar y respiración boca a boca. Te voy a salvar —me dice para intentar calmarme. Algo que, obviamente, causa el efecto contrario.

Así, en bolas, mojado y tembloroso, lo veo acercarse a mí y pedirme que abra la boca. El sentido auditivo me funciona bien, pero no puedo conversar. Abro grande la

boca y él me da un mensaje de aliento certero y necesario:

—Se está cerrando la glotis, hay que hacer algo ya porque puede ser mortal —dice como para distenderme.

Entonces, me desvanezco.

Las próximas tres escenas componen una misma obra a la que llamo «Inadaptado silvestre», y responde a la historia de un hombre que se crio descalzo cazando langostas y jugando con víboras en el medio del campo, en el corazón de un país que queda en el culo del mundo, y que ahora, viejo y civilizado, rodeado de edificios en la gran ciudad y el confort capitalista, no resiste la picadura simultánea de más de dos hormigas coloradas.

En la primera escena, estoy acostado en una ambulancia, en un camping de la ciudad de San Pedro. Me están inyectando una garrafa de Decadron para que vuelva a respirar con normalidad y me hablan pausado.

—Tranqui, estás conmigo —repite Ro una y otra vez.

Entredormido, hago contacto visual con una médica que tiene una jeringa usada en su mano izquierda.

—Yo creo que vas a estar mejor —pronostica.

En la segunda escena, estoy con el Dr. Malbrán en su consultorio frente al Obelisco porteño. Es un alergista de renombre que me explica que algo en mi sistema inmunológico mutó y que, desde ahora —y para todos los días que me queden—, voy a tener que protegerme de la picadura de este tipo de insectos. Quiero saber por qué, y me responde con las palabras que no quería escuchar:

—Es que un ataque de estas hormigas podría matarte —subraya.

—Bueno, no creo que sea para tanto —digo con la tozudez del que no quiere aceptar.

—Es.

La tercera y última escena es recurrente, sucede cada vez que viajo a algún lugar inhóspito, una playa paradisíaca en un rincón del planeta o un campo alejado de la civilización. Ahí estoy yo, barbudo, canoso y alérgico, comprando una inyección de epinefrina que tengo que llevar conmigo a todos lados por si la cosa se pone picante y las hormigas corren el rumor de que pueden voltear al gigante si abandonan el hormiguero al mismo tiempo. Si eso ocurre, tengo que inyectarme esta droga intramuscular como en las películas: romper el envase, arrancar con los dientes el capuchón que cubre la aguja y perforarme el muslo con cara aguerrida y muchísima velocidad, pues tengo apenas unos minutos para llegar a un hospital y ser atendido.

Después de aquella tarde, nunca bajé la guardia. Las suelas de mis zapatillas se volvieron genocidas de hormigas, y mis ojos caminan por el campo de batalla buscando al enemigo en cada pícnic, cada vacación, cada paseo a la plaza. A veces sueño que estoy en medio de un hormiguero repleto de hormigas asesinas y me despierto tembloroso, sin poder hablar, poseído por la picazón en todo el cuerpo. Entonces abro el cajón de mi mesita de luz, veo la jeringa intacta y le ruego que nunca me abandone.

La libreta

◎

José Mármol 53

Lanús

Media hora pasó desde que sonó el despertador, y ya sé que el día va a ser una mierda: pasé la noche entera girando de un lado al otro, puteando por haber postergado la consulta al dentista. Tengo un dolor criminal en una muela de juicio que me quieren confiscar desde hace veinte años y vengo escapando de eso. No hay soluciones mágicas. Me recetaron una falopa sublingual para anestesiar ballenas que algo me calma. Anoche tomé dos y camino aletargado.

Voy en calzones hasta el baño, agarro el cepillo de dientes y encaro hacia la cocina a poner el agua para el mate. Viendo la escena desde afuera, parezco un adolescente eterno: tengo un rodete deforme que nació en pandemia, las piernas llenas de tatuajes y un calzón con dibujitos. «Debería dejar de crecer y empezar a madurar», pienso cada tanto, pero nunca lo hago. Sirvo la yerba en el mate directamente desde el paquete; un poco cae adentro y otro poco en la mesada. Con el canto de la mano derecha, desparramo los palitos de yerba hasta la bacha de la cocina y lleno el termo con agua caliente.

La nostalgia se me cuela en las tripas, extraño muchas estupideces desde que cumplí cuarenta. Siento cierto romanticismo al recordar los mates que cebaba mi abuela, con la llama al mínimo y la pava acurrucada como un gatito al costado de una estufa. Siempre templada, sin las sorpresas de las pavas eléctricas, que tienen tres temperaturas: helada, natural, lava. «Con opción para mate», decía la caja de la pava Moulinex. Hecha en China, como el mundo desde hace años. Mientras me relamo la muela, pienso en un chino vestido de gaucho diciendo cómo se tiene que tomar el mate; me parece una imagen digna de anotar en la libretita verde que lleno de principios de historias que nunca escribo. Son disparadores, balas de salva que no lastiman ninguna hoja en blanco. Y ahí voy, postergando el momento de vestirme, a buscar una birome para anotar esto que, mientras lo escribo, me parece estupidísimo, pero cuando lo pensé me había causado gracia.

Me muevo con mate, termo, anotador y birome hasta la mesa de la cocina. Antes de anotar esa frase disparadora, el germen de una historia que me dé placer releer, el fragmento que encadene tres o cuatro ideas que me gusten, cebo un amargo, beso suave la bombilla y dejo el mate humeando sobre la mesa. Destapo la birome y veo que está reventada, pero ya es tarde: tengo pulgar, índice y mayor repletos de tinta azul. Anoto como puedo «chino, gaucho, temperatura, mate», y cuando estoy por seguir garabateando con mi letra de colegio industrial, quedo atrapado en mi torpeza genética: tiro el mate —un torpedo uruguayo con treinta y dos kilos de yerba y cinco litros

de agua— y me quemo el pecho, la panza y los huevos, en ese orden.

Finjo templanza de samurái para evitar despertar a mis hijas, no quiero pensar en lo que estoy pasando mientras lloro lágrimas de Platsul. Intento justificarme con el hecho de haber dormido mal, saco a la luz al angelito bueno, que me susurra al oído que no soy tan pelotudo, que le puede pasar casi a cualquiera; pero nada me calma. Me miro el pecho: tengo una mancha roja del tamaño de una pelota de tenis en el medio de las tetas. Si mi cuerpo fuese un mapa, la quemadura sería un océano; desde ahí, río abajo, nace un brazo que recorre los rollos de mi panza —la que creció cuando dejé de fumar y nunca más se fue— y desemboca en cada uno de mis huevos, debajo del bóxer de dibujitos.

Me odio: me vaciaría el termo completo en la cabeza. «Tengo que dejar de flagelarme cuando me equivoco», pienso, pero no me interesa cumplir. La frecuencia con la que hago este tipo de estupideces me costó horas de diván y muchas copas de vino con amigos en las que pregunté si, efectivamente, no tengo algunos cables húmedos en el hormiguero donde nacen las órdenes que mi cabeza le da a cada parte de mi cuerpo.

Corro a darme un baño de agua helada. Mientras me enjuago, me acuerdo de cada uno de los accidentes domésticos que tuve y pienso que este no llega ni a octavos de final, que no debería amargarme. No le hace mella a la vez que me caí en un tanque de agua. Ni a cuando me patiné en la estación de Constitución a las siete de la mañana

de un lunes y la gente me saltaba como si fuese un animal muerto. Ni al día en que subí una escalera corriendo, me pisé los cordones y terminé cuatro escalones más arriba, cabeceando a una señora que subía agarrada de la baranda y desafiando la teoría de la gravedad. Ni a la vez que se me cayó el celular y quise frenarlo con el pie y le pegué tal patada que lo reventé contra una vidriera en preparación en una galería de Microcentro. Ni a la vez que…

Pero acá estoy, untándome el pecho, la panza y los huevos con una crema para quemaduras, suplicando que no se me hagan ampollas, que las curaciones duren poco y que me duela menos. Y cuando siento que me calma, así de inoportuno, vuelve a tocarme timbre el dolor de la muela de juicio. Me miro en el espejo, me ato el pelo, pongo cara de payaso: «Es lo que hay», pienso. Y me mando otra sublingual, sabiendo que voy a ir al dentista amordazado o no voy a ir: «Ya no caigo en la trampa de sacar una muela para que no duela más adelante», pienso y reafirmo mi estupidez.

Quiero llorar y sé por qué. Voy juntando la ropa, limpio la yerba, vuelvo a calentar el agua, y vuelve a hervir. Afuera el día es horrible, pero tengo que salir igual. Me asomo a mirar el cielo. No sé bien por qué lo hago, pero es algo que aprendí de los viejos cuando vivía en el campo. Estaban haciendo algo y, de repente, se iban a otro lado. En una película, la cámara dejaría de filmar la escena y se iría detrás del viejo para mostrar algo que está por pasar. Entonces —decía—, en el campo los viejos miraban el cielo un rato, en silencio, y después volvían, y

todos hacían silencio para escuchar su diagnóstico: «Va iové, nomá'», decía don Villafañe, el viejo de la carnicería. Cuando acertaba, se quedaba un ratito parado bajo el agua, como recibiendo su trofeo. Y al que pasaba lo miraba con cara de «y si io dije qu'iba iové»… Y después de ratificar su acierto, se iba para adentro, empapado y ganador. Y cuando erraba —siete de cada diez veces—, contaba la historia de los vientos y la capacidad que tienen para cambiarlo todo. «Vai ve, vo', 'taba pa iové y de yepente, pum, el viento lo ha cambiao todo». El viento siempre era la coartada. Y yo, sin saber bien por qué —decía—, salgo a mirar al cielo mientras termino de untarme este ungüento espantoso que compro por toneladas cada vez que me quemo. Me cuelgo un rato con la vista perdida en unos nubarrones, los contemplo pensando en el viejo Villafañe, y mientras me voy yendo en fade hacia un estado de calma —cuando la quemadura cede, la droga para la muela hace efecto y empiezo a hacer las paces con mi incompatibilidad para las actividades motrices—, un pájaro inmenso me caga en la frente. No el hombro, ni el pelo ni un pie. La frente. Siento el mensaje humillante de la naturaleza y me desdibujo. Me hago chiquito como una marioneta a la que le cortaron las cuerdas. Quiero llorar de bronca y hago lo único que me sale ante la tragedia cotidiana. Camino unos pasos, agarro una birome, mi libretita verde y anoto en otro renglón algo sobre lo que quizás nunca escriba, o sobre lo que tal vez escriba hoy: «pájaro, mierda, frente».

Sobreviviente del presente

◎

Paso 1015
Lomas de Zamora

Todos podemos identificar, más o menos, en qué punto se corta el hilo de la infancia: hasta dónde dura. Y, como pasa con las mejores cosas de la vida —las vacaciones, el aguinaldo, el atardecer sobre el mar, el vino bueno—, queremos que nunca termine. La infancia debería ser, por escándalo, el mejor momento de la vida. Hay personas que se ocupan de alimentarte y de pagar tus caprichos. Te llevan y te traen de lugares. Piensan en vos más que en ellos mismos: si un día te caés, hay una red que te ataja, como en el circo. A mí, las cuerdas de esa red se me empezaron a deshilachar a los doce años, en el momento exacto en que cruzamos un cartel gigante sobre la ruta 9 que decía «Buen viaje, gracias por su visita», a la salida de Río Tercero, la ciudad donde crecí.

La trompa del auto cargadísimo de bártulos apuntaba hacia Buenos Aires, y adentro viajaba una familia rota. Mi viejo, con el telegrama de despido todavía tibio, frenó el auto al costado de la ruta, antes de pasar el cartel, consciente de que, después de cruzar esa línea imaginaria

sobre el asfalto, la vida se volvería una mierda. Otra mierda. Fue la primera vez que vi a mis viejos y a mis hermanas llorar al mismo tiempo, y yo también me quebré. Y cuando finalmente puso primera y comenzamos a recorrer esos setecientos y pico de kilómetros que conocíamos de memoria para volver a Buenos Aires, se me empezó a desgranar la infancia.

Llegué a Buenos Aires con doce años, y una semana más tarde estaba formando fila en un colegio técnico con mil doscientos alumnos desconocidos. Nunca había visto ninguna de todas las caras a mi alrededor. El cambio fue bestial, como los hierros al rojo vivo que se sumergen en líquidos helados para templarse. Pasé de jugar con muñequitos de He-Man y andar en bicicleta a rodearme con pibes de mi edad que fumaban como pequeños James Dean, pichones de reos desesperados por transgredirlo todo. Y yo, por dentro, seguía siendo un nenito: un metro cuarenta y dos centímetros de altura, decía sobre mí la libreta de comunicaciones en la parte de los datos de salud. Un cachorro.

Cada vez que salía, por fin, de las fauces del industrial, caminaba cuadras y cuadras enteras para esquivar la desgracia de pagar un boleto de colectivo. Y en ese camino, como la caricatura del primate que se convierte en humano, iba recobrando los rasgos infantiles, volvía a sonreír con luminosidad, pensaba en mis pequeños amiguitos cordobeses mirando los dibujitos o jugando a la pelota

en el campo de eucaliptos: desconectaba todo lo rápido que podía de la idea cruda de crecer como un hijo más del no future de los años noventa en Buenos Aires. En ese momento no lo sabía, pero era un ejercicio casi mecánico de resistencia para conservar las raíces: comerme las eses, pronunciar mal la erre, contar chistes verdes, elogiar la Pritty, sentir nostalgia de los criollitos. Todos esos rasgos me explicaban y, además, condensaban mi infancia. Y yo quería conservarla.

Podría haber seguido así algún tiempo más, pero el tres de noviembre de 1995 el corte fue total y de raíz. Ese viernes volví del colegio como siempre, dejando atrás algunas escamas del disfraz que usaba para moverme entre reos menores y pichones de matones con los que compartía pupitre. Paseaba un tablero de dibujo técnico gigante con el mameluco azul engrasado que usaba los días de doble escolaridad en el taller donde nos enseñaban a soldar y a fresar. Apenas puse la llave en la puerta de la casa que nos recibió en Buenos Aires, escuché el llanto ahogado de mi vieja: «Se murió la abuela», pensé. No tenía todavía la capacidad de imaginar escenarios trágicos, así que fui a lo clásico: una señora mayor que viene de enviudar, que no se recupera de la angustia de nombrar en voz alta a su compañero de vida y se arruga como pasa de uva, aparece muerta algunos meses más tarde que su gran amor.

Entré con andar forense, examinando: seguí el ruido del llanto y encontré a mi vieja petrificada, mirando el televisor Sanyo que habíamos comprado para ver el mundial de Italia 90 y que había sobrevivido a la mudanza. Estaba

a punto de darle consuelo cuando giré la cabeza hacia la pantalla y, entonces, entendí. El zócalo de Nuevediario decía que había habido una explosión en la Fábrica Militar de Río Tercero, pero las imágenes no se parecían a las de mi pueblo.

Lo primero que pensé fue en la guerra del Golfo —estábamos en los albores del prime time de noticias—, la primera masacre global televisada en vivo y en directo, porque en el tele veía paredes derrumbadas, autos rotos, gente corriendo de un lado a otro, gritos de desconcierto. Pero en el zócalo seguía parpadeando «RÍO TERCERO. ENVIADO ESPECIAL». Y cuando finalmente mostraron mi barrio partido en pedazos, me derrumbé.

Aprendí rápidamente palabras que no conocía: «onda expansiva», «esquirlas», «espoleta», «ensayos militares», «ministro de Defensa», «corrupción», «desvío ilegal de armamento», «mafia», «Carlos Corach», «Croacia». Un señor con barba candado transmitía desde la plaza donde yo había estado jugando hasta hacía un rato. Relataba una tragedia sin precedentes. Recorría el lugar asustado y, cada tanto, se refugiaba ante un estruendo. Esa que estaba ahí había sido mi casa alguna vez. De pronto, la transmisión se cortó: la pantalla fundió a negro y todo se volvió silencioso.

Mi vieja volvió en sí y se limpió las lágrimas con el repasador que le colgaba de la cintura.

—Dejé algo en el fuego —mintió. Fingió no estar llorando y se fue de cuadro.

Yo estaba paralizado. Volví mentalmente al barrio donde crecí, recorrí sus rincones. «Entre esos dos árboles perdí

una pelota de cuero con los colores de Boca; ese vidrio lo reventé de un piedrazo y me hice el boludo; ahí me partí el fémur en dos y estuve siete meses sin caminar». Y mientras hurgaba entre mis recuerdos, hice fuerza para rememorar los estruendos que solía escuchar durante mi infancia. Conservo en la memoria las primeras explosiones: «¿Y eso qué fue?», le pregunté una vez a mi viejo. Y él respondió con naturalidad que, seguramente, algún ensayo de la fábrica militar. Como pasa con las manchas de la piel, el tiempo hace que uno deje de percibirlas. Éramos conscientes de esas explosiones solo cuando nos visitaba algún pariente que nunca había ido al pueblo y repetía aquella pregunta: «¿Y eso qué fue?». Y entonces alguno le explicaba.

El tres de noviembre de 1995 fue la primera vez que sentí pánico. Lo supe muchos años más tarde, mientras partía en cuatro una pastilla para metérmela debajo de la lengua y darle de comer a la angustia de no ser de ningún lado, de no tener un lugar al cual volver, un camino por el cual pasar y decir «uy, mirá, acá pasó tal y cual cosa». Ese tiempo —tan corto y tan hermoso— durante el que uno ignora todo había quedado demasiado lejos; y, cada tanto, se me aparecía en sueños, en caminatas, con amigos. Y en cualquier lado, algo en mi cuerpo percibía el miedo, un terror inexplicable, muchísimos años antes del diagnóstico de moda: «Ah, sí, debe de ser pánico». Siempre hago el chiste de que soy tan ansioso que tuve problemas de ansiedad antes que el resto. Muchos años más tarde, sentado en un sillón incómodo para hablar con alguien que

cobraba por escucharme y hacía de cuenta que anotaba las cosas que yo repetía cada semana, tuve una revelación: hay una herida abierta en algún rincón de mi infancia.

A Río Tercero, yo siempre le dije «pueblo». *Mi* pueblo. Me contaba y ordenaba: me hacía sentido. «En mi pueblo…, tal cosa», empezaba cuando me preguntaban de dónde venía. En rigor, es una ciudad, pero para mí siempre fue y será un pueblo, como para nuestros padres siempre seremos criaturas. «¿Cómo se llama…? ¿Río Tercero? No, ni idea, no lo conozco», me decían siempre que nombraba al pueblo.

Pero desde el tres de noviembre de 1995, los diarios, las radios y los canales de televisión se encargaron de contar de dónde provengo: ya no quedarán personas sin saber dónde queda mi pueblo.

Por alguna razón, esa tarde había vainillas y leche a la hora de la merienda, una comida que habíamos estado salteándonos desde que estábamos en Buenos Aires. Siempre pienso que una de todas las cosas que nos dejamos en Río Tercero son las comidas. Todavía era muy chico para entender a mi vieja cuando decía que, otra vez, se había olvidado de comprar Nesquik o a mi viejo cuando decía que había ido al almacén y ya estaba cerrado. Les pasaba muy seguido.

La semana anterior habíamos comido ñoquis. Repetíamos el ritual cada veintinueve sobre todo porque los ñoquis eran baratos. Aquella vez los había amasado mi vieja usando los restos de dos paquetes de harina que tenía por la mitad, y cuando nos sentamos a comer mi viejo trajo

un billete para poner debajo del plato. «Compartí el billete con tu hermana, que todavía no lo tuvo», me dijeron. Era el único billete de la casa, y lo fuimos pasando de plato en plato, un ratito cada uno.

El día que nos enteramos de lo de Río Tercero, después de que se cortara la transmisión, mi vieja sintonizó Radio Colonia en la cocina. Habían pasado ya algunas horas mientras yo sumergía las vainillas en un tazón con leche. La radio sonaba bajito, como para que yo no la escuchara. Se tragaba el llanto, mi vieja. Nunca había tenido problemas con el escándalo y con la angustia, pero ahora se moderaba: esa angustia no era solo suya. Cuando me acerqué, empezó a contarme que, en la época de los milicos, Radio Colonia era una forma de saber desde afuera qué estaba pasando adentro.

Alguien hablaba con alguien: eran dos voces tecnológicamente lejanas. Una, en un estudio en Buenos Aires, conversaba con otra que caminaba por las calles de la ciudad donde aprendí a leer, a escribir, a andar en bicicleta y a ser. Pensé en mis amigos: no tenía cómo comunicarme con ellos. Cada tanto nos mandábamos algunas cartas, pero la correspondencia se volvía bastante lenta como para ser constante, y el vínculo se estaba yendo en fade. A veces soñaba que regresábamos al pueblo, agarrábamos la San Martín, doblábamos en Yatasto, estacionábamos la rural amarilla, bajaba del auto y entraba al barrio desesperado en busca de mis amigos para retomar nuestra amistad donde la habíamos dejado, y los veía más grandes, desproporcionadamente altos, con voces graves que recién

empezaban a mutar. Y los saludaba, pero no me reconocían. Seguían siendo sin mí.

Con el ruido de fondo de las explosiones en la radio, pensé en muertos arrumbados debajo de alguna pared reventada por una bomba. Imaginé pequeños ataúdes infantiles para nenitos de doce años que todavía no pegaron el estirón, yendo en caravana hacia el cementerio del pueblo. Eso pensaba mientras la violencia de la explosión empezaba a borrarme todos los recuerdos de esos años de infancia.

Entonces volvió la imagen al tele. Algo en el vía coaxil se había desconectado, pero ya estaban de regreso, avisaban desde Buenos Aires. «Las imágenes hablan por sí solas», decía César Mascetti en Canal 13. Lo habían llamado de raje para hacer un especial, y ahí estaba, a medio peinar. Mostraban en loop a algunos maestros que les hacían upa a nenes en el colegio donde habría debido estar sentado yo en ese momento si no fuese porque, hacía algunos años, Menem había habilitado la privatización pornográfica de cualquier cosa a la cual se le pudiera poner precio. Así fue que Bunge & Born había aprovechado la promo, comprado la fábrica donde laburaba mi viejo y mandado a él —y a cientos de compañeros— un paquetito de plata, un telegrama de despido, y si nos vimos, no te conozco. Las cámaras también mostraban mi club: el 9 de Julio empezó a ser un refugio contra las bombas que llovían desde el cielo riotercerense. A esa hora, si nunca nos hubiéramos ido, mis hermanas habrían estado en sus clases de gimnasia. Podía imaginar en la avenida San Martín las huellas

de la Zanellita con la que mi vieja nos llevaba a la escuela los días de frío: por esa calle pavimentada de municiones y granadas habríamos estado volviendo a casa. Lo que veía en la tele eran los primeros videos de mi ciudad que vi en mi vida. Miraba con fascinación de coleccionista, reconociendo los espacios y sintiéndome un sobreviviente.

Pero quedarían heridas.

Salí y busqué un teléfono público, pero era imposible comunicarse con cualquier número que empezara con la característica de Río Tercero. Marcaba cero, tres, cinco, siete, uno, y después completaba con números al azar: ninguno sonaba. No daba tono de ocupado. No había nada. No había.

Los días siguientes a la explosión fueron raros: como pasa siempre que aparece la tragedia, algo en la psiquis de las personas necesita llenar todo de cuestiones absurdas hasta llegar al orden. Como las risas de los velorios o el chiste sobre el muerto a la hora del café, hay que pavimentar la tragedia con estupideces para poder construir un sentido sobre ella. En casa, pasamos los días, las tardes y las noches viendo imágenes de la ciudad, nuestra ciudad. Nos enteramos de que los nuestros estaban a salvo, y de a poco volvieron los problemas cotidianos y regionales.

Crecimos. Mis hermanas empezaron a tener tetas y a hablar por teléfono a escondidas; mis viejos, a tener canas, y yo pegué un estirón desmedido. El menemismo nos corría desde atrás con la voracidad de un pacman después de

comerse la pastilla grande. Escapábamos como podíamos de la selección natural planteada por la década salvaje. Todo se fue desgranando y nos convertimos en sobrevivientes del presente, en escapistas de la tragedia moderna.

Cada tanto, siento la fantasía de volver a donde «fui», porque solo somos algo en los lugares donde sentimos felicidad. Volver a la plaza donde conocí el equilibrio sobre la bici cross, a la cancha del polideportivo para intentar hacer goles en el arco del lado de los eucaliptos, a poner canciones prohibidas en la radio del colegio. Pero sé que no puedo: desde el momento en que explotó mi infancia, convivo con la nostalgia de saber que no hay ningún lugar al cual volver. Ahí ya no estoy, ya no soy.

Nunca sabemos del todo cuándo cambiamos de etapa en la vida: hay una nebulosa medio rara e indeterminada en la que dejamos de ser adolescentes y pasamos a ser jóvenes, y otra más o menos parecida, marcada por dolores nuevos o cicatrices que nos vuelven adultos. Pienso que el límite entre ser un nene y dejar de serlo también debería funcionar así, en transición inexacta. Pasar de un ámbito a otro con la serenidad del pececito nuevo de la pecera, que llega en una bolsita con agua y, recién cuando se aclimata, se suma al resto del cardumen, evitando la brusquedad del cambio.

El tres de noviembre de 1995 murieron personas en el pueblo donde crecí, y nacieron toneladas de juicios y denuncias y demás pataleos que el tiempo se ocupó de archivar en el olvido colectivo. Entre las víctimas de aquella

mañana de primavera en que intentaron borrarlo todo, cuento siempre al nene que fui. Desde entonces, llevo la cicatriz de haber perdido la infancia de golpe.

Epílogo
Cuatro mensajes delirantes

◎

José Mármol 53
Lanús (mi casa)

Estuve un montón de tiempo empantanado en el tránsito de Puerto Madero, esperando que el auto de adelante avanzara, hasta que me di cuenta de que no había nadie manejando. La miré a Ro y, además de decirle «¡qué pelotudo que soy!», le pedí que me ayudara: estaba desesperado. «¿Por qué no te dejás de joder y estudiás periodismo?», me dijo ella, con precisión de acupunturista.

Llevaba más de diez años disfrazándome con traje, corbata, sobretodo y otras estupideces; afeitándome todos los días y viendo mi vida desgranarse en una oficina gris llena de gente que cambiaba su humor según el precio del dólar. Ningún trabajo me parecía peor que el mío, pero, por lo menos, en los momentos libres podía jugar a escribir: ordenaba algunas letras, encadenaba unas detrás de otras, y fantaseaba con la idea de convertirme en escritor.

Había —hay— algo en el mundo de los libros que me atrae desde que tengo memoria. Sueño desde aquellos días

sin canas con que alguna vez me pregunten: «¿Profesión?», y poder contestar, sin dudarlo, que soy escritor.

En esa oficina, en esa época, un día recibí el primer mensaje delirante.

1. Noviembre de 2010: Una revista imposible

Al otro lado del planeta vive un gordo mercedino al que no conozco, pero lo vengo leyendo desde hace un tiempo. Escribe un mail para hacerme una propuesta: «¿Financiarías una revista imposible?». La premisa es tan simple como delirante: reunir un grupo de lectores que quieran financiar una revista sin publicidad, con una versión gratis para quienes no puedan pagarla y al mismo precio en todo el planeta.

Lo primero que hago es reírme en voz alta. Lo segundo, poner los dieciséis números de la tarjeta de crédito y convertirme en uno de los 10.080 que decimos «presente» en el arranque de la aventura.

Ahora es 2015. Mi vida sigue sin parecerse a lo que soñaba mientras el auto de adelante no avanzaba, cuando Ro me preguntaba por qué no me dedicaba a estudiar periodismo y yo fantaseaba con poner la palabra «escritor» debajo de mi nombre en cualquier formulario. Tengo algunos trabajos en diarios fantasmas donde cobro mal y tarde, escribo crónicas para medios que se mueren antes

de nacer y surfeo el cambio de época —mi época— en una tabla de monotributista clase A. Mi vieja se murió el año pasado, Ro está embarazada de nuestra primera hija y, en la búsqueda de la estabilidad familiar, encuentro un trabajo que sirve para parar la olla y convertirme, a fuego lento, en el tipo más infeliz del planeta.

Ese mismo año, sentado en el inodoro del PH que alquilamos, leo en *Clarín* una noticia que me hace abrir los ojos: «El escritor Hernán Casciari sufrió un infarto en Montevideo». Salgo del baño, busco más info. Hace algunos años dejó de publicarse la revista *Orsai*, no tengo muchas noticias de él. Le escribo un correo deseando que se recupere.

Al mismo tiempo, el periodismo se va apagando, los años transcurridos entre la bohemia de vivir haciendo lo que me guste sin importar cuánto gane y el nacimiento de mi primera hija van quedando atrás. Entonces empiezan a aparecer algunos ruidos internos que creía que no volvería a escuchar.

2. Agosto de 2016: Mirá esto, Gordo

Escribo en una libretita con letra torcida: «Esta mañana cargué veintisiete cajas que pesaban cuarenta y seis kilos cada una, llenas de repuestos que se van de viaje por todo el país. En total, levanté mil doscientos cuarenta y dos kilos. Tengo la columna estropeada de hacer fuerza, y hace algunas semanas empecé terapia con un objetivo

bien claro: quiero aprender a resignarme en la transición entre quien quise ser y el infeliz en quien me estoy convirtiendo».

Esta mañana, ocho meses después del episodio cardíaco de Casciari en Montevideo, recibo un mensaje de Ro durante mi hora de almuerzo —que nunca es una hora ni de almuerzo—: «Mirá esto, Gordo». La captura de pantalla es un tuit de Casciari que dice: «Busco corrector para mi próximo libro. Miro candidatos hasta el viernes», y un link a un formulario llamado «Corregime si me equivoco».

«Nah, yo nunca corregí nada», le contesto automáticamente desde la depresión de saberme derrotado, y sigo cargando cajas. Pero algo me queda dando vueltas. Casciari… Orsai… Corregir.

Hago memoria todo el día y cuando llego a casa busco la revista número cinco de la primera temporada, que forma parte de un sector exclusivo de mi biblioteca. En las últimas mil palabras —una especie de disclaimer de Casciari que parece que escribe en joda, pero habla en serio—, dice: «Concurso: El primer suscriptor que encuentre diez errores ortográficos y/o de tipeo en esta edición recibirá un premio de quinientos dólares que cederá gentilmente, de su salario, la correctora de Orsai. Hay tiempo hasta la aparición de la revista número seis».

Estoy estropeado y sé que tengo que hacer algo. Nunca corregí un libro, pero enseguida me acuerdo de la señorita Nelly, una de mis maestras de la primaria; una vieja hecha con un molde raro que me torturó tanto —gracias, Nelly, donde quiera que estés— para no tener errores al

escribir… «Una persona que escribe con errores se comunica con errores», repetía Nelly. Y, entonces, me animo.

Busco entre mis mails y encuentro lo que necesito: después de aquella revista número cinco, yo le había mandado un correo a Casciari en el que le decía que había encontrado más de diez errores. Y que no quería la plata, quería que trabajáramos juntos. Medio en joda, medio en serio, varios años más tarde cito ese correo para decirle, contundente, que no busque más: «Soy tu corrector», escribo.

Con la conciencia limpia de haberlo intentado, pero el alma rota del presente, me voy a dormir. Cuando suena la alarma de las seis y miro el teléfono, veo que hay un mail de él: «¿Para cuándo podrías tener el libro corregido?».

Lo releo varias veces hasta entender que no hay broma en eso. Es la oportunidad que estuve esperando y no la voy a perder. La despierto a Ro, le cuento entredormido y me voy a trabajar. Apenas llego, le escribo un mail ansioso: «No me interesa la plata. Lo hago para cuando lo necesites». A la vuelta de ese correo, hay una propuesta de pago —que no pedí, pero Hernán es así— y el PDF de *El mejor infarto de mi vida* para corregir. No puedo creer ninguna de todas las palabras.

Aún hoy, si paso por una librería y veo un ejemplar de aquel libro, lo abro, leo mi nombre en la letra chica de la página cuatro y sigo sin poder creerlo.

Esa noche, en casa, celebramos: hay al menos un hilo de mi vida que une lo que quiero que ocurra con lo que está pasando.

Después de entregar el libro, la vida vuelve un poco a la normalidad, pero con el hito en mi haber. Muy cada tanto y sin esperarlos, llegan mensajes de Hernán, como esos tíos que aparecen con regalos increíbles.

Un día me pregunta:

—¿Podés venir a casa el sábado a la mañana? Tengo una idea.

A las ocho de la mañana estoy ahí. Dudo media hora sobre si debería llevarle facturas a alguien recientemente infartado, pero llego a la conclusión de que Hernán tiene más alma de gordo que de cardíaco y compro una docena. Tomamos algunos mates que ceba él y me propone un trabajo. Después me dice si quiero ser quien corrija la revista *Orsai*.

Vamos y venimos trabajando en tándem. Lentamente, dejo de ser una larva para empezar a mutar en quien soy, y ocurre de forma tan orgánica que no me doy cuenta.

A principios de 2020, Tomás —mi mejor amigo de la infancia— y yo tomamos una cerveza en Río Tercero, la ciudad donde crecimos juntos y por donde pasé a saludar en medio de mis vacaciones. Nos contamos las canas —siempre pierdo—, repasamos recuerdos, craneamos proyectos. Él es ilustrador, y yo no logro convertirme en escritor, pero tengo el sueño intacto. A mitad de la cuarta cerveza, me dice:

—Yo me animé a dedicarme por completo a ilustrar porque no me quiero convertir en un viejo choto al que

un día le dicen: «Abuelo, ¿no me hacés un dibujito?», y no va que el viejo dibuja algo increíble. Y entonces le preguntan: «Pero, abuelo, ¿vos dibujabas? ¡No sabía nada!». Yo me mato si me tengo que quedar con la duda de qué habría pasado si me animaba.

3. Noviembre de 2020: ¿Dejarías todo?

Terminamos de festejar el cumpleaños de mi hermana menor por Zoom. Agus patea desde el lado de adentro de la panza de Ro, que camina dolorida con su embarazo de siete meses. Llevamos casi un año encerrados, a la espera de una vacuna, con la incertidumbre agregada de no saber qué pasa si uno cruza los ingredientes COVID y embarazo. Suena el teléfono. Es un WhatsApp de Hernán: «¿Dejarías todo por venir a trabajar a Orsai a tiempo completo?».

Los treinta segundos que tardo en contestarle a Hernán sirven para escuchar el eco de aquella conversación entre cervezas veraniegas: «Obviamente, la respuesta es sí», respondo.

4. Febrero de 2025: Obvio, lo hacemos nosotros

Llevo años dándole vueltas a la idea de publicar este, mi primer libro. Desde entonces, pasé de ser un lector de la revista al corrector de la editorial; de administrar la comunidad a ser el jefe de Comunicación de Orsai. Una vez

más, volví a Hernán. Le conté del puñado de cuentos que tenía escritos —que, en realidad, son cientos de relatos que se fueron apilando uno sobre el otro, chocando contra el miedo a lo desconocido y la espera de un tiempo que nunca llegaría— y le pregunté qué pensaba.

Otra vez la misma respuesta: sí.

Este libro nace de la búsqueda por dar el primer paso, pero es un montón de pasos al mismo tiempo. Nace de un deseo apretado como un resorte que ya no habrá forma de comprimir. Es el resultado de un camino que vine desmalezando durante años y que ahora, recién ahora, me deja ver el horizonte.

Buenos Aires, marzo de 2025

Agradecimientos

A Ro, Lupe y Agus: este libro y todos los pasos que doy son y serán por ustedes.

A los amigos que me prestaron sus casas para pasar las noches estando herido. A mi viejo, que siempre estuvo. A mi vieja, que se quedó a mitad de camino: las cosas están saliendo bien, ma. A mis hermanas, que me dieron una pila de sobrinos que no me entran en el pecho. A sus familias.

A los miedos que me frenaron el carro tanto tiempo, pero me enseñaron que hay que avanzar. Con miedo, pero avanzar.

A mi abuela Isabel.

A la banda de la Abuelita: casi todas las cosas pasaron a menos de dos metros de esa esquina.

A mis amigos, compañeros y socios de la Comunidad Orsai, que un poco en joda y otro poco en serio me fueron haciendo creer cada vez más en mí.

A todos los que leyeron borradores (Lau, Nacho, Barzi, Uvita, todos los amigos de Hilo y muchos otros lectores anónimos), personas que, a ciegas, me dijeron: «El día que publiques un libro, yo lo quiero, eh». Bueno, acá está.

A cada una de las baldosas por donde pasaron mis muebles. A los barrios donde no llegué a conocer a mis

vecinos. A los maestros más hijos de puta de todos, que al final fueron los mejores.

A Flor, por ayudarme a ver el camino.

A Hernán, por la generosidad de invitarme a jugar en primera. Por decirme siempre que sí. Por el rescate.

Y, sobre todo, a todos los que me dijeron que no.

Índice

Prólogo 7

Las casas 9

Te felicito, hermano 13
Xuxo y la cuarta dimensión 25
Ahí podés comprar un Kalashnikov 35
Los putos 51
Una Fender gratis 63
Muerto mi amigo, muertos todos 71
Timbre 89
La boyita 97
La puñalada 103
Trueque de fe 111
Retroceder en chancletas 119
Manual para arruinar la Navidad 125
Me chocó un pelotudo 133
Banderines y dibujitos 141
Inadaptado silvestre 153
La libreta 159
Sobreviviente del presente 165

Epílogo. Cuatro mensajes delirantes 177

Agradecimientos..... 185



Esta primera edición
se terminó de imprimir en Semilla Creativa,
Ciudad Autónoma de Buenos Aires,
junio de 2025.

COLECCIÓN LIGERA

Una colección con tramas ágiles que no alardean sobre lo complicado que es, en definitiva, contar una historia simple. Textos que mantienen el ritmo, que atrapan hasta el final y que muestran, en la secuencia de sus acciones, que en lo cotidiano está siempre la semilla de lo extraordinario.

AUDIOLIBRO

Podés escuchar esta historia en la voz de su autor si escaneás este código en cualquier dispositivo.



Estos cuentos crecieron durante años hasta escapar, con vida propia, del cajón donde guardo lo que dejo para otro momento. Ahora, que no me queda un solo pelo que no sea blanco, llegó el momento de dejar de postergar.

Hace años, unos amigos me pidieron que fuera su «maestro de ceremonias» y los casara. Tuve que pararme ante un montón de gente bien vestida y fingir que improvisaba un discurso ensayado hasta en los silencios. Para cerrar, les compartí una frase de García Márquez: «La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla».

No sé bien si lo que pasa en las páginas de este libro es lo que viví, pero sí es cómo lo recuerdo para contarlo.

Nacho Merlo

9 788415 525585

Orsai